

Túpac Yupanqui, Gran Conquistador

TÚPAC

"El Soberano del Pacífico"



José Villanueva R.

TÚPAC

**JOSÉ ALEXIS VILLANUEVA
RODRÍGUEZ**

TÚPAC

«EL SOBERANO DEL PACÍFICO»

TÚPAC
El Soberano del Pacífico

Autor – Editor:

© José Alexis Villanueva Rodríguez, 2021
Calle Isabel de Bodadilla 175, Urb. La Merced, Primera Etapa,
Trujillo, Trujillo, La Libertad
e-mail: jose.alexis.vr@gmail.com

1ra edición – 2021

Diseño de portada: José Alexis Villanueva Rodríguez
Editorial Vela Solar

Obra literaria inscrita con partida registral N° 0082-2021 en la
Dirección de Derechos de Autor del Instituto de Defensa de la
Competencia y de la Protección de la Propiedad Intelectual de la
República del Perú

ISBN: 9798480797657

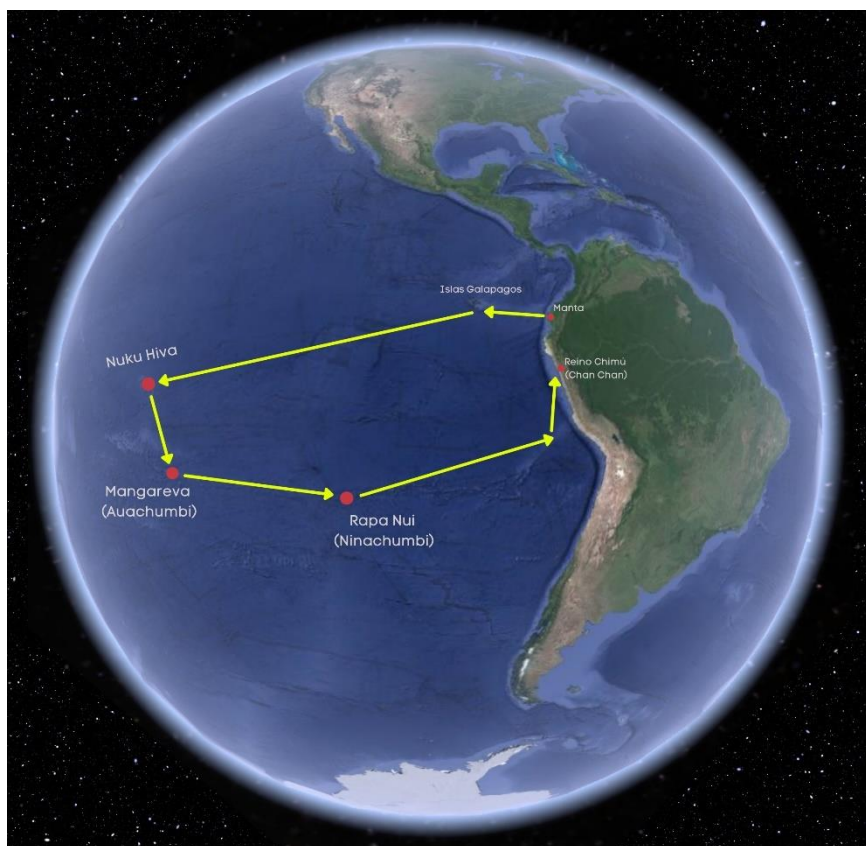
Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú
N° 2021-08312

Todos los derechos se encuentran reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa o por escrito del titular del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir una infracción contra la propiedad intelectual, factible del inicio de las respectivas acciones civiles y penales en cualquier fuero o país.

*«Dedico esta obra a mi esposa, mi hijo, mi madre, mi hermana
y mi abuela materna que está en los cielos, por ser siempre mi
inspiración.»*

«La historia relatada en este libro se puede clasificar como una novela histórica, sin embargo, la naturaleza de algunos hechos y personajes se asemejan más a una ucronía, sin que ello altere la línea de tiempo histórica principal de la narración.»

Mapa de la ruta del viaje de Túpac Yupanqui a Oceanía



Prólogo

Pocas tragedias son equiparables a la pérdida de memoria. En ella, se ignora la condición esencial de quien uno es (¿quién ha sido?, ¿de dónde proviene?, ¿a dónde va? o, en todo caso, ¿a dónde iba antes de la amnesia general?). Se vive, sin embargo, y se puede iniciar una vida, pero desarraigada y parcial. Tan grave es que nos lleva a pensar que, quizás, los seres humanos, además, del cuerpo que habitamos somos algo más, no precisamente un espíritu un alma o una mente o una red de percepciones neuroeléctricas, pero sí, recuerdos y memorias. Sí, acaso sólo seamos una suma de episodios que perduran en la memoria nuestra y de nuestros seres queridos y en la memoria de los pueblos, si hay méritos para ello, es decir, en la Historia.

Un pueblo condenado a la amnesia o la ignorancia puede sólo vegetar, sin duda, subsistir, pero nunca alcanzará la gloria, ni la hegemonía, ni siquiera el autodomínio, sino que vivirá subordinado a intereses de países más fuertes y competentes y con la memoria adecuada al cumplimiento y satisfacción de sus ideales e intereses nacionales, en tanto que los sueños, ideales e intereses peruanos solos sirven como argamasa para erigir los del extranjero y nunca los de nuestros propios pueblos.

Demás está exponer que el Perú es la muestra perfecta de lo que puede pasarle a un país con múltiples tradiciones poderosas que son ocultas, soslayadas o ignoradas por las grandes mayorías e, inclusive, por las falsas “élites” que ejercen y han ejercido el poder durante los últimos siglos.

Esto no quiere decir que en nuestro territorio haya existido una sola cultura, reino o imperio que haya sido paradisíaco, no, para nada. Pero, sí quiere decir que pese a las distintas imperfecciones, arbitrariedades y abusos de cada momento histórico hubo, aún bajo el habsbúrgico, una preeminencia continental de lo que hoy conocemos como Perú hasta tan tarde como 1776, es decir, apenas, medio siglo (aproximadamente) de la Jura de la Independencia que se ha conmemorado el 2021 como si fuera solo el paso de un viento cualquiera.

Es más, no podemos dejar de advertir que la brevedad del tiempo con la que los españoles se hicieron dueños del Tahuantinsuyo siempre ha implicado un fácil reconocimiento de la atomización homicida existente y la polaridad de grupos, etnias o naciones que tuvieron la complacencia de unirse a los invasores europeos con el fin de aniquilar a los Incas, a quienes, de hecho, muy pocos lloraron en el primer momento. Claro está que todo esto ha sido ocultado por la historia “oficial” aunque, también, se ha ocultado momentos potentes y sublimes que merecen ser reconocidos, cantados y loados.

Ahora, si bien vivir con la vista puesta en el pasado es dañino pues impide la observación del presente y la visualización y planificación (en la medida de lo posible) del futuro, ignorar o no tener una idea de los tiempos antiguos, sobre todo, cuando, como en el caso peruano, aquellos tiempos fueron espectaculares desde la perspectiva del poder y de lo que podemos utilizar para apalancar o impulsar al país actual, reitero, obviar el pasado, ignorarlo, negarlo o no darle importancia es varias veces más dañino porque despersonaliza y mutila la potencia y la posibilidad de construcción de un país que, sin duda, merece un mejor porvenir que el incierto ofrecimiento que brinda la actualidad.

La pregunta por el Perú es así, una proposición muy sencilla de formular pero el coro de voces que responde es tan complejo que hace inubicable una sola respuesta correcta. Por otro lado, no es la univocidad ni la uniformización de criterios e impresiones lo que hará que, en un primer momento, el Perú pueda enaltecerse respecto de su gloria pasada, extinta y aniquilada en todos los regímenes y períodos (pre incaico, incaico, hispánico habsbúrgico, hispánico borbónico, criollo republicano y, así, hasta la fecha) aunque sí lo sea a posteriori cuando pese a todas las diferencias existentes pueda articularse una visión contundente respecto de la identidad nacional peruana aún incompleta como incompleta es, sin duda alguna, nuestra propia conformación como nación.

Dicho esto, libro que propone el autor José Villanueva es una de las respuestas que constituyen una piedra matriz para levantar una columna, siquiera una, de peruanidad. Sería, así, muy importante que el pueblo pueda vincularse con esta ficción histórica y con su protagonista pues la sola lectura y la posterior vinculación personal de cada lector le aumentaría la moral, le blindaría la autoestima y, en todo caso, lo haría contemplar, al menos, a un referente de grandeza advirtiéndolo, por lo tanto, que no siempre en estas tierras se ha dado la suerte de tierra baldía y vacía de altos referentes que inspiren la conducta de los pueblos que habitan el territorio peruano.

Túpac Yupanqui representa, en este sentido, a uno de los grandes conquistadores del mundo entero y a uno de sus más audaces navegantes, digno de estar a la par de Alejandro, César, Gengis, Leif Ericsson, Magallanes o Vasco da Gama, según corresponda a cada disciplina u oficio mencionado.

Es, también, una suerte de Ulises al que no fatigaron los odios de los dioses celosos, sino que bendecido por el Sol obtuvo paz, gloria y reconocimientos de todo tipo al final de sus días y en el curso de todos sus días y noches hasta su desenlace existencial. Su temerario viaje al fin del mundo es una odisea mucho más épica que la relatada por Homero y aun espera su entonación definitiva en el marco de la poesía más épica y visionaria que pueda hallarse.

Por todo lo expuesto, no olvidemos nunca la majestuosa efigie del Yupanqui más grande que hubo y si no les sirve o no les interesa como personaje histórico (algo de lo que pueden curarse leyendo las ejemplares páginas que José Antonio del Busto Duthurburu dedicó al colosal monarca-navegante del viejo imperio de los cuatro suyos), dejen abierta la puerta de los mitos y la fantasía y contemplen a una de las leyendas más grandes y potentes de la tradición cultural peruana, inclusive latinoamericana, a través de la ventana que propone la narración que empieza en las siguientes páginas. No se van a arrepentir.

Percy Vilchez Salvatierra
Escritor. Abogado. Analista Político. Comunicador.
Director de Libertad Bajo Palabra

Ciudad de los Reyes, 05 de Agosto de 2021.

JOSÉ VILLANUEVA R.

Introducción

Cuando comencé a leer (y luego a investigar) acerca de Túpac Yupanqui, me fui dando cuenta de la importancia que revestía este personaje histórico para nuestra Nación.

Así pude ser consciente de las campañas, hazañas y gloria desplegadas por este Inca, protagonista de uno de los capítulos más increíbles e insignes de nuestra historia ancestral, cuyos hechos, aunque pobremente documentados y muchas veces oscuros y casi olvidados, no dejan de constituirse en el legado más increíble y glorioso que nos han transmitido los cronistas y sus crónicas.

Si bien es cierto que su hijo Huayna Cápac terminó por extender al máximo el área total del Imperio, fue Túpac Yupanqui quien definió la proyección de su alcance y áreas de influencia a través de las múltiples campañas y conquistas que él mismo lideró. Él tuvo la proeza de convertir al Tahuantinsuyo en el gran imperio que conocemos, extendiendo sus límites más allá de lo que cualquier gobernante pudo haber logrado antes que él, haciendo que sus ejércitos pisaran por lugares inhóspitos, exóticos y totalmente alejados del Cusco, su ciudad de origen.

El Resplandeciente convirtió al Tahuantinsuyo en el imperio más grande, extenso y mejor logrado de todo el hemisferio sur. Tal es así, que a menudo muchos

historiadores e investigadores suelen comparar las acciones de Túpac Yupanqui con las del gran Alejandro Magno por la magnitud y alcance extraordinario de sus respectivas conquistas y proezas épicas, salvando las distancias de época y lugar, claro está.

Pero Túpac Yupanqui fue mucho más allá de sus fronteras terrestres y se adentró en la Mamacocha, el Océano Pacífico, el extenso cuerpo de agua que baña las costas de América del Sur, en busca de su padre el dios Sol, en busca de la lejana morada, más allá del horizonte, del dios supremo Wiracocha. Su carácter impetuoso logró convertir esa navegación legendaria en uno de los episodios más célebres y no menos insólitos de la historia prehispánica, pues la extraordinaria e inquietante travesía que protagonizó rumbo a Oceanía devino en un hecho triunfante, ganancioso, como diría José Antonio Del Busto.

Y es precisamente este autor uno de los pilares de referencia que existen en la actualidad en cuanto a sus estudios y compilación de hechos e historia. Fue él quien se atrevió a creer en crónicas que rayaban casi en la ficción o la fantasía y, en conjunción con la obra de Thor Heyerdahl, lograron dar en el clavo con sus descubrimientos referidos a las artes de la navegación incaica y la posibilidad de haber logrado llegar hasta las islas de Oceanía.

Entonces, no es incorrecto señalar que Túpac Yupanqui es el primer descubridor de ese continente, el Inca Navegante que fue hasta Auachumbi y Ninachumbi, y

volvió triunfante con tesoros, con la experiencia del gran conquistador, y además envuelto en leyenda y en gloria.

Y fue precisamente el interés que me produjo el hecho de seguir investigando acerca de la vida de este noble inca que descubrí, por azares del destino a este libro y a su autor, quedando así gratamente sorprendido por la sutileza y la facilidad con la que se narra la vida de Túpac Yupanqui y de sus múltiples campañas y conquistas.

El libro de José Villanueva nos permite transportarnos hacia ese tiempo de leyenda que también es de historia, historia que es nuestra y es peruana, y qué mejor que en este año del Bicentenario la historia de Túpac Yupanqui vuelva a revivir, como un homenaje a nuestro legado ancestral, legado que el Inca Navegante, el Soberano del Pacífico nos ha dejado para la posteridad.

Dicen que leer es vivir dos veces, y pues, leyendo esta novela histórica podemos vivir la magnífica experiencia de sentirnos parte de la tripulación y del ejército glorioso que pisara alguna vez las tierras del Tahuantinsuyo, guiados todos por el Inca más importante a mi parecer.

No es casualidad que la Marina de Guerra del Perú haya decidido mandar a esculpir la figura de Túpac Yupanqui para ser colocada en la proa del icónico velero “Unión”, el mismo que es una embajada flotante y que recorre los mares del mundo llevando por doquier nuestra historia y nuestra cultura. Así, es un digno homenaje a este Inca de enorme

trascendencia, pues vuelve a navegar, como antaño ya lo hizo, por los mares del mundo, guiado siempre por su padre el Sol.

Agradezco la invitación que me hiciera José para escribir estas humildes líneas que no pretenden abrumar al lector antes de leer su magnífica obra, sino más bien, servir de antesala a un exquisito e increíble viaje que, estoy seguro, será disfrutado por todos nosotros, los peruanos de todas las sangres.

Franco Piazzini Santillana
Capitán de Corbeta de la Marina de Guerra del Perú
Escritor e Historiador

ÍNDICE

1	Título	1
2	Portada interna	3
3	Créditos	4
4	Dedicatoria	5
5	Aclaración	7
6	Mapa del viaje de Túpac a Oceanía	9
7	Prólogo	11
8	Introducción	17
9	Índice	21
10	Capítulo I: El Ocaso de un Emperador	23
11	Capítulo II: El Elegido	67
12	Capítulo III: La Gran Travesía	87
13	Capítulo IV: La Venganza	115
14	Capítulo V: El Retorno del Resplandeciente	131
15	Capítulo VI: La Última Campaña	157
16	Capítulo VII: El Quipu Perdido	205
17	Referencias Históricas	211
18	Imágenes	213

EL OCASO DE UN EMPERADOR

Eran los años del gran imperio del sol poniente. La tierra del hemisferio sur, donde abundaban el oro, la plata y las piedras preciosas.

En ese vasto territorio que abarcaba desde las extensas costas áridas hasta los grandes picos andinos y verdes montañas, el gran guardián de los cielos planeaba en un extenso recorrido hasta llegar al Omblico del Mundo.

El aleteo de sus alas y un repentino viraje indicaban que esta magnífica criatura no permanecería en la capital del imperio. El Gran Cóndor siguió su viaje hasta el valle en forma de herradura que formaba el Río Vilcanota, posándose en la cumbre del Huayna Picchu.

El ave colosal, desde su trono natural de piedra, miraba fijamente al viejo emperador sin que él se diera cuenta, como queriendo darle las gracias por reafirmar la extensión territorial del imperio que ambos ostentaban.

El Gran Emperador Pachacútec no era ajeno a las periódicas llegadas del Gran Cóndor. Desde la plazuela de la Ciudadela de Machu Picchu, echado en una piltra, Pachacútec contemplaba dichoso a su ave favorita posada en la cumbre del Huayna Picchu y le entraba mucha nostalgia. Inesperadamente, el viejo monarca se puso de pie y se acercó a su general Apo Mayta y le dijo: «Esa ave me trae muy buenos recuerdos. Cuando estábamos a punto de ser aniquilados por los Chancas, aparecieron varios cóndores resguardando desde los aires nuestras posiciones. Fue una de las tantas señales que hizo que no claudicara en mi determinación de vencer al enemigo.»

—Mi emperador, esos sí fueron días gloriosos —señaló Apo Mayta—. Me acuerdo que yo también estuve allí y vi esa magnífica señal.

—Ahora, ya estamos viejos, mi amigo, pero, estoy seguro de que mis hermanos menores Cápac Yupanqui y Huayna Yupanqui, y mis hijos Amaru Yupanqui y Túpac Yupanqui, replicarán esas hazañas por mil.

—Así será, mi señor —asentó el Gran General, mientras se preparaba para preguntarle algo que le daba vueltas en su cabeza desde que inició el día.

—Mi señor y ya sabe a quién elegirá como su sucesor — preguntó el general a su emperador—. Ya es tiempo que nombre a un cogobernante según nuestra tradición.

—Después de estas campañas en el norte y del control de la rebelión de los collas en el sur, elegiré a mi sucesor. Tengo pensado elegir a mi hijo Amaru Yupanqui, pero si encuentro que mi hermano Cápac Yupanqui es más diestro, este último será el elegido.

* * *

Por un camino andino trazado hace generaciones, las tropas imperiales avanzaban a paso firme al mando del gran general Cápac Yupanqui. Los soldados más fornidos y temibles integraban este gran ejército inca que hace poco había conquistado casi la totalidad de la costa central de esta parte del mundo.

Mientras los soldados marchaban bajo el estelado cielo nocturno, este, inesperadamente, comenzó a oscurecerse a causa de nubes de tormenta, pero, en ese instante, salieron del interior de la vegetación, infinidad de luciérnagas que alumbraron el camino de los legendarios guerreros. Era como si el dios Inti se hubiera desintegrado en infinidad de puntos luminosos.

Muchos días de camino habían recorrido las tropas incaicas conquistando varios pueblos, hasta que uno de los soldados divisó una especie de tambo abandonado, talvez

construido por los huancas un siglo atrás. Cápac Yupanqui ordenó a su ejército acampar en ese lugar, para luego continuar con su travesía en el alba.

El ejército había prendido fogatas a la luz de la luna. Los soldados contaban sus anécdotas y sus triunfos militares en cantares mientras comían de un pequeño banquete improvisado, junto a las mujeres que siempre los acompañaban y curaban en cada campaña militar.

La música de las quenas, zampoñas y tambores envolvían y relajaban al gran general Cápac Yupanqui, quien no dejaba de contemplar, fijamente, a una hermosa mujer que danzaba como si solo él fuera su único espectador.

La mujer, al ver que el Gran General entraba al tambo para descansar, sigilosa como un jaguar, se alejó de la muchedumbre y lo siguió hasta su aposento.

Cápac Yupanqui se dio cuenta de la presencia de la mujer inmediatamente, y le dijo: «No deberías estar aquí.»

—¡Te amo y no puedo evitarlo! ¡Tenía que verte! —contestó la mujer.

—Yo también te amo, Tusup, pero sabes que no podrás ser más que una concubina, la ley prohíbe que tenga como esposa legítima a una mujer que no sea de mi panaca, menos aún si descienes de la etnia chanca, mi hermano lo prohibiría.

—Tus palabras me hacen más daño que una lanza clavada en mi corazón o una macana destrozando mis huesos.

—Perdóname por ser, a veces, muy directo —fue lo que Cápac Yupanqui le respondió a Tusup mientras tomaba sus manos—, pero nuestro romance es peligroso.

—Si bien yo soy quien manda en este ejército —continuó Cápac Yupanqui—, mi hermano Pachacútec tiene a sus espías, los Tucuyricuy, sobre mí. Además, no olvidemos que mi sobrino Túpac Yupanqui nos acompaña en esta campaña.

—Túpac Yupanqui es solo un adolescente. No representa ningún peligro.

—¡No lo creas! Él tiene una gran personalidad y un liderazgo innato. Por si fuera poco, es muy amigo de uno de los Tucuyricuy.

—Yo tengo la añoranza que algún día de estos —Tusup cambió de tema, inesperadamente—, tú hermano te nombre cogobernante del Imperio y, en consecuencia, el próximo Inca.

—Ojalá el Apu Qun Tiqsi Wiracocha te escuche. Todo depende del éxito de esta campaña y de lo que suceda en el Collao con Amaru Yupanqui, quien, también, es uno de los candidatos.

Después de la conversación secreta y pasional que tuvieron Cápac Yupanqui y Tusup, esta última se retiró del

tambo tan sigilosamente como había entrado.

Las tropas y sus acompañantes habían terminado el banquete. Mientras se alistaban para ir a dormir, se escuchó a lo lejos el sonido de un Pututu, era la señal de que se estaba acercando un Chasqui con algún mensaje del emperador.

Cápac Yupanqui reconoció el sonido inmediatamente y salió del tambo. Su escolta personal lo rodeó y esperó que el Chasqui se acerque.

Mientras esto sucedía, Cápac Yupanqui pensaba en el tipo de mensaje que le pudo haber enviado su hermano.

—Señor, he venido a dejarle un mensaje de nuestro Gran Sapa Inca Pachacútec —fueron las palabras que pronunció el Chasqui frente a Cápac.

Entonces, el Chasqui realizó unos ademanes y sacó del interior de su quipe o bolso un quipu pequeño, pero bien elaborado, el cual entregó al Gran General del Chinchaysuyo.

Cápac vio el quipu y encontró en su elaboración algo muy complejo. El mensaje en ese quipu debería ser muy importante para haber sido hecho de esa forma.

Cápac, ya con el quipu en su poder, le dio las gracias al Chasqui y se retiró a descansar. De lejos, el joven Túpac Yupanqui contempló todo lo que había ocurrido. Él sabía que ese tipo de mensajes enviados por su padre englobaban

una orden muy importante. Túpac Yupanqui quería saber de qué se trataba, pero su prudencia prevaleció.

El fuego se había extinguido y, al parecer, todos ya estaban durmiendo, excepto los centinelas que vigilaban el tambo y el campamento de cualquier amenaza extranjera. Cápac, un poco más tranquilo en su habitación, se dijo a sí mismo que era el momento indicado, prendió una lámpara y comenzó a leer el quipu.

El código utilizado en los nudos del quipu que Cápac leía, era solo conocido por él y Pachacútec. Esto era una señal de que el mensaje debería ser cumplido sí o sí, y con total discreción.

El mensaje que Cápac leyó y respecto del cual quedó sorprendido y desencajado, decía lo siguiente: «Hermano, no atacarás Cajamarca, solo explorarás sus límites. Tu nueva orden será dividir nuestro ejército en dos partes. Una parte será comandada por ti, estará conformada por nuestra etnia y la etnia chanca y se dirigirá a los límites de Cajamarca por el oriente. La otra parte de nuestro ejército será comandada por nuestro hermano Huayna Yupanqui, estará conformada por las demás etnias y se dirigirá a los límites de Cajamarca por el occidente. Una vez que hayas llegado a tu destino con los chancas, los aniquilarás y regresarás al Cusco con el ejército restante. Aniquilarás hombres y mujeres, excepto niños. Me molesta que antiguos enemigos que ahora forman parte de nuestro ejército definan nuestras batallas. Algún día nos traicionarán,

nuestros sacerdotes así lo han previsto. Esta decisión la tomó porque los chancas siempre serán un peligro.»

El pecho de Cápac se llenó de una fría sensación y un adormecimiento instantáneo. No podía creer lo que le pedía su hermano. Tenía que matar -a traición- a los chancas que habían servido fielmente al ejército incaico en los últimos años.

Cápac se dirigió a la habitación contigua y despertó a su lugarteniente Puma Tiqsi.

—Mi general ¿qué pasa? —respondió Puma Tiqsi a Cápac, mientras se ponía en pie.

—Mi amigo, sucedió algo inesperado. Mi hermano quiere que aniquilemos a los chancas. Fue una orden reciente y con su propio plan para ello. La verdad, en el fondo, no quiero hacerlo, pero no puedo desobedecer las órdenes de mi emperador.

—Perdóneme si se lo digo, pero nuestro emperador ya está anciano, y muchos actos apresurados e inflexibles como este, demuestran que no es el mismo Pachacútec de siempre.

—Lo sé, Puma Tiqsi. Lamentablemente, su palabra es ley y la tenemos que cumplir. Mañana daré a conocer la noticia a todos, ocultando el triste final que tendrán los chancas.

—Entonces, después de que usted comunique el mensaje, ordenaré a todos mis capitanes que a la hora del chaccheo

de coca, revelen a sus soldados, mediante un código en las hojas de coca, la orden de aniquilar a los chancas.

—Está bien, que sea así —respondió Cápac.

* * *

Paralelamente a lo que ocurría en el tambo, uno de los Tucuyricuy dejó el campamento y se alejó un kilómetro hacia el sur, cerca a un puente colgante. Al otro extremo del puente lo esperaba el mismo Chasqui que había entregado a Cápac, el mensaje del emperador.

Cuando el Chasqui vio que se acercaba alguien a su encuentro, comenzó a avanzar al centro del puente, llegando a estar frente a frente con el desconocido, bajo un profundo precipicio.

—Me ordenaron que espere en este puente, para entregarte dos quipus adicionales de forma secreta. Sé que eres tú por el cinturón rojo y azul que llevas puesto —habló primero el Chasqui.

—Gracias por esperarme —contestó el Tucuyricuy.

Mientras se miraban fijamente, el Chasqui le entregó el primer quipu y le dijo: «El primer quipu es una copia idéntica del mensaje que entregué a Cápac Yupanqui.»

—¿Y el segundo? —preguntó el Tucuyricuy.

—¡Toma! Solo es un quipu pequeño.

El Tucuyricuy recibió el quipu pequeño y le preguntó al Chasqui, mientras lo miraba desconfiadamente: «¿Cómo sé que serás discreto y no traicionarás la confianza del emperador y la mía?»

—Señor —contestó el Chasqui—. Soy un expresidiario, liberado por nuestro Gran Sapa Inca Pachacútec, con la finalidad de cumplir solo esta misión de mensajería.

—Mi emperador es muy desconfiado pero agradecido —continuó hablando el Chasqui—, es por ello que me prometió que borraría del registro quipu general, todos mis antecedentes delictivos. También, me prometió que mi familia y sus descendientes estarían siempre protegidos por el Estado, si cumplía con permanecer en silencio perpetuo.

Después de escuchar al Chasqui, el Tucuyricuy quedó anonadado al contemplar como este fiel corredor saltaba inesperadamente desde el puente hacia el precipicio para acabar con su vida y, de esa forma, cumplir con su compromiso de mantenerse en silencio perpetuo.

Mirando hacia el precipicio, el Tucuyricuy, antes de partir, mencionó las siguientes palabras: «La Pachamama tuvo su ofrenda.»

Mientras se dirigía al campamento, el Tucuyricuy, a mitad de camino, se sentó sobre una piedra a la luz de la luna y pudo leer el primer quipu.

De la lectura del primer quipu, el espía se enteró del plan de eliminar a los chancas. Cuando comenzó a leer el segundo quipu, se dió cuenta que era el más importante, más aún cuando Cápac desconocía de su existencia.

El segundo quipu encerraba la orden de averiguar secretamente si Cápac incumplió la misión dada en el primer quipu. Si el incumplimiento era por impericia o error, Cápac sería depuesto de su cargo de General del Chinchaysuyo, pero si el incumplimiento era por una traición, Cápac sería condenado a muerte. En ambos casos, el Tucuyricuy debería regresar al Cusco con Túpac Yupanqui y su escolta, ni bien se haya realizado el desenlace con los chancas, con la finalidad de informarle personalmente a su emperador de lo acontecido para que este pueda decretar el castigo o la absolución correspondiente. Por último, el segundo quipu encerraba una última orden consistente en que, en ningún caso, Túpac Yupanqui se podría enterar de los quipus y su contenido.

Habiendo terminado de leer ambos quipus, el Tucuyricuy llegó por fin al tambo y descansó hasta el siguiente día.

* * *

Las luces del Gran Inti comenzaron a salir detrás de la cordillera, iluminando las cumbres nevadas. A esa hora de la mañana, todo el ejército estaba formado en la plazuela afuera del tambo.

El Gran General del Chinchaysuyo al ver a todo su ejército frente a él, les dijo en voz alta: «Señores, por orden de nuestro Gran Sapa Inca Pachacútec, no atacaremos Cajamarca como se había planeado, sino dividiremos primero nuestro ejército en dos partes. Una parte llegará a los límites de la ciudad, de este a oeste, siendo comandada por mí e integrada por las etnias Inca y Chanca. La otra parte llegará a los límites de la ciudad, de sur a norte, siendo comandada por Huayna Yupanqui e integrada por las etnias restantes. El momento de atacar será dado por una señal de humo blanco de mi ejército.»

Para finalizar su discurso, Cápac ordenó que partieran a Cajamarca después de la comida de la mañana y el chaccheo de coca.

Puma Tiqsi ya había hablado con sus capitanes, solo les quedaba esperar la hora del chaccheo de coca, cuando cada etnia se reunía por su lado, para que en ese momento se dé la orden final.

Los soldados incas estaban reunidos en un gran círculo, cuando se les acercó un capitán y comenzó a darle a cada uno siete hojas de coca y un pallar negro con puntos blancos. El mensaje era claro y todos los soldados incas lo conocían.

El Ejército Imperial, conformado por varias etnias distintas a los incas verdaderos, debía tener métodos y formas especiales para aplacar cualquier revuelta de alguna

etnia desobediente que retase el poder imperial. Con esa premisa, las siete hojas de coca y el pallar negro con puntos blancos que entregaba el capitán a cada uno de sus soldados, significaban eliminar a los chancas por alta traición. Ningún soldado preguntaría el porqué de esa decisión, solo acatarían la orden, ni bien llegaran hacia los límites de Cajamarca.

Antes que el Ejército Imperial preparara sus pertrechos para marchar hacia Cajamarca, la mujer chanca Tusup bajó hacia el acantilado a recoger agua del río. Lo que encontró Tusup en la orilla del río, la sorprendió desmesuradamente. Era el cuerpo destrozado del Chasqui que hace unas horas había entregado un mensaje a Cápac. A Tusup le pareció muy extraño ver ese escalofriante escenario. Ella solo pudo pensar que el Chasqui fue asesinado o que por accidente se tropezó y cayó al abismo.

Tusup regresó al campamento con una actitud de inseguridad y desconfianza que jamás había sentido. Tan pronto cuando la vio un miembro de la escolta personal de Cápac, la llamó y le dijo que el Gran General la quería ver inmediatamente. Ella haciendo caso al escolta, se dirigió al interior del tambo donde se encontraba Cápac.

—Tusup, te estaba buscando. Quiero hablar contigo de algo muy importante.

—Yo, también, quiero hablar contigo de algo muy importante, pero cuéntame tu primero —respondió Tusup.

—Tusup, quiero que regreses al sur con un grupo de mujeres, su destino será la ciudadela de Pachacamac. Esto lo he decidido porque la muy probable guerra contra los cajamarcas será más peligrosa de lo que se espera. Nuestros espías nos informaron que los cajamarcas serán apoyados por los chimúes. Esto complicará todo y tú bien sabes que si perdemos, tomarán prisioneros, torturarán y hasta violarán mujeres.

—Entonces, iré a avisar a las mujeres de mi etnia.

—No, Tusup. Solo irán mujeres incas, más no de las otras etnias, debido a que no habrá recursos para trasladarlas a todas. Tú eres la excepción porque te amo y no quiero que te suceda algo malo.

—¿Por qué siento que no me estás diciendo toda la verdad? —preguntó Tusup.

—No te estoy mintiendo Tusup, por favor, hazme caso, es por tu bien —en realidad Cápac sí le mentía, pero para protegerla.

—Está bien, pero antes de partir quiero ir a despedirme de mi hermano.

—Puedes ir, pero antes toma y guarda este vestido inca para que te lo pongas antes de partir. Nadie podrá sospechar que eres una mujer chanca. Antes de que el ejército termine de ordenar sus pertrechos, deberás estar afuera del tambo para que te recojan. Por el vestido que llevarás puesto, te

reconocerán.

Tusup recibió el vestido y lo guardó, mientras pensaba que su mundo podría derrumbarse de un momento a otro.

—Antes que te vayas, Tusup, ¿qué era lo importante que me querías contar? —pregunto Cápac a Tusup.

—Nada importante habrá sido porque ya me olvidé con todo lo que me contaste —respondió Tusup, pero mintió al no contarle que había encontrado al Chasqui muerto en el precipicio.

—Bueno, ven, dame un abrazo y un beso, prometo ir a tu encuentro en Pachacamac cuando termine esta campaña —le pidió Cápac a Tusup, con los brazos extendidos.

Tusup se acercó a su amado, lo abrazó y lo besó como si no lo fuera a ver por un largo tiempo. Después, se miraron tiernamente y sin decirse más palabras, ella se alejó del tambo para buscar a su hermano.

* * *

Como si tuviera los ojos de un felino, tan perfectos para acechar a su presa tanto de día como de noche, el Tucuyricuy vigilaba de lejos cada movimiento que realizaba Cápac. Lo que buscaba era algún indicio de traición por parte del General.

Sentado en una banca de madera ubicada a cien codos de distancia del tambo, el Tucuyricuy vió como salía una mujer chanca del edificio que alojaba al Gran General.

El espía sabía que todo general de la categoría de Cápac podía tener varias concubinas de distintas etnias, eso no era raro. Lo que era raro, y que el Tucuyricuy se había dado cuenta, era la preferencia sobremanera que tenía el General del Chinchaysuyo por esa mujer chanca.

* * *

Tusup había llegado donde se encontraba su hermano Asto Guarco, quien al verla le preguntó por qué había venido si su tropa ya estaba preparandose para partir. Tusup le respondió a su hermano que quería despedirse de él y contarle un secreto.

—¿De qué secreto me hablas hermana?

—Encontré muerto al Chasqui que vino ayer al campamento. Fue horrible, lo ví en el fondo del precipicio, a un costado del río.

—¿Le contaste esto a Cápac? —preguntó sorprendido, Asto Guarco.

—No, no le conté nada.

—Pero tú siempre le has sido incondicional y lo amas ¿Por qué tomaste esa decisión? La muerte de ese mensajero

podría ser parte de un plan en contra del propio Cápac.

—Tomé esa decisión porque me pareció muy extraño que él me propusiera que me fuera a Pachacamac junto con otras mujeres incas, y vestida como ellas, para pasar desapercibida. Me comentó que las cosas se podrían poner feas para todos porque los cajamarcas se habían aliado con los chimúes. Eso me causó desconfianza porque sería la única chanca alejada de este conflicto e hizo que me preguntara: «¿Qué tal si el propio Cápac dio la orden de matar al Chasqui para ocultar algo en contra de nuestra etnia?»

—Entiendo, entonces sospechas que Cápac te está protegiendo porque algo está planeando en contra de nuestra etnia.

—Sí, sospecho eso porque en otros casos hubiera dejado que las demás mujeres de las otras etnias también vayan al sur.

—Pero sí es cierto que los cajamarcas y chimúes son una gran amenaza, es válido que Cápac quiera proteger solo a las mujeres incas y a ti porque te ama.

—Entonces, me quieres decir que no debería haber desconfiado de él.

—No he dicho eso, solo me pongo en todas las alternativas posibles. De todos modos, debemos considerar la alternativa de que los incas nos quieren eliminar.

—Pero si nuestra etnia chanca ha servido incondicionalmente a los incas desde que nos conquistaron hace cincuenta años ¿Por qué nos harían eso? —preguntó Tusup.

—Es muy simple hermana. Pachacútec nos odia desde el momento que casi los eliminamos hace cincuenta años, y su odio seguramente debió haber crecido al saber que ahora nosotros, siendo sus vasallos, hemos definido a favor de ellos varias batallas.

—Es por ello, que debes hacer caso a lo que te dijo Cápac de ir a Pachacamac —continuó hablando Asto Guarco—. Por nosotros no te preocupes, le contaré a nuestro lider Anco Huaillo de la manera más cauta lo que me revelaste, y lo que yo pienso respecto a ello.

Terminada la conversación, los hermanos se despidieron con un fuerte abrazo y se dirigieron a sus destinos elegidos por decisión propia.

* * *

Tusup, vestida de mujer inca, había llegado al sitio acordado por Cápac. En ese sitio la esperaba la caravana que, ni bien Tusup se les unió, partió rápidamente hacia el sur.

Lo que no sabía Tusup es que el Tucuyricuy había estado pendiente de todos sus movimientos desde que salió de ver a Cápac. Por un momento le perdió el rastro porque se había

vestido como mujer inca, pero la pudo reconocer por una borda de su calzado, típica de los chancas.

El Tucuyricuy esbozó una sonrisa y dijo en voz baja: «Cápac cometiste un error. Quisiste hacer pasar a tu concubina como una mujer inca para que escape de la sentencia de nuestro emperador y lo descubrí. Descubrí, también, que ella habló con su hermano, y lo más probable es que ella le haya contado algo que tú le revelaste previamente, respecto al quipu que te entregó el Chasqui. Esto último lo confirmaré pronto, cuando ejecutes la orden de aniquilar a la etnia chanca, si es que realmente lo haces.»

* * *

La primera orden de Pachacútec se había cumplido. Una parte del ejército comandada por Huayna Yupanqui ya había partido hacia Cajamarca por su frontera sur, estando a medio día de arribar. Por su parte, Cápac Yupanqui con la otra parte del ejército estaba a un cuarto de día para llegar a la frontera oriente de Cajamarca.

Cápac Yupanqui decidió entonces ordenar a los chancas que se adelantaran dos mil codos de distancia a través de una quebrada que desembocaba en el lado oriental del valle de Cajamarca. Como en otras ocasiones, los aguerridos chancas marcharon adelante en posición de ataque.

Para ese momento, Asto Guarco ya le había contado a su

líder Anco Huaillo todo lo que le reveló su hermana y este, que era un líder muy astuto, ya se había encargado de poner sobre aviso a sus soldados de la probable traición de los incas.

El batallón chanca estaba a cuatro mil codos de distancia de terminar de recorrer la quebrada e ingresar al valle de Cajamarca. Al ver este escenario, Cápac sintió que era el momento de atacarlos.

Mientras tanto, Anco Huaillo le dijo a Asto Guarco que si los incas los iban a atacar, lo harían en el sector de la quebrada donde se encontraban, debido a que en campo abierto no tendrían ninguna ventaja. Entonces, Anco Huaillo ordenó a su batallón avanzar rápido hasta llegar al valle y después dirigirse hacia el flanco derecho con dirección al oriente. Verdaderamente Anco Huaillo realizó una maniobra maestra debido a que media hora antes, cuando los incas no podían divisarlos de forma completa, ordenó que escapen las pocas mujeres y niños chancas por el mismo camino planeado.

—¡Puma Tiqsi es momento de atacar! —Cápac le ordenó a su lugarteniente—. Debemos aprovechar que la inclinación de la quebrada juega a nuestro favor.

Ante el designio de su general, Puma Tiqsi realizó una señal a los capitanes y estos a su vez a los soldados incas, empezando el ataque sorpresa. Sin embargo, para mala suerte de los incas, los chancas ya se habían dado cuenta de

lo que planeaban y estaban escapando quebrada abajo como pumas corriendo por sus presas. Esta situación inicial desconcertó a los incas, sin embargo, continuaron con la persecución.

—¡No es posible! ¿Cómo supieron los chancas que los atacaríamos? —exclamó Puma Tiqsi.

—Ya no importa eso —respondió Cápac—, debemos alcanzarlos y aniquilarlos, de esa forma cumpliremos con la orden de mi hermano.

Los incas, tan rápidos como ráfagas de viento, iban alcanzando poco a poco a las huestes chancas. Cuando la distancia se llegó a acortar bastante, los incas formaron una línea de ataque como si fueran máquinas humanas, y arrojaron cientos de lanzas.

La primera oleada de las veloces lanzas menguó considerablemente la retaguardia chanca. Murieron varios soldados rebeldes atravesados por las lanzas imperiales. Al parecer, los chancas estaban con las horas contadas, pero, inesperadamente, comenzó a llover fuertemente.

El terreno de la quebrada comenzó a tornarse resbaloso, pero aún así los chancas pudieron llegar al valle. Anco Huaillo y Asto Guarco contemplaban la hermosura del campo verde que pisaban, pensando que habían dejado atrás a los incas, pero estaban equivocados.

Los incas estaban a punto de llegar al valle y el

enfrentamiento con los chancas era inminente, más aún cuando estos últimos dejaron de correr y se posicionaron a dos mil codos de distancia, esperando cualquier desenlace.

La batalla entre incas y chancas estaba a punto de empezar, pero sucedió algo inesperado. La fuerte lluvia que ya había comenzado, empezó a tornarse en tormenta, pero ninguno de los contendientes estuvo atento a este cambio repentino que podría ser más peligroso que sus letales armas.

Fue en ese momento que Cápac ordenó ir con todo en contra de los chancas. Ante ello, el joven Túpac Yupanqui, presente en el campo de batalla, analizaba desde la retaguardia las decisiones que su tío iba tomando.

El Tucuyricuy aprovechó la concentración del joven príncipe para decirle: «Aprovecha esta experiencia. Veremos si tu tío ha tomado una buena decisión.»

—Esperemos que sí, porque si los chancas nos derrotan, nos matarán y, después, utilizarán nuestros cráneos para beber chicha —respondió Túpac Yupanqui al Tucuyricuy.

El Tucuyricuy miró con respeto al joven príncipe y pensó que fue una excelente respuesta la que recibió. Lo dejó sin palabras.

Los incas siguieron avanzando, pues querían una confrontación cuerpo a cuerpo, pero esos deseos fueron interrumpidos abruptamente por la descarga de varios

rayos sobre el valle. Fue tan inesperado este suceso que nadie se dio cuenta que habían muerto calcinados varios soldados incas. Los rayos no paraban de seguir cayendo acompañados del sonido ensordecedor de los truenos. Las luces relampagueantes asustaron a los soldados de ambos bandos. Muchos murmuraban que el dios Illapa estaba molestó con el actuar de los incas y que por eso había enviado sus rayos como castigo.

Cápac, sumamente fastidiado, tranquilizó a sus huestes y les dijo en voz muy alta que Illapa no es mejor dios que el Inti, que el primero es subordinado del segundo. Cápac finalizó diciendo que deberán seguir la orden de Pachacútec como hijo del Inti que es.

Pese a la determinación que tenían los incas, no podían cruzar el muro de rayos mortales que dividía a sus posiciones de las posiciones chancas. Esta situación fue aprovechada por los chancas para escapar hacia el lado oriente del valle de Cajamarca, perdiéndose entre las montañas, con dirección a los valles donde moraba la gran serpiente dorada o gran río Marañón. Los incas ya no los volverían a ver por mucho tiempo.

—¿Por qué pasó esto? ¡Es inaceptable! ¿Qué le diré a mi hermano? Debimos haber derrotado a los chancas —fueron las frases que pronunció un exaltado Cápac Yupanqui.

—No fue tu culpa Cápac, fue el destino, fueron los dioses. El Sapa Inca entenderá lo que ocurrió —Puma Tiqsi trató

de tranquilizar a Cápac con esas palabras.

El Tucuyricuy no pudo contenerse y fue al encuentro de Cápac, siendo acompañado por Túpac Yupanqui.

—Mi General, usted sabe que soy los ojos y oídos del gran Pachacútec —el Tucuyricuy le manifestó a Cápac—. No he investigado a fondo por qué se dio esta situación, aparentemente fue un caso que escapa de sus manos, pero de todas formas tiene que resarcir de algún modo los efectos negativos generados.

—Sí, lo sé, conozco las normas para este tipo de casos —respondió Cápac un poco ofuscado—. No perderé el tiempo y, en estos, momentos comenzaré el ataque a la ciudadela de Cajamarca.

Después de ese corto diálogo, el Tucuyricuy se alejó, pero el joven Túpac Yupanqui se acercó a su tío y le dijo: «Tío, hiciste una gran labor, sé que mi padre entenderá.»

Cápac agradeció las palabras de aliento de su sobrino y le dijo: «Gracias por tus palabras, pero al emperador se le tiene que compensar de alguna forma y la mejor manera de hacerlo es conquistando Cajamarca.»

Túpac se alegró por la determinación de su tío, y le deseó la mejor de las suertes en esta campaña.

Posteriormente, Cápac Yupanqui mandó a llamar a Puma Tiqsi y le dijo que ordenara a los soldados que prendan la

fogata con el humo blanco con la finalidad de avisar a las tropas de Huayna Yupanqui que ya era el momento de atacar Cajamarca.

Fue así que el humo blanco comenzó a ascender al cielo, de tal forma que podía ser visto desde todas las direcciones de la cordillera.

Al otro lado del valle de Cajamarca, cerca a una quebrada se encontraba acampando Huayna Yupanqui con su ejército, quien no tardó en darse cuenta del humo blanco que se alzaba desde el oriente.

Huayna Yupanqui preparó a sus tropas y marchó hacia el valle de Cajamarca. Por su parte, Cápac Yupanqui comenzó su avance de este a oeste por todo el valle hacia la ciudadela de Cajamarca.

Todo parecía prever que las huestes incaicas vencerían fácilmente a los cajamarcas, pero estaban equivocados. Los cajamarcas sabían hace varios días de la inminente llegada de los incas y tomaron sus precauciones.

El señor de los cajamarcas había pedido ayuda al señor de Guzmango o Guzmango Cápac, quien era el señor de señores de toda esa parte de la cordillera y a la vez era vasallo del Minchancaman, el soberano del Reino Chimú.

Para suerte del señor de los cajamarcas, Minchancaman y Guzmango Cápac habían reunido un gran ejército cerca a Cajamarca, debido a que habían tenido noticias de sus espías

respecto a que los incas estaban acercándose a sus dominios, y que una conquista era casi inminente.

El rocío dejado por la lluvia en los campos cajamarquinos comenzó a disiparse a causa de las pisadas fuertes y sincronizadas del ejército incaico, que, rápidamente, había llegado a las afueras de la ciudadela de Cajamarca. Como era costumbre en estos casos, Cápac mandó un emisario a proponer reciprocidad y sumisión política al Tahuantinsuyo y a su sapa inca Pachacútec.

Como era de esperarse los orgullosos cajamarcas no aceptaron el ofrecimiento de los incas. Estaban seguros que con el ejército de Minchancaman y el señor de Guzmango vencerían a los incas.

Cuando estaba casi listo el ataque inca, todos divisaron que, desde las montañas del lado occidental del valle, bajaba un gran ejército entonando cánticos desafiantes, propios de una batalla. Estos sonidos aguerridos sorprendieron dantescamente a los incas.

—Deben ser los chimúes que se aliaron a los cajamarcas, mi general —le afirmó de forma preocupada Puma Tiqsi a Cápac.

—No hay que preocuparse, si quieren darnos una sorpresa, nosotros les daremos una aún más grande —respondió Cápac.

Sin más palabras que salieran de su boca más que un

grito, Cápac, con una voz enérgica, ordenó a su ejército a atacar. El ejército inca avanzó como si fuera una avalancha desprendida del nevado más grande, a punto de arrasarlo con toda Cajamarca.

Pero lo que no imaginaba Cápac era que se chocaría con la gran muralla humana de los aliados. El efecto inmediato de ese choque, fue tal que las bajas se contaban por decenas en ambos bandos. Lo que se pensaba que sería una derrota aplastante para los cajamarcas y sus aliados, no fue así.

En esta batalla surgió la gran figura del señor de Guzmango quien, con su porra estrellada de dos terminales, se llevaba al otro mundo a cuanto soldado inca se le acercaba.

En ese momento de incertidumbre, Túpac Yupanqui que se encontraba en la retaguardia, se alistó con su escolta para unirse a la batalla. El Tucuyricuy trató de evitar que Túpac vaya, diciéndole: «Tu padre me dijo que eras obstinado, pero prometí hacer todo lo posible para protegerte y regresar contigo al Cusco, sanos y salvos.»

—Tucuyricuy, he nacido para conquistar, no para estar como un civil espectando la batalla. Te lo digo sin ofender.

—¡Lo sé! ¡pero entiende! Tu padre tiene muchos planes para ti.

—Sí, y esos planes implican convertirme en un gran general como mis tíos o el gran Ollantay —fue la última

frase que dio Túpac para cortar la conversación y dirigirse a la batalla inmediatamente.

El Tucuyricuy a pesar de no haber sido formado como un guerrero en la práctica, conocía sobre estrategias bélicas, es por ello que decidió acompañar a Túpac a la batalla, pero siempre manteniendo su distancia del peligro.

La batalla continuaba encarnizadamente. Los cuerpos de los caídos comenzaban a cubrir el verde pasto del valle. A pesar de que el adolescente Túpac Yupanqui y su escolta se unieron a la batalla, en nada estaba cambiando el resultado. La lucha entre ambos bandos era pareja y hasta se podía decir que favorecía más a los cajamarcas y a sus aliados.

Fue en ese instante que la destreza militar del General Cápac Yupanqui emergió como lo hacen las espumas del lago Titicaca, cada vez que hay luna llena.

Cápac ordenó a Puma Tiqsi que, con el reflejo de luz de un espejo, avise a Huayna Yupanqui para que se una con su ejército a la batalla desde su posición en las montañas cercanas al valle.

Huayna Yupanqui que se encontraba en lo alto de la quebrada sur del Valle de Cajamarca, había presenciado toda la batalla desde una posición privilegiada. Nadie, entre sus enemigos, se había dado cuenta de la presencia de su ejército. Huayna Yupanqui solo esperaba una señal de su

hermano Cápac para unirse a la batalla, y así poder terminar de rematar a los cajamarcas y a sus aliados.

—¡Túpac! —le gritó el Tucuyricuy al Hatun Auqui, señalándole las montañas de la quebrada sur— mira el ingenio militar de parte de tus tíos —y Túpac volteó a ver tal ingenio.

Entonces, la señal que esperaba Huayna Yupanqui llegó bajó la luz reflejada de un espejo que venía del ejército de Cápac. Ante esto, Huayna Yupanqui ordenó bajar lo restante de la quebrada y atacar con todo su poder el flanco derecho y la retaguardia del ejército aliado. Al llegar a su objetivo pronunciaron un grito de batalla ensordecedor.

El señor de Guzmango y su ejército aliado se aturdieron y dispersaron frente al sorpresivo ataque del ejército de Huayna Yupanqui. Sus líneas defensivas se rompieron como si un martillo hubiera partido una piedra de granito en innumerables partes. Esto fue aprovechado por Cápac Yupanqui para contraatacar y dar un golpe finalmente mortal al ejército aliado. Cientos de muertos yacían en el campo de batalla y estaba claro que pocos eran de los incas.

Al ver tan diezmado su ejército, el señor de Guzmango huyó con lo poco que le quedaba de hombres con dirección a la costa. A él le acompañaban sus aliados, Minchancaman y el soberano de Cajamarca.

Cápac y Huayna Yupanqui habían por fin tomado

Cajamarca y conseguido un inmenso botín, pero no estaban tranquilos con la huida de sus enemigos. Por ello, Cápac ordenó perseguir y capturar a sus líderes.

En esa persecución, fue capturado el soberano de Cajamarca y llevado ante la presencia de Cápac. Estando frente a frente ambos líderes, Cápac dijo:

—Podría ordenar que te mataran en estos momentos, pero te daré una oportunidad. Si colaboras con nosotros, seremos benevolentes contigo y serás nombrado curaca de tu propio pueblo, sin perder ninguno de tus privilegios.

—¿Qué es lo que quieren saber?

—Que nos digas la ubicación exacta del señor de Guzmango y Minchancaman.

—Está bien —contestó el soberano de Cajamarca—. Ellos ahora deben estar cerca de la ciudadela de Guzmango, después de ello bajarán por el valle del Alto Chicama con dirección a la costa. Pero les advierto que, si no los alcanzan antes que bajen al valle, se encontrarán con miles de soldados chimúes. Hay un ejército inmenso de Minchancaman, esperándolo para regresar a la capital de su reino.

Después de la información recibida por el soberano de Cajamarca, Cápac y Huayna Yupanqui se dirigieron, con su ejército unificado otra vez, en persecución de los aliados. Al final pudieron alcanzar al señor de Guzmango en su propio

territorio, ejecutándolo como escarmiento delante de sus súbditos. Pero distinta suerte corrió Minchancaman quien pudo llegar al valle del Alto Chicama y reencontrarse con su gran ejército al mando del general Querrotumi, quien había venido desde la capital del Reino Chimú.

El ejército inca desde lo alto de las cumbres pudo divisar el inmenso ejército chimú. Huayna Yupanqui no se amilanó y quiso iniciar el ataque inmediatamente, pero su hermano Cápac se lo impidió, diciéndole: «Si atacamos ahora, seremos aniquilados. Mira su ejército, nos quintuplica en número. Además, el valle es muy abierto como para generar una emboscada. Es mejor regresar a Cajamarca, dejar un destacamento, recoger el botín y retornar triunfantes al Cusco, ya llegará otra oportunidad para conquistar a los chimúes.»

Huayna Yupanqui miró a su hermano y le dijo: «Tienes razón, me apresuré. Las ganas de aniquilar a los chimúes me cegaron. Ya habrá otro momento de atacar a los chimúes en igualdad de condiciones, y, así, terminar de vencerlos.»

Así fue como los incas dejaron de perseguir a los chimúes y regresaron a Cajamarca a ordenar la ciudad y recoger todo el botín.

Con la conquista de Cajamarca consolidada, el Tucuyricuy conminó a Túpac para que ambos se marcharan con sus respectivos hombres al Cusco, para darle las buenas noticias a Pachacútec. Túpac estuvo de acuerdo y partieron

inmediatamente.

Pasados siete días de haber conquistado Cajamarca, Cápac y su ejército dejaron un contingente en la ciudad al mando de Puma Tiqsi. Posteriormente, iniciaron el viaje de retorno hacia el Cusco con una gran caravana llena de tesoros y objetos muy valiosos, acompañados por el soberano de Cajamarca como nuevo aliado y súbdito de Pachacútec.

En el trayecto hacia el Cusco, Cápac pensaba mucho en su amada Tusup y la comparaba con la hermosura de las montañas, el agua cristalina de los ríos y el titilar de las estrellas en las noches. El General del Chinchaysuyo solo quería llegar pronto al Cusco, entregar los tesoros ganados a su hermano y después dirigirse a Pachacamac, donde se encontraría con su amada.

* * *

Túpac Yupanqui y el Tucuyricuy habían llegado al Cusco y se sorprendieron al ver como en la capital se habían adornado las calles con los colores más vistosos. Era sin duda una celebración en honor al Gran General del Chinchaysuyo, Cápac Yupanqui, por sus grandes conquistas.

El Gran Palacio Coricancha apareció justo en su camino, delante de ellos. Nunca lo habían visto tan reluciente como ahora, como si el Sol se hubiera fusionado con sus

paredes. Este espectacular efecto era a causa del oro incrustado entre sus piedras. En ese momento, de una de las puertas salió el General de Generales, Apo Mayta, vio al príncipe Túpac y al Tucuyricuy, y los llamó a la presencia del Gran Pachacútec.

—Pasen, mi señor los está esperando. Él ya sabe por los chasquis de las buenas noticias de la gran conquista de Cajamarca, digna de ser registrada en los quipus imperiales.

—Hijo mío, regresaste sano y salvo. Espero hayas aprendido mucho de tu tío —le dijo Pachacútec a Túpac Yupanqui cuando lo vio.

—Mi emperador, su hijo ha aprendido tanto que hasta peleó en la Batalla de Cajamarca como un jaguar.

—Me parece excelente, hijo mío, serás un gran general.

—Eso no lo dudes, padre. Será un honor servirte y expandir el imperio.

—Apo Mayta, por favor, lleva a mi hijo a que se de un baño, coma y visite a su madre. Necesito conversar algo en privado con el Tucuyricuy.

Apo Mayta cumplió lo ordenado por su emperador y salió con Túpac del recinto, donde solo quedaron Pachacútec y el Tucuyricuy.

—Ahora que estamos solos, cuéntame todo lo qué pasó

en la conquista de Cajamarca, especialmente sobre mi orden que no se cumplió respecto a aniquilar a lo chancas. Espero haya habido una razón justificable para no eliminarlos.

Al escuchar el pedido de Pachacútec, el Tucuyricuy comenzó a contar primero todo lo que había sucedido con la huida de los chancas y la posterior conquista de Cajamarca por parte de sus hermanos, encabezada por Cápac Yupanqui.

—Entonces, esos indeseables chancas tuvieron la suerte que Illapa los protegió con sus rayos, y así evitaron que mi hermano los aniquile. Entiendo que Cápac conquistó Cajamarca como para retribuirme el no haber eliminado a los chancas a causa de la intervención del dios del rayo. Todo me queda claro ahora, Cápac será recibido con todos los honores y lo nombraré mi cogobernante. Ya habrá tiempo para buscar y aniquilar a ese ejército rebelde chanca.

—Mi señor, no se me adelante. Lo que le conté primero, fue lo que todos vieron, pero yo, el que todo lo ve y todo lo oye, he confirmado que la verdadera causa para que los chancas huyan no fue Illapa, sino una traición. Porque si no hubiera acontecido esa traición, es muy probable que los chancas sí hubieran sido eliminados.

—Cuéntamelo todo, ahora mismo —fue el requerimiento de un molesto Pachacútec frente a la afirmación del Tucuyricuy.

El Tucuyricuy comenzó a contarle del amorío clandestino que tenía Cápac Yupanqui con la hermana de un capitán chanca. También, le contó que esa mujer conversó con su hermano antes de la emboscada inca, y que los chancas se separaron demasiado del ejército inca, a pesar de la orden que dió Cápac para no hacerlo. Pero lo más grave que le contó el Tucuyricuy al emperador fue que Cápac disfrazó a su amante como mujer inca para que pueda ser evacuada al Acllahuasi de Pachacamac, y así evitar que la ejecuten. Después de todo lo que le contó el Tucuyricuy al anciano emperador, a este último le salió una lágrima del ojo derecho y su rostro se deformó en una expresión de rabia.

—No puedo creer lo que me cuentas. Mi propio hermano me traicionó. ¿Por qué hizo eso? Él sabía que tenía que aniquilar a los chancas y no traicionar a su pueblo con una mujer de esa etnia.

—¡Llamen a Apo Mayta! —Pachacútec le ordenó a sus guardias mientras gritaba de cólera y decepción.

Apo Mayta llegó pronto a la presencia de su emperador, acompañado de dos jóvenes generales.

—¿Mi señor quiere que se vayan nuestros generales?

—No. Quiero que estén presentes —respondió Pachacútec.

—Hoy día me siento tan decepcionado como cuando me

tracionó mi propio padre. Lo curioso y gracioso es que en ambas ocasiones, los chancas tuvieron mucho que ver.

—¿Qué pasó, exactamente, mi señor? —preguntó Apo Mayta.

—Encargué al Tucuyricuy que vigilara toda la campaña del norte al mando de mi hermano Cápac Yupanqui. A pesar de que conquistó a los cajamarcas y ahora viene de regreso al Cusco con un gran botín en honor a mí, todo este triunfo se ha visto contaminado por una gran traición que no puedo perdonar.

—Señor, no puedo creer que el Gran Cápac Yupanqui nos haya hecho esto.

—La historia de nuestra nobleza siempre ha estado manchada por la traición. Yo quise desaparecer esa mala costumbre, pero por lo visto no he podido aún.

—Señor, entonces, ¿cuál es su decisión? —preguntó Apo Mayta al viejo emperador.

—Mi decisión es condenar a Cápac Yupanqui a morir arrojado desde la parte más alta de la fortaleza de Sacsayhuamán, delante de todos —fue la sentencia dada por Pachacútec.

—Señor, no podemos hacer eso. Toda la gente del Cusco admira a Cápac Yupanqui. Ejecutarlo en nuestra propia capital podría generar revueltas y antipatía hacia su

majestad.

—Entonces, tendrán que interceptarlo y ejecutarlo antes que llegue al Cusco. Nadie debe saber que fuimos nosotros. Tiene que verse como un accidente o como un atentado perpetrado por los rebeldes chancas.

—Mi emperador, tengo a la persona indicada para este trabajo y es uno de los generales presentes acá con nosotros.

En ese momento, Pachacútec miró a los dos jóvenes generales sumisos frente a su presencia, en ese gran salón del templo de Coricancha, tratando de adivinar a quién propondría Apo Mayta.

—Gran Pachacútec, el general que le propongo es Ollantay, recientemente elegido general del Antisuyo.

—Ollantay, mi general del Antisuyo, gran conquistador, ¿estás preparado para asumir esta misión? —preguntó Pachacútec.

—Mi señor, lo estoy. Ejecutaré a su hermano como usted lo ha ordenado. Usted confíe en mí. Idearé un plan que no fallará.

—Ollantay, confío en ti. Si me fallas ya sabes cual será tu castigo, pero si logras tu objetivo serás elegido el legítimo sucesor de Apo Mayta.

Después de la orden dada por Pachacútec, Ollantay partió hacia el norte con su gran ejército al encuentro de Cápac Yupanqui.

Mientras avanzaba por el Qhapaq Ñan, Ollantay se enorgullecía recordando el plan que había ideado para ejecutar al hermano traidor de su emperador.

No pasó mucho tiempo para que ambos ejércitos se encontrasen cerca a la región de Jauja, al amanecer.

Cápac Yupanqui vio al ejército de Ollantay y sintió un poco de desconfianza. La felicidad que había irradiado su rostro durante todo el camino de regreso a Cusco, de un momento a otro, se esfumó.

Ollantay sintió el ambiente tenso y para aplacar esa situación, se alejó de su ejército y fue al encuentro de Cápac Yupanqui.

Estando frente al hermano del emperador, Ollantay le dijo: «Mi Gran General, en el Cusco le espera un extraordinario recibimiento y un inmenso reconocimiento por su gran conquista. Los chasquis han estado trayendo periódicamente a la capital las noticias de su gran hazaña. Es por ello, por lo que mi emperador Pachacútec está muy contento y orgulloso de usted.»

—Ollantay, basta de adularme y dime a qué has venido —preguntó Cápac.

—He venido por orden de Apo Mayta y con conocimiento de nuestro Sapa Inca Pachacútec, debido a que estás en peligro.

—¿Cómo que estoy en peligro?

—Nos hemos enterado por nuestros espías que muchos insurgentes chancas te están preparando una emboscada por esta zona, debido a ello, hemos venido a protegerte, teniendo en cuenta que tu ejército se encuentra cansado después de tantas batallas.

—¿Es en serio lo que me dices?

—Sí, por eso es necesario que unamos nuestros ejércitos y marchemos juntos al Cusco.

—Muchas gracias, Ollantay. Pero no podemos unir ejércitos, sería peor, debido a que nos atacarían a todos juntos. Es mejor seguir divididos y marchar por separado, pegados a cada flanco del valle. Yo marcharé con ustedes y mi hermano Huayna Yupanqui se encargará de guiar a mi ejército.

—Me parece una mejor idea, sin duda me falta aún aprender de alguien como tú. Igual debo agregar que sería mejor subir hacia las montañas para evitar cualquier posible ataque con piedras desde lo alto.

—Estoy de acuerdo contigo, si marcháramos abajo en el valle, seríamos presa fácil. Entonces avisaré a Huayna

Yupanqui de lo acordado.

Así fue como ambos ejércitos comenzaron su marcha hacia el Cusco. Habían avanzado un cuarto de día de recorrido, pero Cápac Yupanqui aún no sospechaba que sus propios acompañantes eran sus verdugos.

Todo parecía tranquilo, no hubo ningún ataque chanca aún. Por un momento, Cápac Yupanqui se había distraído al mirar, a lo lejos, el ejército de su hermano marchar sobre las montañas del otro lado del valle. Se veían como hormigas. En ese pequeño instante de descuido, una piedra cayó a una velocidad tremenda sobre el cráneo del general, dejándolo medio inconsciente. Cuando se despertó se vio amarrado y rodeado por Ollantay y sus hombres. Sorprendido le gritó a Ollantay que lo soltará.

—¡Ollantay! ¿Por qué haces esto? ¡No lo entiendo! — seguía gritando Cápac

—Lo siento, General. Fue una orden de su hermano, el gran Sapa Inca Pachacútec, el Hijo del Sol. Yo estuve allí cuando le escuché decir que usted lo había traicionado con los chancas.

—Pero yo no lo traicioné. Hice todo para aniquilarlos, pero a causa de Illapa no lo pude lograr.

—Illapa no fue determinante, sino tu amante chanca. Ella fue quien puso sobre aviso a los capitanes chancas y fue por eso que no pudiste aniquilarlos. Ahora comprendes por qué

debes morir.

—Después de haber sacrificado tanto por él y por mi tierra, me pagan así. Son unos desgraciados y malagradecidos. Realmente tenían razón cuando me decían que Pachacútec no era el gran soberano de antes, sino más bien un anciano con delirios de traición y complot. Maldigo que sea mi hermano.

Las palabras que salieron de la boca de Cápac estaban llenas de tanta amargura, que lo único bueno que tenía en su mente en ese momento era el recuerdo de Tusup a quién tal vez no volvería a ver nunca más.

Entonces fue cuando varios soldados de Ollantay alzaron a Cápac como si fuera un costal de tubérculos, lo desataron y cogieron de sus extremidades para que no se moviera, para luego tirarlo al abismo a una muerte segura. Lo último que se le escuchó decir fue: «¡Ollantay, a ti, también, te traicionará!»

Así fue como se consumó la orden del anciano Pachacútec en contra de uno de sus hermanos más queridos.

Lo que después hicieron Ollantay y sus soldados fue simular una emboscada con la finalidad de justificar el asesinato de Cápac Yupanqui cuando se encontraran con su hermano Huayna Yupanqui, más adelante en el camino. Para ello, varios soldados fueron heridos a propósito para que pareciera que fueron atacados por los

chancas. Después, caminaron mil codos de distancia hacia una cueva donde tenían unos cuantos prisioneros de la etnia chanca e inca, acusados de robo y con una pena de muerte en proceso. Estos prisioneros fueron ajusticiados en ese lugar con la finalidad de dejar evidencia de una falsa batalla.

Estaba atardeciendo, cuando el ejército de Ollantay y el ejército de Huayna Yupanqui se encontraron al final del referido del valle, justo para entrar a una quebrada. Huayna Yupanqui se preocupó al ver varios heridos y muertos en el ejército de Ollantay, pero se preocupó aún más cuando no vio por ningún lado a su hermano Cápac.

Con un cinismo inigualable y un rostro de tristeza inimitable, Ollantay le contó a Huayna Yupanqui que su hermano Cápac al igual que muchos de sus hombres, habían sido atacados por los chancas desde las cumbres con piedras lanzadas con hondas. Y Ollantay finalizó diciendo que Cápac había perdido el equilibrio y que se había precipitado al abismo.

—Hubo varios muertos de nuestro lado y no pudimos capturar a ningún chanca vivo, solo matamos a algunos cuantos. Yo le dije a tu hermano que deberíamos haber viajado juntos y no separados de ti.

—¡Pero, talvez está vivo! ¡Debemos ir a buscarlo! —exclamó Huayna Yupanqui.

—No creo que haya sobrevivido a esa caída —le

respondió Ollantay.

—Iré a buscarlo con mi ejército. Si está muerto encontraré su cuerpo para honrarlo —fueron las frases de un desencajado Huayna Yupanqui.

—Está bien, te acompañaré —recapacitó Ollantay.

Ambos ejércitos salieron en búsqueda de Cápac y solo encontraron los cuerpos de dos soldados incas tirados cerca a la orilla del río, pero ningún rastro del gran general. Después anocheció, fueron a descansar y al siguiente día volvieron a buscar, pero no encontraron ningún rastro más que un pedazo de un vestido de Cápac entre el follaje, pero su cuerpo no aparecía. Era evidente para todos que el cuerpo de Cápac había sido arrastrado por la corriente del río. Al final de esta búsqueda de casi dos días, Huayna Yupanqui comprendió que su hermano había fallecido y ordenó regresar al Cusco.

En el trayecto de retorno, tanto Huayna Yupanqui como Ollantay comenzaron a desconfiar, del uno y del otro. El primero por la extraña muerte de su hermano que aún no lograba comprender, y el segundo por el temor a ser descubierto por Huayna Yupanqui.

* * *

El Ombligo del Mundo recibió con fiesta, alegría y gozo, al ejército del Gran General del Chinchaysuyo. No era la primera vez que este ejército conquistaba territorios y traía

consigo un gran botín que incluía piedras preciosas, ornamentos de oro y, por supuesto, al Gran Señor de los cajamarcas. Pero pasaron las horas y los ciudadanos no podían ver a su general, temiendo lo peor.

Desde el punto más alejado de la plaza hasta el Coricancha donde se encontraba el gran emperador presenciando todo, los ciudadanos comenzaron a susurrar que el Gran Cápac Yupanqui había muerto. Cuando la mayoría de la población se enteró de esta noticia sin confirmación oficial, la fiesta de bienvenida para Cápac Yupanqui se esfumó tan rápido como la neblina mañanera al caerle los primeros rayos del Sol.

EL ELEGIDO

Después de la traición del gran general Cápac Yupanqui, el gran Pachacútec mandó a llamar a su hijo Amaru Yupanqui quien se encontraba en el Collao.

—Entonces, lo has decidido — preguntó Apo Mayta.

—Sí, nombraré a mi hijo Amaru como mi sucesor y cogobernará a mi lado. Realmente, me dolió el corazón haberme equivocado con mi hermano Cápac Yupanqui, pero me dolió aún más ordenar su ejecución. Lamentablemente, la ley es así y yo como emperador debo ser el primero en cumplirla.

—No tenga remordimiento, mi señor, usted actuó como lo debe hacer todo emperador —fue lo que expresó Apo Mayta para calmar al viejo Pachacútec que aún sentía culpa por haber mandado a ejecutar a su hermano más querido.



Huayna Yupanqui por fin había llegado a Machu Picchu, la ciudadela de descanso de su hermano. Subiendo y bajando escalinatas, llegó a la plaza central y después se dirigió al templo del Sol donde se encontraba Pachacútec.

—Estimado hermano, me mandaste llamar ¿Qué se te ofrece? —le preguntó a Pachacútec.

—Huayna, sé que eres el tutor de mi sobrina Mama Ocllo, hija de nuestro fallecido hermano Cápac, por esa razón te cité para que podamos coordinar la celebración de un matrimonio entre ella y Túpac Yupanqui. Ellos ya están en edad para dar ese gran paso.

—Está bien hermano, coordinaré los preparativos para tan apoteósico evento.

—Huayna, te noto extraño, distinto al que eras antes. Dime ¿Qué te pasa?

—Se ve que me conoces muy bien, hermano. A ti no te puedo engañar y te hablaré sin rodeos. Desde hace mucho tiempo me acongoja una incertidumbre.

—¿Cuál es esa incertidumbre? —preguntó Pachacútec a Huayna Yupanqui.

—Han pasado años y hasta ahora no creo que nuestro hermano Cápac Yupanqui haya sido asesinado por los

chancas en una emboscada como lo dijo Ollantay.

—Quieres decir que piensas que Ollantay lo asesinó o que tal vez yo lo mandé a matar.

Huayna Yupanqui se quedó pensando un rato sin contestar. Si no pronunciaba palabra alguna, estaría insultando a su emperador, siendo eso un gran delito. Pero Huayna fue astuto y le dijo a su hermano lo siguiente: «Nunca se me pasaría por la mente eso de ti, pero sí dudo de Ollantay. No sé, tal vez hubo un altercado inesperado entre ellos y Ollantay lo mató.»

—Hermano, te voy a decir algo y quiero que quede tan claro para que no me vuelvas a mencionar este tema otra vez. Yo amé mucho a Cápac Yupanqui, mi hermano y mi gran general del Chinchaysuyo. Yo estoy seguro que Ollantay dijo la verdad sobre su muerte porque hubo muchos testigos. Pero, supongamos que yo hubiera mandado a ejecutar a mi hermano, eso sería solo por una única razón, que me haya traicionado y se haya aliado con los chancas de alguna forma.

—Hermano, me quedó muy claro.

—Ahora, por favor, retírate y espera mi aviso para la boda de Túpac Yupanqui y Mama Ocllo.

Huayna Yupanqui salió del templo muy decepcionado porque por fin se había dado cuenta que el emperador había mandado a matar al hermano de ambos, el gran Cápac

Yupanqui. Sentía rabia, sentía impotencia, no entendía en qué se había convertido Pachacútec, del gran y noble emperador que fue en su juventud no quedaba nada.

Una vez que Huayna Yupanqui se retiró Apo Mayta entró al templo donde estaba el anciano emperador.

—Apo Mayta, mi gran amigo y compañero de grandes batallas y hazañas. Acércate a mí, quiero pedirte un favor y quiero que se cumpla en su totalidad.

—Dígame, mi señor. ¿Cuál es ese favor? —preguntó Apo Mayta.

—Dentro de poco será la boda de mi hijo Túpac Yupanqui y su prima hermana Mama Ocllo. Justo haré que coincida la fecha de la boda con la llegada de mi hijo Amaru Yupanqui del Collao. En ese mismo día de la boda, aprovecharé para nombrar a Amaru como cogobernante y mi sucesor al trono. Precisamente, después de esos eventos, quiero que elimines a mi hermano Huayna Yupanqui.

—¡Mi Sapa Inca Pachacútec!, pero ¿Por qué me pide eso? ¿Qué crimen ha cometido Huayna Yupanqui para merecer ese castigo?

—Él ya sospecha que envíe a Ollantay a matar a Cápac Yupanqui. Me lo hizo saber indirectamente hace un momento. Además, me di cuenta que él también estuvo involucrado de alguna forma en el escape chanca. Es por ese motivo que necesito que lo elimines.

Todo lo que le dijo Pachacútec a Apo Mayta era verdad con la excepción de que Huayna Yupanqui haya estado involucrado con el escape chanca. Esto último, que era mentira, lo hizo para poder justificar la orden que le dio a Apo Mayta para que ejecute a Huayna Yupanqui.

—Tengo a la persona indicada para ese trabajo —mencionó Apo Mayta—. Pero le recomiendo que la boda se realice acá en Machu Picchu, así cuando comience la fiesta y la mayoría estén embriagados, nuestro verdugo aproveche ese momento para lanzar a Huayna Yupanqui al precipicio, pues es sabido que le gusta embriagarse con chicha hasta quedar seminconsciente.

—Es una excelente idea, Apo Mayta. No podemos dejar que los traidores inunden mi corte y mucho menos si son de mi familia. Demás está decir que de esto no tiene porque enterarse nadie. No quiero malograr la boda de mi hijo ni el nombramiento de mi otro hijo, mediante la ejecución pública de mi hermano.

—Sus deseos son órdenes, mi señor —fueron las palabras que pronunció Apo Mayta para después retirarse de la presencia de su soberano.

* * *

El día tan esperado había llegado. Se había decorado la plaza de la ciudadela de Machu Picchu para la gran ceremonia nupcial y el recibimiento de Amaru Yupanqui.

Estando la mayoría presente, el príncipe Amaru Yupanqui entró en la ciudadela con su guardia personal, dirigiéndose a donde se encontraba su padre. El momento fue el preciso para robarse la atención de toda la gente presente y del propio Pachacútec.

—Hijo mío, que bueno verte, hoy día se te entregará la borla como cogobernante del Tahuantinsuyo

—Padre, pensé que solo venía a la boda de mi hermano menor.

—Entonces, te sorprendí. Ven, conmigo, hay que prepararnos para la ceremonia.

Antes que la boda empiece, Pachacútec, delante de todos los invitados, le entregó la borla de cogobernante a su hijo Amaru Yupanqui, siendo aplaudido por todos en esta ceremonia.

Después de ello, Pachacútec dirigió su mirada a su hijo Túpac Yupanqui, le sonrió y lo llamó a su presencia.

—Quiero que todos sean testigos que hoy los laureles no solo se los llevará Amaru Yupanqui, sino también Túpac Yupanqui, mi hijo menor, quien hoy se casará, pero antes de eso, lo nombraré General del Chinchaysuyo.

—Ven, hijo mío, a mi presencia —Pachacútec le dijo a Túpac.

Entonces, Túpac Yupanqui caminó hasta donde estaba su padre y recibió la insignia de General del Chinchaysuyo ante la algarabía de todos.

Con los nombramientos realizados, Pachacútec ordenó el inicio de la boda entre su hijo y su sobrina. Fue la fiesta más opulenta que se había realizado en años. Todos reían, danzaban, jugaban y bebían chicha.

En uno de los grupos de los invitados se encontraba el general del Antisuyo, Ollantay, que desde que inició la fiesta no había podido saludar a su Emperador.

Ollantay pensaba que era un invitado más, pero estaba equivocado porque el inca lo mandó a llamar a su presencia, con uno de sus criados.

—¡Oh! ¡El gran Ollantay! ¡Mi general del Antisuyo! — exclamó el viejo emperador—. Quiero presentarte a toda la nobleza acá reunida, por quienes luchas mi amigo.

Ollantay saludó con un gesto de reverencia a todos los miembros de la nobleza y se sentó junto a ellos. La mirada de Ollantay que estaba un poco perdida —aunque más o menos orientada hacia el fondo de las montañas— mientras los nobles conversaban de temas frívolos, por un instante se movió y se fijó en el rostro de la princesa Cusi-Coillur, la hija más querida de Pachacútec.

No era la primera vez que Ollantay veía a Coillur, pero mientras la veía más y más, el sentimiento que ella le

inspiraba crecía tan intensamente como las lluvias torrenciales del Antisuyo.

Coillur no era esquivia a las miradas de Ollantay, solo dejaba de mirarlo cuando su padre volteaba a verla. Era como un juego peligroso que se daba entre ambos jóvenes. Lo peor que les podía pasar es que Pachacútec los descubriera y los condenara de alguna forma, debido a que estaba prohibido que alguien distinto a un alto noble se fije en alguna hija del Sapa Inca.

De pronto, uno de los nobles empezó una conversación sobre Ollantay que captó la atención de todos.

—He sabido de los grandes triunfos militares del general Ollantay en el Antisuyo y parte del Collasuyo —mencionó un noble de los Hanan Cusco.

—Es un experto estratega que después de Apo Mayta es mi general más querido —expresó Pachacútec.

—Muchas gracias por los buenos comentarios hacia mi persona —Ollantay agradeció a todos—. Mis logros son motivados por mi gran amor al imperio y a mi emperador Pachacútec.

Pachacútec miró con admiración a Ollantay, mientras seguían las tertulias sobre las hazañas del general del Antisuyo.

Mientras la fiesta estaba en su punto máximo, había una

persona que, a pesar de haber bebido mucho, se apartó de todos y se dirigió hacia el borde del acantilado del lado noreste de la ciudad de Machu Picchu. Era Huayna Yupanqui quien aún se encontraba dolido por haberse enterado de la muerte de su hermano Cápac Yupanqui ordenada por Pachacútec.

Esta situación de casi indefensión en la que se encontraba Huayna Yupanqui fue aprovechada por su verdugo, quien había esperado durante toda la fiesta este momento. Caminando bajo la luna llena, se dirigió hacia donde se encontraba Huayna y con una varilla de madera le asestó un golpe en la espalda que le hizo perder el equilibrio inmediatamente, lo cual ocasionó que cayera al precipicio, muriendo en el acto.

A la mañana siguiente, los pocos que quedaron despiertos se dieron con la sorpresa de la muerte de Huayna Yupanqui. Todos atribuían dicha muerte a los efectos de la embriaguez y a la pérdida de equilibrio de Huayna Yupanqui. Solo Pachacútec, Apo Mayta y el verdugo sabían que no fue un accidente.

* * *

Había pasado un buen tiempo desde la muerte de Huayna Yupanqui. El Gran Emperador, por fin, estaba tranquilo. Sentía que ya no había amenaza a su trono ni a sus herederos legítimos. Pensaba que sus problemas realmente se habían acabado, pero ello estaba muy lejos de ser verdad.

Como si se tratara de un ventarrón repentino, Huillca Uma, el sacerdote principal de Pachacútec, apareció frente a Ollantay en esa fría noche estrellada, a las afueras del Coricancha. El sacerdote le dijo: «Ollantay, te veo triste. ¿Cuéntame qué te aflije?»

—No me aflije nada, sacerdote — contestó Ollantay.

—¿Por qué siento que me estás mintiendo? Tú sabes que yo todo lo sé y puedo ver en tu corazón y en tu mente. Si me tuvieras confianza y me contaras tu aflicción, un gran consejo te daría para sanar.

—Te lo repito otra vez, no tengo nada —reiteró Ollantay.

—Ollantay conozco tu idilio clandestino y prohibido con Cusi-Coillur. Sé hasta en donde consumaron su amor, cuando la escoltaste en su visita al Acllahuasi de Pachacamac. Dime, ¿por qué crees que no le he contado nada a nuestro emperador, quien te podría cortar la cabeza por tan nefasto crimen?

—¡Oh! ¡Gran Sumo Sacerdote! No sé si odiarte o amarte, me has revelado infortunios, pero, también, alegrías. Ya no te lo negaré, es verdad que amo, con todo mi ser, a Cusi-Coillur, por tal motivo, me casé en secreto con ella, pero no sé qué hacer para que este amor sea libre. Dime tú, sabio sacerdote ¿Qué hago?

—Gran Ollantay, tienes dos opciones, o sigues con esta

locura de amor y desafías a tu emperador, o renuncias a Cusi-Coillur para alcanzar la gloria. No puedes tenerlo todo, a pesar de ser el General del Antisuyo, sigues siendo un plebeyo.

—No puedo renunciar a Cusi-Coillur. No es una opción —contestó un afligido Ollantay.

—Entonces, no me dejas otra opción que contarle todo a nuestro emperador, porque tarde o temprano alguien más lo hará. Ya hay mucha gente que sabe tu secreto.

—Espera. No lo harás, lo haré yo —contestó un enérgico Ollantay.

—Se ve que elegiste la primera opción que es la peor. El Gran Pachacútec no te perdonará haberte fijado en su hija más amada.

—Lo intentaré. Tengo fe en mi emperador. Yo he sido leal siempre. He conquistado todo por él. He sido su más servicial súbdito.

Mientras Ollantay se marchaba, Huillca Uma sintió un gran pesar por el desdichado destino que el General del Antisuyo había elegido. Ese niño con grandes aspiraciones que conoció hace ya varios años, hoy se enfrentaba a la prueba más peligrosa de su vida.

* * *

—¡Mi Gran General del Antisuyo! ¿Por qué pediste audiencia conmigo? ¿Qué se te ofrece? —preguntó el Sapa Inca Pachacútec.

—Mi emperador Pachacútec, alguna vez usted me dijo que por todos los servicios que había realizado en nombre suyo y del imperio, podía pedirle lo que sea.

—Recuerdo que alguna vez te dije eso y me reafirmo acá en tu delante. Pídeme lo que sea, claro, excepto ser el Sapa Inca —Pachacútec sonrió—, eso no te lo puedo conceder.

—Mira —continuó hablando Pachacútec—, con excepción de mis hijos Amaru Yupanqui y Túpac Yupanqui, tú eres una de las personas a quien le tengo más admiración y te quiero como si fueras un hijo más. Ahora, dime ¿qué es lo que deseas?

—Mi emperador, yo que he conquistado naciones por ti, que he obligado a tus adversarios a besar tu estandarte o a morir por haberte ofendido, quiero que me vuelvas noble —expresó Ollantay.

Por un momento, el silencio y la seriedad se apoderaron del anciano emperador. Miró fijamente a Ollantay y le dijo: «Ollantay, de alguna forma ya lo eres.»

—Pero de que me sirve serlo, si no puedo gozar de todos sus beneficios —manifestó Ollantay.

—Ollantay, parece que le estás dando muchas vueltas al

asunto y no me dices qué es lo que realmente quieres —expresó un casi fastidiado emperador.

—Mi señor Pachacútec, me he enamorado profundamente de su hija Cusi-Coillur y deseo que bendiga nuestra unión —Ollantay por fin pudo soltar todo lo que tenía aprisionado en su corazón y mente.

—¡Te has vuelto loco! ¡No eres ni Hanan ni Hurin! No naciste noble. No puedes aspirar a ser el esposo de mi máspreciado tesoro, mi hija Cusi-Coillur —expresó con sumo coraje y enfado Pachacútec.

—Por ser tú, te daré una única oportunidad —Pachacútec decretó—. Trataré de olvidar lo que me dijiste y tú te olvidarás de ese sentimiento indigno que dices sentir por mi hija. De esa forma, serás perdonado por tan grave afrenta a nuestras leyes y a mi investidura.

—No puedo señor. Nunca renunciaré a Cusi-Coillur. Y si tengo que morir por su amor, lo haré sin pensarlo.

—Has fijado tu sentencia de muerte, Ollantay —de esa forma el Sapa Inca terminó de expulsar de su corazón a uno de sus más exitosos generales.

—Cápac Yupanqui tenía mucha razón sobre usted. Que no era el emperador de antes. Que era un anciano paranoico. Que algún día me traicionaría como lo hizo con él.

—Me has insultado. Has osado decir que yo te he

traicionado. El hijo del Sol no traiciona a nadie. Todos me deben obediencia. Te torturaré antes de mandar a matarte.

¡Guardias! ¡Guardias! ¡Guardias! Gritó Pachacútec, llamando a su escolta personal para ordenar el arresto de Ollantay. Sin embargo, Ollantay, dado lo audaz que era, escapó rápidamente del recinto real junto a una parte de su ejército que lo estuvo esperando afuera, pero el ejército que envió Pachacútec logró alcanzarlo y acorralarlo a las afueras de la capital. La lucha fue una masacre para ambos bandos, pero el ejército desmado de Ollantay pudo fugar del Cusco a la región del Antisuyo.

Cuando las noticias del escape de Ollantay llegaron a oídos del anciano emperador, este no pudo ocultar su amargura y mandó a llamar a su hija Cusi-Coillur.

Cuando Cusi-Coillur llegó a la presencia de su padre, este último no pudo contener su amargura y empezó a lanzar sus preguntas con esa entonación autoritaria que le caracterizaba.

—Quiero que me respondas una sola pregunta con toda sinceridad ¿Tienes algún amorío con Ollantay? —preguntó un enfadado Pachacútec a su hija.

—¿Por qué me haces esa pregunta, padre? —respondió con otra pregunta Cusi-Coillur.

—Respóndeme la maldita pregunta ¿Tuviste o tienes algún amorío con Ollantay? —Pachacútec volvió a

preguntar enfurecido.

—Padre, yo lo amo. Nos casamos en secreto y estoy embarazada de Ollantay.

—¡Nooo! ¿Cómo pudiste hacer eso? Conocías la ley. Las mujeres de nuestra nobleza no pueden rebajarse a juntarse en matrimonio con un plebeyo —Pachacútec vociferaba mientras arrojaba las cosas que encontraba en su camino dentro del Coricancha.

—Padre, no nos podrás separar —gritó Cusi-Coillur.

—Si piensas eso, estás equivocada. Te encerraré. Te irás hoy mismo al Acllahuasi de Pachacamac. Allí tendrás a tu hijo o hija, y cuando nazca lo regalaremos.

—¡Nooo, Padre! ¡No me hagas esto, soy tu sangre! —fue lo que exclamó la hija del emperador en medio de un mar de llanto.

—No. Ya no lo eres —le contestó Pachacútec a su hija.

—Llévensela y aléjenla de mi vista —le ordenó Pachacútec a su guardia personal.

Al final, la desdichada y triste Cusi-Coillur fue trasladada hasta el Acllahuasi de Pachacamac donde sufriría una especie de encarcelamiento junto a las Vírgenes del Sol.

* * *

No había pasado mucho tiempo desde la separación de Ollantay y Cusi-Coillur por causa de Pachacútec. En ese escenario, Ollantay no había perdido tiempo en planear un levantamiento en contra de su antiguo soberano. Para ello, Ollantay eligió como general para su ejército a su gran amigo Orco Huaranca.

Los estandartes del Antisuyo flameaban a la vista de Orco Huaranca, quien pronunció el gran discurso que mucha gente de esa región había estado esperando por tanto tiempo. Todo se resumió en una sola frase solenne: «¡Qué viva Ollantay, a quien nombramos Sapa Inca del Antisuyo!»

A Ollantay le colocaron sobre su cabeza la Maskaypacha o corona de soberano inca. Tan trascendente noticia llegó con mucha rapidez a oídos de Pachacútec. En esa ocasión, el anciano emperador se reunió con Apo Mayta y su hijo Amaru Yupanqui, ordenándole a este último juntar todo el ejército disponible para ir en busca de Ollantay al Antisuyo y derrotarlo.

—Ahora, sabré si tomé una buena decisión al elegir como cogobernante a mi hijo Amaru Yupanqui —le dijo Pachacútec a Apo Mayta, mientras veía marchar a su hijo mayor al mando del ejército incaico, con la única consigna de traer derrotado a Ollantay, ya sea vivo o muerto.

—Verás que lo hará bien. Hay que tenerle fe —mencionó Apo Mayta.



Los picos nevados abrían su paso al gran ejército inca comandado por Amaru Yupanqui y dejaban contemplar las verdes montañas de la selva alta, bajo un cielo ligeramente despejado. Los incaicos fieles a Pachacútec habían llegado por fin a la zona del Antisuyo, donde los espías les habían revelado que se encontraba Ollantay y sus huestes rebeldes.

—¡Señor! ¡Señor! Un gran ejército ha llegado hasta nuestro valle. Probablemente sea Amaru Yupanqui —alertó un centinela a Orco Huaranca, quien a la brevedad fue a informarle a Ollantay.

—Con que Amaru está acá. Entonces, hoy se decidirá mi destino y el destino del tirano de Pachacútec. ¡Vamos, hay que alistarnos para la batalla! —expresó un acalorado Ollantay frente a su general Orco Huaranca.

Ambos ejércitos sabían que esta batalla no tendría ninguna negociación de paz previa y siguiendo esa consigna, Ollantay fue el primero que ordenó lanzar infinidad de flechas al ejército de Amaru. Las muertes que provocó ese primer ataque no fueron las esperadas por Ollantay, pues Amaru había puesto a disposición de su ejército impenetrables escudos contra los diestros arqueros antis de Ollantay.

El tiempo y el lugar no permitieron que los ejércitos implementaran alguna estrategia previa para ganar la

batalla. El campo abierto y la pelea cuerpo a cuerpo decidirían quien ganaría el enfrentamiento.

El primer choque fue estruendoso. Los flancos de ambos bandos fueron dispersados ampliamente. Los heridos y muertos yacían insalvables frente a una orda de bárbaros, en los que se habían convertido los que se decían ser los soldados más civilizados de esta parte del orbe.

Ya llegada la tarde, poco a poco, se venía dilucidando quien estaba ganando la batalla. Las aves de rapiña ya lo habían percibido y añoraban que acabe la contienda de una vez, para empezar con su gran festín.

El cansancio era el mayor enemigo del ejército de Amaru en esta batalla, sino la ganaba cuanto antes, Ollantay con su ejército más descansado podría imponerse en unas horas.

Amaru, sin ser mejor estratega que Ollantay, comenzó a ver los frutos de su esfuerzo, estaba venciendo al ex general del Antisuyo. Tal vez fueron los mejorados escudos que tenía su ejército o el número mayor de soldados que poseía, ese análisis ya no importaba en esos momentos.

—Orco, ordena la retirada —decretó un agotado y herido Ollantay a su general—, no podemos dejar que nos aniquilen totalmente.

—Mi señor, no nos podemos rendir.

—No nos estamos rindiendo, solo debemos seguir vivos

para vencer después.

Tal como lo habían planeado, Ollantay y Orco Huaranca, con un grupo reducido de sobrevivientes de su ejército, lograron escapar hacia el norte del Antisuyo.

¡Señor, los derrotamos! gritaron los soldados y oficiales de Amaru a una sola viva voz.

Amaru estaba contento, pero no del todo porque sabía que lo que realmente hubiera querido su padre era ver a Ollantay capturado. De todas formas, el primogénito de Pachacútec marchó al Cusco, llevando las cabezas de los principales oficiales de Ollantay.

Pachacútec recibió contento a su hijo al enterarse que había derrotado a Ollantay, a pesar de que el ex general de Antisuyo pudo escapar.

—Padre, no cumplí todo lo que me encomendaste —expresó un afligido Amaru.

—No te preocupes, hiciste mucho al derrotar a Ollantay. Ya habrá otra oportunidad para capturarlo.

Pasaron muchos meses desde que Amaru conversó con su padre por última vez. Ahora, Amaru se dirigía al Collao a apaciguar una de las tantas revueltas de los habitantes de la cuenca del Titicaca. Amaru se sentía seguro por las últimas batallas que había ganado, pero se había confiado mucho al no prestarle importancia a la aún esquivada captura de

Ollantay. Amaru no siguió persiguiendo a Ollantay por estar pendiente de sus problemas pasionales con sus amantes del Collao, siendo ello un grave error que pronto pagaría.

LA GRAN TRAVESÍA

Las rutas le eran familiares y muchos recuerdos venían a la mente del joven Hatun Auqui Túpac Yupanqui. Túpac recordaba la gran campaña de conquista de Cajamarca que comandó su tío Cápac Yupanqui, hace años, la primera campaña militar al Chinchaysuyo. Ahora, era él quien comandaba el gran ejército del Chinchaysuyo en una tercera campaña, en la que utilizaría todo lo que había aprendido para seguir extendiendo el imperio de su padre, si era posible, hasta el fin del mundo.

Pasaron por varios pueblos que ya habían sido conquistados, entre los cuales se encontraban, los cajamarcas y los chachapoyas, quienes los miraban siempre con recelo y temor como cada vez que el ejército inca los visitaba. En cada una de sus paradas por estas regiones, Túpac dirigía su mirada con descontento hacia el oeste, hacia la costa, hacia el Reino Chimú, el cual aún había sido esquivo a sus conquistas.

El plan ideado por Túpac Yupanqui y sus generales Tilca y Anqui Yupanqui, era dirigirse muy al norte, donde la cordillera se volvía totalmente verde, pues esa era la zona donde moraban dos pueblos muy ricos, los cañaris y los quitos.

El ejército reunido, en esta ocasión, era tan numeroso y pertrechado, que nunca se había visto uno igual marchando en esta parte del mundo.

Los cañaris conocían de las derrotas desastrosas sufridas por los cajamarcas y los chachapoyas ante el Imperio Incaico. Ellos no permitirían que se repita la misma historia, y, sin pensarlo mucho, se aliaron con los quitos, formando así un ejército tan numeroso como el de los incas.

Túpac Yupanqui que sabía de esta situación de antemano, no podía utilizar la técnica de dividir su ejército, la cual utilizó su tío Cápac Yupanqui cuando derrotó al ejército de la coalición de los cajamarcas y chimúes, porque ya era muy conocida en la región. Es por ello que desarrolló una nueva táctica que se le reveló en sueños.

En un sueño, Túpac Yupanqui navegaba en una pequeña balsa sobre el lago Titicaca con dirección al templo primigenio de sus ancestros Manco Cápac y Mama Ocllo, ubicado en una isla con arena dorada. Cuando llegó a la orilla de esa isla, se dirigió al templo, pero antes de entrar en él, se le apareció en el frontis la visión flotante de las armas más usadas en el mundo andino: las porras, las

macanas, los mazos, las hachas, los champis, las boleas, las hondas, las flechas y las lanzas cortas. Túpac vió como se desintegraban todas esas armas delante de él y aparecía una lanza muy gruesa y tan larga como de ocho codos, con una doble hoja de metal en la punta. El mensaje era claro y Túpac pudo descifrar su sueño. Él tenía que mandar a fabricar ese tipo de arma para todo su ejército, y así poder derrotar a los cañaris y quitos.

Emulando al Gran Alejandro Magno y sus falanges, Túpac, sin haberlos conocido, avanzaba con su ejército al encuentro de sus enemigos con sus grandes lanzas totalmente camufladas en un ángulo de treinta y cinco grados. Como era costumbre, Túpac Yupanqui envió un emisario a los cañaris y quitos para ofrecerles reciprocidad y sumisión al Imperio. Lejos de un sí como respuesta, los cañaris y quitos enviaron mutilado de un brazo al mensajero inca como respuesta. El Hatun Auqui, verdaderamente, se exacerbó, y como consecuencia, ordenó atacar sin piedad al enemigo con un solo ataque relámpago.

Todo el ejército inca avanzó como un proyectil hacia sus enemigos. Mientras los soldados incas corrían, colocaron sus lanzas en posición horizontal hasta que embistieron a los cañaris y quitos, rompiendo las líneas de su ejército.

Después de utilizar las lanzas, los soldados incas comenzaron a luchar con las armas de corto alcance hasta diezmar considerablemente a sus enemigos. Así fue como los cañaris y quitos capitularon su rendición

inmediatamente, y entregaron sus respectivas ciudades capitales al ejército de Túpac.

La admiración y respeto por Túpac creció, considerablemente, en su ejército y en sus generales después de esta batalla. Si alguna vez tuvieron alguna duda del Hatun Auqui por su juventud, éste les había demostrado que era un excelente estratega militar, igual o mucho mejor que su tío, el recordado Cápac Yupanqui.

Después de esta guerra, Túpac fundó en la capital de los cañaris, la Gran Tomebamba, donde nacería su hijo Huayna Cápac a los pocos meses de conquistada.

* * *

Habían pasado ya varios meses de dominación inca sobre esta parte del mundo, solo les quedaba por conquistar la costa donde habitaban los huancavilcas, quienes eran habilidosos navegantes y, también, grandes guerreros.

En esa ocasión, Túpac conocería, por primera vez, qué era luchar en el mar. Las grandes decisiones que tomó esta vez radicaban en formar un ejército con los recientemente incorporados cañaris y quitos, sumado a la flota de balsas manteñas, quienes eran sus aliados mercantiles desde hace mucho tiempo atrás en el comercio del mullu. Todo ello facilitó la rápida conquista de los huancavilcas y su centro militar-comercial, la isla Puná.

Las celebraciones de esta nueva conquista se realizaron

en las costas manteñas donde tomaron chicha, degustaron los más grandes banquetes y danzaron hasta al día siguiente.

Había amanecido y Túpac se encontraba frente al mar, contemplando las pocas estrellas visibles que quedaban en ese cielo crepuscular matutino, mientras el Inti, poco a poco, salía por el otro extremo de la cordillera. Estaban con él sus generales Tilca y Anqui Yupanqui cuando desde el horizonte visualizaron varias balsas distintas a las que ya conocían. Estas balsas eran muy grandes, llevaban cientos de artículos y gente sobre ellas. Fue tanto el interés e incertidumbre que causaron en Túpac estas embarcaciones, que mandó a llamar al jefe manteño para que le explicará de dónde venían.

El jefe manteño, en presencia de los militares, sacerdotes y ayudantes que siempre acompañaban al Hatun Auqui, le reveló que esas balsas venían de dos islas muy lejanas llamadas Auachumbi y Ninachumbi, que estaban a medio año de distancia navegando.

—¿Qué? ¡No puedo creer que sea tanta distancia! — mencionó un asombrado príncipe, sabiendo que en el mar la velocidad de una balsa quintuplicaba la velocidad de avance en tierra firme de cualquier persona.

—¡Quiero conocerlas! ¡Deseo ir allá! —expresó Túpac ante la atónita mirada de sus generales y su gente de confianza.

—Pero, mi príncipe, si usted se embarcara en ese viaje, estaría por lo menos año y medio fuera de esta tierra y probablemente sería un viaje mortal con muchos peligros y dificultades —fue el consejo que le dio su general Anqui Yupanqui.

—He luchado y conquistado mucho en beneficio de mi padre y mi tierra —Túpac justificaba su muy probable decisión de realizar el viaje marítimo—. Eso me llena de mucha satisfacción personal y me hace ver que ya he cumplido sobremanera con mi propósito en este mundo, así que, si muero en este viaje, lo haré con honor. Además, mi padre ya eligió un cogobernante, a mi hermano mayor Amaru Yupanqui, la sucesión está asegurada.

—Señor, para evitar cualquier contingencia, deme permiso para utilizar mis artes, y así realizar un viaje no físico para corroborar la existencia y seguridad de esas lejanas islas a las que usted quiere visitar —propuso el sacerdote Antarqui.

—Hazlo Antarqui, confío en ti —respondió Túpac.

Entonces, así fue como Antarqui comenzó a prepararse para su viaje. Prendió una fogata y frente a ella puso una vasija llena de coca para que le diera fuerza, otra llena de chicha para que le quite el miedo y una tercera vasija llena de un líquido conocido solo por los sacerdotes, que le proporcionaría las habilidades para viajar.



Mascó las hojas de coca, tomó la chicha y el líquido desconocido, en instantes cerró los ojos y se sentó sobre la arena frente al océano. Fue en ese instante que su cuerpo astral se separó de su cuerpo físico y viajó sobre las olas del mar con dirección al oeste, donde la Mamacocha o el océano se hacían casi infinito. De pronto, pudo visualizar la primera isla Auachumbi o Mangareva, que era la más alejada, donde vio que habitaban gente pacífica, poseedores de muchos tesoros. Después, avanzó aún más lejos en la Mamacocha hasta visualizar un gran palacio con grandes piedras que emergían del mar, y encima de aquel palacio, se podía contemplar las estrellas con un brillo muy claro. En la entrada del palacio se apareció un hombre con una túnica resplandeciente, con una piel clara y con una barba prominente. Podría ser el Apu Qun Tiqsi Wiracocha, eso fue lo que pensó Antarqui. Después dio media vuelta y a la mitad de su viaje de retorno apareció en otra isla, era

Ninachumbi o Rapa Nui, donde pudo ver a una joven muy hermosa fijando su mirada con nostalgia en dirección al Cusco. Rápidamente, su cuerpo astral retornó a la costa manteña y despertó de su viaje.

Antarqui había despertado traspirando y agotado, todos lo veían sedientos de respuestas a la gran interrogante: ¿Qué vio en su viaje astral?

Túpac se le acercó y le preguntó: «¿Qué viste Antarqui? ¿Cuéntame?»

—Mi señor, pude ver las dos islas, son reales y sus habitantes no se ven belicosos. Poseen muchas riquezas. Pero lo más extraordinario es que pude ver al Apu Qun Tiqsi Wiracocha y a su increíble templo que estaba más allá de esas islas.

Túpac no perdió tiempo y decidió viajar hacia esas islas lejanas y también buscar la morada del Apu Qun Tiqsi Wiracocha, el Dios creador del Universo. Para ello, ordenó construir, con ayuda de los manteños, ciento cincuenta balsas grandes para poder partir a ese gran destino.

La noticia de esta decisión se corrió muy rápido por toda la costa y sierra de esta parte del mundo. Muchos guerreros que habían venido con Túpac Yupanqui y muchos otros manteños conocedores de la ruta de estas islas misteriosas, se sumaron como parte de la tripulación de esta gran aventura liderada por el príncipe inca.

Las ciento cincuenta balsas grandes fueron ocupadas por veinte individuos cada una, entre tripulantes manteños y guerreros incas. En total, eran tres mil individuos los zarparon ese día hacia los confines del océano en búsqueda de las islas misteriosas y de la gran morada de Wiracocha.

El solo hecho de iniciar este grandioso viaje con miles de soldados y tripulantes en esas grandes balsas, evidenciaría una clara verdad: nadie había realizado un viaje similar antes. Realmente, Túpac había venido al mundo a ser una leyenda.

* * *

Los chasquis hicieron bien su trabajo, pues llevaron la gran noticia del gran viaje emprendido por Túpac hasta el centro del imperio, el Cusco.

—Mi señor Pachacútec ¿Ha escuchado la gran noticia de su hijo el príncipe Túpac Yupanqui? —preguntó Apo Mayta a su emperador.

—Claro —contestó Pachacútec—. Por la mañana me llegó un mensaje de uno de mis chasquis. Lo que está logrando mi hijo Túpac es algo que ni yo mismo pensé que podría lograr. Si mi menor hijo hubiera sido mayor a la hora que tenía que elegir al cogobernante de mi imperio, no hubiera elegido a Amaru Yupanqui sino a él. Amaru es un buen hijo, un excelente gobernante, un diestro administrador, un noble y culto hombre, pero no es un

experto guerrero como lo es su hermano menor.

—Pero, Amaru está acompañado por unos excelentes generales, sólo se necesita ser un buen estratega para poder ganar las batallas, y creo que él sí cuenta con esa característica —expresó Apo Mayta.

—Lo sé, mi amigo y, en estos momentos, mi hijo Amaru debe estar en el Collao. Él debe estar buscando al traidor e insurgente de Ollantay para darle muerte, así probará que es un digno sucesor mío.

—Dicen que Ollantay aparece y desaparece con su ejército insurgente con la rapidez de Illapa. A veces está en la región del Collao y otras veces en la región del Antisuyo. Siuviéramos al ejército de su hijo Túpac, ya lo hubiéramos derrotado fácilmente —mencionó Apo Mayta.

—Lo derrotaremos. No tienen la fuerza ni el apoyo suficiente como para tener éxito.

—Es un gran guerrero —Apo Mayta trató de ser un poco indulgente con Ollantay—, pero es una lástima que haya terminado así.

—Yo sé que te duele porque lo considerabas un hijo, pero yo no puedo perdonarle que se haya fijado en mi hija Cusi-Coillur, y que me haya desafiado cuando no le di la mano de mi princesa. Aunque no lo creas, yo, también, lo consideraba un hijo y hasta le di una oportunidad para que se retracte, pero se negó, se olvidó pronto que no había nacido en una

panaca real. Apo Mayta, la ley es clara, él no podía casarse con mi hija.

—Estoy de acuerdo con usted —contestó Apo Mayta—. Él traicionó nuestras tradiciones y nuestra ley, por ello, con el dolor de mi corazón, estoy de acuerdo, que él tiene que pagar.

* * *

Habían pasado varios días desde que inició la gran travesía de Túpac Yupanqui hacia la Mamacocha. Lo que veían los navegantes era solo mar y cielo, a veces, soleado, y, otras veces, estrellado. Túpac había decidido dejar de permanecer en su caseta y salió a contemplar el cielo de noche por primera vez desde que zarparon.

Túpac quedó anonadado por la majestuosidad del cielo estrellado. Caminó unos pasos hacia la proa de la balsa y comenzó a sentir el efecto del movimiento hacia adelante que generaba la embarcación empujada por la vela y las guaras. Pero no era lo único extraordinario que sentía, a esa sensación se sumaba la impresión de estar viajando por el universo, pues las estrellas se distinguían perfectamente hasta el nivel del mar que las reflejaba tan bien como un espejo.

Al día siguiente, una de las balsas avistó unas islas. Muchos guerreros incas se emocionaron, pero Túpac Yupanqui tomó la noticia con cautela, debido a que no

habían navegado tanta distancia como para haber llegado a su destino.

Después los tripulantes manteños explicaron a los soldados incas que a esas islas las llamaban Islas de Fuego, y que en ellas vivían solo reptiles muy grandes y aves extrañas que se alimentaban solo del mar, porque la tierra en ellas era inerte.

Las grandes balsas surcaron esas extrañas islas por su lado sur y emprendieron, otra vez, el viaje a océano abierto, donde pasarían demasiados días navegando, preocupados por la incertidumbre de no encontrar tierra firme.

Hasta ese momento, el viaje había sido muy tranquilo como si la Mamacocha hubiera sentido mucho respeto por Túpac. Pero, como muchos sabían, la Mamacocha o gran océano tenía un carácter impredecible, y, de un momento a otro, desató una gran tormenta. Algunos soldados incas que nunca habían estado familiarizados con este tipo de eventos, se desesperaron y muchos decían que Illapa, el dios del trueno, y la Mamacocha se habían disgustado con ellos por hacer este viaje.

Túpac, a pesar de no ser un navegante, estaba muy sereno y con la ayuda de los tripulantes manteños tranquilizó a los soldados de su balsa. De la misma forma, procedieron los demás capitanes incaicos asignados a las distintas balsas.

La tormenta no paraba y su intensidad crecía

constantemente, pero, de ninguna manera podía derribar las balsas porque estas estaban diseñadas para no volcarse; sin embargo, varios soldados, tripulantes y un capitán, murieron al salir disparados de las balsas por el efecto del fuerte tambaleo que había generado la tormenta.

La tormenta había terminado al amanecer y la flota se encontró al frente de un gran número de islas llenas de vegetación. El castigo sufrido por la naturaleza había tenido sus frutos. Por fin habían llegado a su destino, aseguraban muchos. Túpac sumamente curioso preguntó a uno de sus tripulantes manteños si esas islas eran Auachumbi y Ninachumbi. El tripulante le dijo que no eran, pero que estaban demasiado cerca.

El hermano de Túpac Yupanqui, Tilca Yupanqui quien era el capitán general de la armada se comunicó con todos los capitanes y con el mismo Túpac Yupanqui, para recomendarles desembarcar en la isla más grande con el fin de revisar las balsas dañadas por la tormenta y dejar un monumento a los caídos.

Túpac Yupanqui, como representante de Pachacútec en esta expedición, estuvo de acuerdo con la propuesta de Tilca. Así, los incaicos desembarcaron en la isla más grande conocida como Nuku Hiva.

Los nativos de la isla vieron con mucho asombro a los incaicos descender de esa inmensa flota de balsas con velas decoradas finamente. El sacerdote de los nativos le comentó

al jefe de los lugareños y a su corte que, los viajeros eran hombres enviados por sus dioses para enseñarles cosas grandiosas.

Túpac dio la orden a su ejército de no atacar por ninguna razón a los nativos, amenazando con cortar las manos a todo aquel que intentase hacerlo.

Muchos niños nativos se acercaban a los incaicos y tocaban sus finos y bien bordados tejidos sin ningún temor.

Hasta que llegó el momento cuando Túpac Yupanqui y un traductor manteño se acercaron a la Corte del jefe nativo y pactaron una reunión.

Cuando Túpac ingresó al recinto hecho de madera de palmera, donde se encontraban los dirigentes nativos, estos últimos se arrodillaron al verlo y lo veneraron.

Túpac utilizó a su intérprete manteño para comunicarles a los nativos que era un soberano que venía en una misión exploradora desde las tierras donde nacía el Sol, y que les enseñaría a fabricar cerámica, tejidos y orfebrería, para ello dejaría algunos de sus hombres por unos días más. Los nativos le agradecieron y le obsequiaron varios adornos hechos de hojas, madera y moluscos.

Las balsas que pudieron arreglarse, se arreglaron, y las que no, dejaron sus maderas en las islas. Se erigió un monumento de piedra a los caídos en la tormenta, pero no

fue totalmente terminado dada la falta de una cantera adecuada para extraer las piedras necesarias.

Ahora, con veinte balsas menos, la gran flota de Túpac Yupanqui se dirigió hacia el sur en busca de Auachumbi, la primera isla añorada.

—Cuéntame, ¿cómo es esa isla? —preguntó Túpac a su traductor y tripulante manteño, Solongue.

—Es extraordinaria —contestó Solongue—. Es una isla muy grande que es custodiada por unas islas más pequeñas y todo ese archipiélago está encerrado en un cinturón de tierra con mucha vegetación, casi impenetrable.

—La describes como si hubiera sido construida por el mismo dios Wiracocha.

—Tal vez, él la construyó.

—Túpac sonrió y le preguntó: «¿Y en este archipiélago, los nativos también son amistosos?»

—También, mi señor. Todos se dedican al comercio entre islas. Las guerras son poco frecuentes.

Los días navegando, sin encontrar otras islas, pasaron rápidamente. Era medio día, con el sol más abrasador que nunca, cuando la armada inca divisó la gran muralla de tierra y vegetación que rodeaba Auachumbi, confirmando los relatos de los manteños.

Tilca Yupanqui había abordado la balsa de su hermano Túpac Yupanqui, y en compañía de tripulantes manteños, que ya habían visitado alguna de estas islas, idearon un plan para cruzar la gran muralla de tierra o atolón.

—Por ese pequeño estrecho es por donde se cruza hacia el lago interno donde se ubica Auachumbi —mencionó Solongue.

—Mayormente, se utilizan canoas para poder cruzarlo, pero con las grandes balsas con las que contamos, será fácil abrir un gran canal en la vegetación o mangle —replicó Solongue.

Estando de acuerdo todos, la flota de balsas incaicas entró bruscamente por el pequeño canal, generando un ruido como si se tratase de un tsunami. El canal que medía diez codos de ancho, después del paso de la armadilla, quedó con doscientos codos de ancho.

Todo este suceso fue visto por el rey nativo Taveré, desde su canoa, quien presuroso se dirigió a Auachumbi a contar todo lo que había ocurrido a su hermano Taroi, quien, también, era rey.

La flota incaica siguió su trayecto por el interior del atolón hasta arribar a Auachumbi.

—¡Por fin, llegamos! —expresó un triunfante Túpac Yupanqui—. Ahora déjenme ser el primero que pise la playa.

Y así fue como Túpac Yupanqui fue el primero que desembarcó desde su balsa, y se dirigió caminando hacia los nativos que lo miraban con gran asombro. Lo reverenciaban, llamándolo Rey de los Mares, Príncipe Rojo o Hijo del Sol.

Él, ya entendiendo un poco más el idioma de los isleños desde que arribó a Nuku Hiva, les dijo que venía en son de paz a ofrecerles cerámica, tejidos, ofebrería y a enseñarles como elaborarlos.

Los reyes nativos que al principio estaban aún un poco dudosos de las intenciones de Túpac, después de ver su generosidad y desprendimiento, ofrecieron en la noche un banquete en su honor y lo reverenciaron como lo hicieron los demás nativos.

Esa noche de banquete fue fabulosa, todos departían, bebían y danzaban en honor al Gran Rey del Oriente que había venido a enseñarles cosas extraordinarias. Hasta una danza se creó para representar la llegada de Túpac al atolón, que después de años sería conocida como la danza de Tupa.

Túpac había logrado parte de su objetivo que era conocer Auachumbi, solo le faltaba conocer la gran mansión del Apu Qun Tiqsi Wiracocha y la isla Ninachumbi. Para ello, Túpac se reunió con los soberanos isleños y les conversó sobre ello.

—El objetivo de mi viaje fue conocer su isla de la que tanto me habían hablado, pero ese no es mi objetivo final

sino conocer la gran morada de mi dios supremo.

—Gran Túpac, ¿Hablas del Sol? —preguntó Taveré.

—No. Me refiero al Apu Qun Tiqsi Wiracocha, nuestro dios supremo, el creador y hacedor del Universo. Wiracocha creo la tierra, el océano, el cielo, las estrellas y a nuestras demás deidades.

—¿Y qué apariencia tiene Wiracocha? —preguntó Taroi.

—Wiracocha es alto, de piel mucho más clara que la nuestra, con abundante barba, siempre lleva puesto un vestido largo de color blanco y unas varas en sus manos— contestó Túpac.

Ante lo dicho por Túpac, ambos reyes quedaron sorprendidos y le comentaron al príncipe inca algo muy revelador.

—Tu hermano Tilca nos consultó por qué en nuestra isla reinan dos soberanos. Yo le respondí que la causa de esta diarquía se remonta hace más de un milenio —reveló Taveré.

—Este hecho sucedió hace más de mil años —Taveré comenzó a contar la historia—. En esa época, nuestra cultura era belicosa y salvaje. Nos matábamos entre padres, hijos, hermanos y amigos. Las guerras, las violaciones y los robos eran el pan de cada día. Hasta que un día, en el calor de una batalla con cientos de muertos regados por la playa,

apareció una canoa gigante con una vela como la de tus grandes balsas. De esa embarcación descendió un hombre con la apariencia de tu dios Wiracocha. Ese hombre se acercó a mis antepasados y comenzó a sanar a los heridos con solo tocarlos. Fue algo extraordinario y divino. Después de ello convivió con nuestro pueblo por unos años, enseñándonos un mensaje de amor y paz. «Amen a sus semejantes», nos decía. Nos exhortaba a no hacer la guerra sino la paz, a dialogar antes de pelear. Nos enseñó a creer en un único dios y nos dijo que él era uno solo con ese dios. Cuando finalmente se fue, mis antepasados decidieron no hacer más la guerra, y así se formó una diarquía con la finalidad de evitar conflictos futuros y vivir en paz. Hay un monumento en honor a ese dios que vino en esa época a salvarnos de la oscuridad en la que vivíamos.

—Por favor, llévenme a ese monumento —fue la petición que transmitió Túpac a los reyes nativos.

—Por la mañana iremos, Gran Túpac —contestó el rey Taroi.

Después de haber dormido placenteramente toda la noche, Túpac Yupanqui se despertó y fue con los reyes nativos a visitar el monumento a su dios. Cuando Túpac vio la estatua quedó perplejo, tenía un aspecto muy similar al Apu Qun Tiqsi Wiracocha, era, sin lugar a dudas, él.

—¿Cuánto me demoraría si deseo ir con mi flota en búsqueda de la morada del dios Wiracocha? —preguntó

Túpac.

—Gran Túpac, según los relatos que llegaron hasta nuestros días, nuestro dios, al que llamas Wiracocha, demoró en llegar a nuestra isla desde su morada, cuatro años lunares.

—¿Cuatro años lunares? —contestó Túpac anonadado con otra pregunta— ¡Esa es una distancia impensada y casi imposible de alcanzar!

Después de haber pasado varios días con los reyes nativos, el Hatun Auqui o príncipe Túpac se reunió con sus capitanes y les ordenó coordinar con el mejor grupo de sus soldados constructores para que levanten un monumento en la isla, en honor al dios Wiracocha.

—¿Y cuándo planificaremos buscar la morada del Apu Qun Tiqsi Wiracocha? —preguntó Tilca a su hermano.

—Ya no iremos en esta ocasión, debido a que demoraríamos cuatro años lunares en llegar a ese sitio. Los reyes me revelaron que el dios Wiracocha los visitó hace milenio y medio y les comentó a sus ancestros que ese tiempo fue el que demoró en llegar a esta isla.

—¿Les crees? —le preguntó Tilca a Túpac.

—Les creo, así como creí en los manteños cuando nos contaron de la existencia de estas islas.

—Pero, en esa ocasión, Antarqui nos confirmó lo que los manteños nos contaron sobre Auachumbi y Ninachumbi.

—Bueno, en esta ocasión Antarqui no vino con nosotros, así que nos quedará creer en lo que me dijeron estos reyes nativos, y no arriesgar a nuestra tripulación ni a nuestro imperio con un viaje desconocido aún para nosotros. Ya habrá otra oportunidad para regresar.

Así fue como Túpac Yupanqui pasó dos meses en Auachumbi y después partió a su último destino, la isla de Ninachumbi.

* * *

Habían navegado por aproximadamente un mes hasta que llegaron por fin a Ninachumbi. Los Manteños sabían que esa era la isla por los colores pardos que poseía y por su lejanía, según las historias que contaron los pocos nativos que regresaron de ella.

Cuando llegaron a la costa y desembarcaron, Túpac Yupanqui y su ejército miraron con asombro unas estatuas gigantes en la única playa accesible que hallaron. El tamaño de esas moles se asemejaba mucho al de las piedras de la fortaleza de Sacsayhuamán.

Por orden de Túpac Yupanqui, todo el ejército inca se dirigió cuesta arriba, hacia las colinas. De pronto, comenzaron a escuchar a lo lejos tambores, gritos y arengas de batalla. Cuando llegaron al lugar donde venía ese ruido,

contemplaron dos ejércitos en plena batalla.

Tilca Yupanqui por delegación de Túpac, ordenó que todos los batallones estén alertas al desenlace de la batalla que los isleños estaban librando entre ellos. Pero tan pronto como los isleños se dieron cuenta de la presencia de los incaicos, pararon sus acciones y los miraron sorprendidos.

Los isleños murmuraban entre ellos, no sabían que hacer, muchos se veían petrificados ante la presencia de los orejones. Iluminado en sus vestimentas por el sol intenso de esa mañana, el príncipe Túpac avanzó escoltado por su guardia personal hacia el primer herido de guerra que encontró y le dio de beber agua de un mate. Esa misma acción la repitió con un segundo herido, pero del otro bando. Muchos incaicos repitieron la misma acción de su líder, daban agua y curaban las heridas de los isleños sobrevivientes de la batalla.

El acto noble y bondadoso que Túpac realizó esa mañana en esa isla tan lejana, fue un acto que emuló el accionar que tuvo Wiracocha cuando visitó a los nativos de Auachumbi. En el pasado, Túpac no se hubiera comportado de esa manera sino que hubiera esperado que ambos ejércitos nativos se aniquilen entre sí y, en ese momento, hubiera aprovechado para conquistar su tierra. Pero, Túpac había cambiado desde que escuchó el relato del Apu Qun Tiqsi Wiracocha en Auachumbi. Túpac quería ser recordado, en esta parte del mundo, como un ser noble, bondadoso y pacífico, nada que ver con la tiranía que mayormente

caracterizaba a un colonizador o conquistador.

El espíritu de la guerra se había esfumado. Los jefes nativos enemigos habían entrado en tregua y habían decidido ir a conocer al extranjero y a su ejército.

La imponentia de Túpac generó que muchos isleños lo vieran como un dios o el hijo de un dios, que había venido a salvarlos de la barbarie de la guerra.

Cuando estaban frente a frente a una distancia tan cerca como de cuatro codos, Túpac se presentó a los jefes nativos y comenzó a hablar en el idioma isleño que era común en las otras islas que ya había visitado. Túpac les dijo que venía de una tierra del oriente donde era príncipe y lo consideraban como hijo del sol, desde ese momento los isleños lo comenzaron a llamar Mahuna-te Ra'a que significa Hijo del Sol.

—¿Por qué pelean? Deben vivir en paz y armonía. Tienen una sola isla para ustedes. Sería absurdo que se peleen eternamente de generación en generación —expresó el príncipe incaico.

—Tu extraordinario accionar ha ocasionado que todos crean que eres un enviado de los dioses. Yo, también, lo creo y por ello te saludo y venero —expresó uno de los jefes nativos.

—Señor, en cuanto a tu pregunta —procedió a contestar el otro jefe nativo—, te diré que nosotros hemos estado

peleando por defender el honor de cada grupo. Cada grupo eligió a un candidato para ser el futuro esposo de nuestra hermosa princesa Uho. Ambos candidatos a novio tuvieron que competir en varios desafíos tanto en la tierra como en el mar. El ganador se casaría con Uho, pero la competencia fue tan reñida y dejó un resultado que fue interpretado por cada grupo a su favor, es por ello que iniciamos la guerra, estableciendo que el grupo ganador impondría al futuro esposo de Uho.

Túpac les contestó que esa no es una razón válida para haber iniciado una lucha fratricida, y que debieron agotar todos los medios posibles para evitar un conflicto de ese tipo.

Uno de los jefes le respondió lo siguiente: «Mi señor, perdóneme, pero usted dice eso porque no conoce la extraordinaria belleza de Uho.»

Entonces, Tilca Yupanqui se acercó a Túpac y le susurró que deberían conocer a la princesa, para poder corroborar si los isleños tenían razón sobre su belleza.

—Está bien, Tilca, les diré que quiero conocer a la princesa Uho —le respondió un sonriente Túpac a su hermano.

Túpac miró a los jefes y les dijo: «Señores, quiero conocer a la princesa Uho y corroborar con mis propios ojos si lo que dicen de su gran belleza es cierto.»

—Está bien, síganos, señor —le respondió uno de los jefes a Túpac.

Antes de avanzar al encuentro de la princesa Uho, Túpac ordenó que parte de su ejército se quedara a seguir curando a los heridos de la batalla que habían librado los nativos. Los nativos que vieron este gesto adicional de bondad de Túpac, lo admiraron y respetaron aún más.

* * *

Su mirada era triste, a pesar de ello su hermosura era aún más radiante que nunca. Tenía una piel bronceada tan uniforme como si hubiera sido pintada con el color del sol poniente. Así, se encontraba Uho parada afuera de un templo isleño, esperando el desenlace de la batalla para conocer con quien se casaría. De todas formas, a ninguno de los dos contendientes, amaba. Uho se sentía como una mercancía subastada al mejor postor, no podía elegir a quién amar como sí lo hacían las demás mujeres isleñas. Inesperadamente, vio en el horizonte un grupo numeroso de gente que no distinguía muy bien. Al principio, pensó que se trataba de los jefes llevando a su futuro esposo, pero se equivocó porque lo que realmente vio fue a gente imponente y muy bien vestida que no eran isleños, lo que le asombró mucho.

Uno de los jefes se acercó a Uho y le dijo que hoy no habría casamiento, que la batalla se interrumpió por la llegada de un señor divino que vino del oriente. Uho se

alegró porque ese día no sería esposa de alguien a quien no amaba. El jefe insistió en que el señor extranjero quería conocerla. Ella respondió que podía venir a verla, que lo esperaba.

Así fue como el príncipe Túpac Yupanqui o Mahuna-te Ra'a, como los isleños lo llamaban, se acercó a Uho. Estando frente a ella la miró y le dijo que realmente era verdad lo que decían de su belleza. Túpac quedó maravillado. Fue a ver a la princesa incrédulo y terminó encantado por ella.

Uho no fue esquivada o desinteresada con Túpac. Ella al verlo se impresionó por su imponente, sus carnes bien formadas y tonificadas, el color rojizo de su rostro varonil y la seguridad que irradiaba cuando la contemplaba.

Uho le comentó a Túpac que su llegada la había salvado de casarse con alguien a quien no amaba. Túpac le confesó que sabía lo que se sentía porque a él, su padre y la ley lo obligaron a casarse con su prima hermana a quien no amaba.

Túpac, maravillado por la hermosura de Uho, le dijo que si ella quisiera podía venir con él a conocer su tierra, y así evitar que en su isla la casen con alguien a quien no quería. Túpac reiteró su propuesta, diciéndole que la trataría como la princesa que era. Uho lo miró y le dijo que lo pensaría.

Los jefes isleños, automáticamente, se dieron cuenta que entre Túpac y Uho nació algo a primera vista. En vez de preocuparse por ello, se sintieron aliviados porque si Túpac

se llevaba a Uho de la isla, se acabarían las guerras.

Después, Túpac y Uho se dirigieron hacia la costa donde se encontraba la flota de balsas grandes del príncipe incaico. Él quería enseñarle a la princesa la majestuosidad de su flota, para lograrla impresionar, lo cual sucedió.

Al ver las balsas, Uho supo que Túpac era el príncipe que en sueños constantes la venía a rescatar sobre una armadilla de tortugas marinas, llevándola a su reino. Las tortugas representaban, metafóricamente, a las balsas del Hatun Auqui. Entonces, Uho decidió aceptar la propuesta de Túpac de ir a su reino.

Ya de noche, los jefes isleños celebraron y bailaron en honor a Túpac o Mahuna-te Ra'a, quien había hecho cosas grandiosas por Ninachumbi, aun más que por Auachumbi.

Túpac pasó el tiempo suficiente en Ninachumbi para consumir el amor que llegó a sentir por Uho. Los jefes isleños lo proclamaron protector de la isla y le otorgaron en matrimonio a Uho, quien aceptó muy feliz esa decisión. En contraprestación, Túpac construyó un monumento en honor a Wiracocha y a Uho. El monumento llamado Ahu Vinapu fue construido en el lugar donde Túpac vio por primera vez a la princesa Uho. Los muros fueron tan perfectamente labrados como los muros del Gran Coricancha. Los muros quedaron tan solidos como el amor que sentían Túpac y Uho.

En Túpac creció un cariño inmenso hacia Ninachumbi, pero el momento de partir había llegado. Las balsas comenzaron a zarpar una por una desde la bahía principal de Ninachumbi. Todos los isleños fueron a ver la partida de Túpac y de Uho. Emocionados gritaban, parados sobre la base de los Moais: «¡Mahuna-te Ra'a y Uho regresen pronto!»

Desde la balsa principal de la armadilla que se dirigía a la tierra de Túpac, Uho volteó y miró con nostalgia su isla mientras se alejaba. Después, puso una de sus manos sobre su vientre, acariciando su embarazo, y con la otra se limpió una lágrima que caía por su mejilla. Ya no había marcha atrás, Uho regresó a la caseta real de la balsa y se cobijó a lado de su esposo Túpac.

LA VENGANZA

La gran serpiente de oro, así llamaban los lugareños al gran río Marañón. En la mitad de su recorrido, antes de llegar a su nacimiento en las grandes cumbres nevadas, había una zona que la naturaleza había convertido en un paraíso.



En ese paraíso moraban pastores, agricultores y pescadores pacíficos, que por un periodo de su vida se habían olvidado que fueron nobles y bravos guerreros.

Entre esos hombres había uno, en especial, que tuvo un gran infortunio en la vida, a pesar de haber respetado casi todas las leyes de su pueblo con la excepción de una: el amar libremente.

Este soldado no recordaba nada de su vida pasada y sus semejantes tampoco hicieron nada para ayudarlo a recordar, desde que llegaron a ese vasto valle. Tal vez era la mejor decisión, dejarlo vivir en paz sin los recuerdos de un pasado trágico.

Pero, conforme iba pasando el tiempo, la cicatriz en la cabeza que llevaba el soldado que se convirtió en pescador, comenzó a dolerle cada día más y más. Con cada punzada que sentía, comenzaba a venirle a la mente recuerdos pasados.

—Señor Cápac, ¿qué le pasa?, ¿se encuentra bien? —le preguntó otro pescador.

—No me encuentro bien. Siento mucho dolor en la cabeza —contestó Cápac.

—Bueno ya comenzará a anochecer y es mejor que vaya a descansar —le recomendó el mismo pescador.

En la noche, cuando Cápac ya dormía, comenzó a

convulsionar mientras soñaba y despertó abruptamente. En ese momento, empezó a recordar nuevos episodios de su vida pasada que por mucho tiempo habían estado dormidos en él.

Recordó a su amada Tupsup, recordó a su hermano Huayna Yupanqui, recordó a su hermano Pachacútec y recordó a su gran lugarteniente Puma Tiqsi.

Ahora, ya sabía que su nombre no era solo Cápac sino Cápac Yupanqui, el Gran General del Chinchaysuyo. Como si se tratase de un cóndor recién salido de su cascarón, así se sentía Cápac Yupanqui. Había renacido y tenía muchas preguntas que hacerles a los integrantes de su nueva familia.

* * *

—Señor, Cápac Yupanqui ha recordado todo —un centinela fue a alertarle a Anco Huaillo.

—¿Estás totalmente seguro? —preguntó Anco Huaillo.

—Lo estoy. Me lo comentaron varios pescadores. Y yo mismo lo fui a ver y hablé con él. Además, pidió hablar con usted.

—Si es así, te encomiendó que vayas inmediatamente a Cajamarca y hables con nuestro aliado, quien estará gustoso y feliz de saber que Cápac Yupanqui por fin recobró la memoria.

—Iré inmediatamente, mi señor.

Después de la noticia que le dio el centinela a Anco Huaillo, este último fue a visitar a Cápac Yupanqui. El escenario era impensado para ambos. Cuando Cápac vió a Anco, recordó que antes que perdiera la memoria fue su enemigo y ahora lo trataba como a un amigo.

—Hola, Anco —Cápac lo saludó.

—Hola, Cápac. Me imagino que tendrás muchas preguntas.

—No muchas. Ahora recuerdo casi todo excepto cómo sobreviví al ataque de Ollantay y cómo llegué aquí con ustedes.

—Bien, te contaré. Después que Ollantay te arrojó al precipicio, tu cuerpo fue amortiguado por varios árboles y arbustos, sufriendo solo un golpe en la cabeza, pero muy serio. La corriente del río te llevó y evitó que los hombres de Ollantay te encontraran en su búsqueda por hallar tu cuerpo. No me vas a creer cuando te cuente quién te salvó.

—¿Dime quién fue la persona que me salvó?

—Fue Puma Tiqsi, quien salió de Cajamarca a tu encuentro porque presagiaba que algo malo te pasaría. Cuando llegó al valle donde te habían querido asesinar por orden de Pachacútec, pudo encontrarte río abajo con una gran herida en la cabeza, te limpió y te trajo con nosotros porque nuestro nuevo hogar era el único sitio donde podías estar seguro.

—Puma Tiqsi, nos ayudó a encontrar a un trepanador de cráneos descendiente de los Paracas. Este médico te operó y te puso una placa de plata en la parte del hueso de tu cráneo que había sido dañado. Felizmente la operación salió bien porque tu vida dejó de correr peligro, pero cuando despertaste no sabías quien eras, habías perdido la memoria. Fue en esos tiempos cuando Puma Tiqsi regresó a Cajamarca, no sin antes pedirnos que le avisáramos cuando recobraras la memoria.

—¿Cuándo podré ver a Puma Tiqsi?

—Ya lo mandamos llamar. Él llegará en dos días.

Habiendo pasado esos dos días, Puma Tiqsi llegó con su escolta al Valle de la Serpiente de Oro. Había esperado mucho tiempo ese momento para ver a su amigo Cápac con la memoria ya recobrada.

—Cápac, mírate, estas renovado. Ven, tengo mucho que contarte.

—Anco Huaillo, ya me adelantó muchas cosas. Lo que no entiendo es por qué seguiste siendo leal a mi hermano Pachacútec.

—Todo tiene una explicación. Lo que hice lo hice por ti. Yo solo no podía mover a todo un ejército para sublevarme en contra de Pachacútec, en cambio, tú sí. Es por ello que tenía que esperar a que recobraras la memoria, para que de esa forma tú mismo puedas comandar tu ejército otra vez y lograr tu venganza. Bueno, era un riesgo pensar ello, porque

tal vez nunca hubieras podido recuperar tu memoria, pero lo hiciste.

—Y, dime, ¿cómo te enteraste que Pachacútec fue quien me mandó a asesinar?

—Lo intuí al principio. Después, cuando te dejé al cuidado de los chancas, ellos me confirmaron que ninguno de sus miembros te pudo haber atacado en el valle de Jauja como lo afirmó Ollantay, debido a que ya no existían guerreros chancas en esa región. Los chancas pudieron habernos matado cuando te traje a este valle, pero al enterarse que Pachacútec te traicionó a ti y a ellos, entonces eso nos convirtió en sus amigos.

—Lo que no me queda claro es cómo un ejército me haría caso después de tantos años.

—Si bien es cierto que ahora el General del Chinchaysuyo es tu sobrino Túpac Yupanqui, que es muy querido por todo su ejército, también, es cierto que solo han pasado cuatro años y aún tu recuerdo perdura en los que fueron tus soldados.

—En los años que han pasado, Túpac Yupanqui ha duplicado el número de soldados en el Ejército del Chinchaysuyo. Con esa mitad adicional que incorporó, más algunos oficiales veteranos, se encaminó a una expedición muy peligrosa a los confines de la Mamacocha en busca de dos islas legendarias. En otras palabras, es muy probable que Túpac Yupanqui y su ejército renovado, perezcan en su

gran expedición, quedando en el Chinchaysuyo la parte del ejército que aún te recuerda y es leal a ti.

—Puma Tiqsi, esa es una buena noticia.

—Así es, mi señor. Pero la mejor noticia de todas es que Ollantay se rebeló contra Pachacútec por no haberle dejado desposar a su hija. Ante ello, Amaru, quien ahora es cogobernante del imperio, le infligió una gran derrota a Ollantay, pero Ollantay pudo escapar. Tenemos noticias que Ollantay ya comenzó a rearmarse para iniciar otra batalla. Lo que sugiero es que nos unamos a Ollantay y de esa forma tengamos asegurada nuestra victoria frente a Pachacútec.

—Ollantay me intentó matar, pero hizo lo mismo que yo hice con los chancas, solo seguir órdenes de ese anciano paranoico de mi hermano.

—Entonces, ¿estás de acuerdo?

—Sí, lo estoy. Tendrás que reunirte con él y explicarle todo, pero antes tienes que reunir mi ejército para que vean que su general está vivo.

Terminada la conversación entre los viejos amigos, Puma Tiqsi partió hacia Cajamarca a reunir el ejército que comandaría Cápac en su ansiado intento de conquistar el Cusco y deponer al viejo emperador.

Por su parte, Cápac pidió tener una reunión con Asto Guarco, el hermano de Tusup. Cuando Asto Guarco llegó a

la presencia de Cápac, este último le preguntó ansioso por el paradero de su hermana Tusup. Anco Guarco le comentó que lo último que sabían de ella era que seguía encerrada en el Acllahuasi de Pachacamac, lugar al que nunca pudieron ir a rescatarla.

* * *

Cápac Yupanqui había planeado de una forma casi perfecta el rescate de su amada Tusup. El plan era llegar de noche por mar a Pachacamac, desembarcar en la costa, subir sigilosamente las colinas e irrumpir en el Acllahuasi de Pachacamac para rescatar a Tusup.

Todo fue desarrollándose según lo planeado, Cápac vestido con prendas negras, al igual que sus hombres, ya había entrado al Acllahuasi de Pachacamac. Redujeron fácilmente a los guardias, después, con amenazas, preguntaron a los monjes y acllas sobre el paradero de Tusup. Nadie conocía ese nombre de mujer. Entonces, Cápac recordó que Tusup cambió su nombre para no ser reconocida como chanca. Comenzaron a buscar celda por celda, temiendo que el pequeño ejército inca que permanecía en la Fortaleza de Pachacamac pudiera darse cuenta de lo que pasaba en el Acllahuasi. De pronto, escucharon la voz de una mujer que se lamentaba en una de las celdas y pedía ayuda. Por un momento, Cápac pensó que era su amada Tusup, pero cuando vio a esa mujer su rostro se quebró. Esa mujer era su sobrina Cusi-Coillur, hija de Pachacútec. Cápac se preguntó por qué había sido encerrada allí, de la peor

forma. No era una celda propia de una aclla, era una prisión y ella se encontraba en un estado deplorable.

Cuando Cusi-Coillur pudo reconocer a su tío, lo abrazó, lloró y le dijo: «¡Tío! ¿Estás vivo?»

—Sí, hija, estoy vivo —contestó Cápac Yupanqui.

—¿Quién te hizo esto, sobrina mía? —preguntó un acongojado Cápac Yupanqui.

—Mi padre. Fue mi padre. Me castigó de esta forma por haberme fijado en Ollantay. Tuve una hija que me robaron y no sé dónde está. Sé también que mandaron matar a Ollantay. No sé si seguirá vivo mi amado.

—Tú padre se ha convertido en un monstruo. Él mandó a que me maten, pero no logró su cometido. No sé si sentir por él, odio o lástima. Tú y yo nos enamoramos de personas prohibidas, pero el amor no debe ser motivo para un castigo.

—Tío ¿Mi padre también te castigó por una causa similar a la mía?

—Exacto, tú padre se enteró que me fijé en una mujer chanca y me acusó de traidor, siendo esa la excusa perfecta para mandar a matarme. Ahora, sobrina, el destino ha hecho que al venir a salvarla a ella, también te salve a ti. El problema es que aún no la encuentro en ninguna parte del Acllahuasi.

—¿El nombre de tu amada es Tusup? —preguntó Cusi-

Coillur a su tío.

—¡Ese es su nombre! ¿Dónde está? —preguntó un extasiado Cápac Yupanqui.

—Yo te llevaré a ella. Hace tiempo nos hicimos amigas. En una ocasión me reveló que se llamaba Tusup y que era de la etnia chanca.

Completamente alegre, Cápac ayudó a incorporarse a su sobrina y esta le guio al lugar donde se encontraba su amada Tusup. Cuando la pareja al fin se encontró, se dieron un abrazo casi eterno, un abrazo que el tiempo y el espacio no podrían deshacer. Después, se besaron apasionadamente. Tusup y Cápac lloraban de la emoción. Ella pensaba que él había muerto y él pensaba que nunca la encontraría.

El rescate fue todo un éxito. Cápac pudo regresar hasta el valle de la Serpiente de Oro junto a su amada y su sobrina. En el camino, le reveló a Cusi-Coillur que Ollantay estaba vivo y que se había sublevado en contra de Pachacútec. Cusi-Coillur se alegró sobremanera y le preguntó a su tío si él estaba del mismo lado que Ollantay. Cápac le dijo que sus delegados habían estado en conversaciones con Ollantay para unir ambos ejércitos en contra de Pachacútec. Cápac prometió que él mismo la llevaría en presencia de su amado. Por su parte, Tusup, por primera vez en muchos años, había sentido lo que era la felicidad.

* * *

En la región del Collao, las cosas se habían tornado turbulentas, Amaru fue interceptado por un gran ejército sediento de venganza. Los ojos de los soldados eran ojos de jaguares furiosos por dar su primer zarpazo. Ollantay había vuelto renovado con un nuevo ejército de antis. Sin mediar más que el sonido de un pututu, como señal de ataque, los arqueros antis, que se ubicaban en las partes más altas, dispararon sus flechas a matar, inmediatamente la infantería de Ollantay se lanzó en contra del ejército de Amaru, que ya se encontraba debilitado por las flechas de los antis.

El ejército de Amaru que no había llegado de la mejor forma a la batalla, a causa de la previa campaña del Collao, comenzó a contar las bajas por cientos. Parecía que los escudos de los soldados de Amaru no les protegían, porque se rompían fácilmente ante la fuerza de los ataques de los guerreros de Ollantay.

Ollantay había estado preparando la emboscada perfecta. Cuando ya tenía al ejército de Amaru a su merced, los arqueros que se ubicaban en las montañas dejaron sus arcos y cogieron sus lanzas y macanas, formando un batallón de infantería extra que fue directo a rematar a los soldados de Amaru que aún seguían de pie.

La batalla era tan desfavorable para Amaru que por más que gritaba la retirada, ninguno de sus soldados, aún con vida, pudo escapar al destino de una aniquilación total.

Quedaron pocos sobrevivientes entre los cuales se encontraba el propio Amaru, quien fue llevado ante la

presencia de Ollantay.

—No te mataré hoy. Irás a dejar un mensaje a tu padre. Le dirás que pronto seré yo quien gobierne todo el Tahuantinsuyo.

Amaru, totalmente humillado, fue dejado cerca de la ciudad del Cusco, desnudo, golpeado y pintado como muestra de insulto a Pachacútec.

Después de haber recibido el mensaje de Ollantay y haber mandado a curar las heridas de su hijo, Pachacútec se reunió con Apo Mayta y el propio Amaru para decidir el futuro del cogobierno.

—Hijo, sabes que te quiero mucho, pero esta humillación a la institución del cogobierno y a la investidura del inca, no las puedo aceptar.

—Fuiste imprudente. Te dije que no podías dejar de darle cacería a Ollantay. Ahora, él fue quien te cazó. Tuviste una segunda oportunidad para vencer a Ollantay definitivamente, pero ¿qué hiciste? Preferiste pasar una velada de pasión con tu amante del Collao, que a dar por concluida la rebelión de Ollantay.

—¡Padre, perdóname!

—Has apaciguado innumerables rebeliones en mi nombre y has sufrido casi nada de derrotas, por eso te perdono, pero esta derrota que te infringió Ollantay ha puesto en peligro todo nuestro imperio. Es por ello que he

decidido que dejes el cogobierno en este instante. Por lo pronto, mi gran amigo Apo Mayta buscará entre mis otros hijos quien te reemplazará.

—Mi señor, su encomienda la cumpliré —contestó Apo Mayta al emperador, mientras Amaru bajaba la cabeza de vergüenza.

—Amaru, ya no cogobernarás conmigo, pero seguirás viendo los temas de administración y hacienda del imperio. Ahora puedes retirarte y dejarme con Apo Mayta.

—Está bien, padre. —fue la respuesta de Amaru a Pachacútec para luego marcharse a sus aposentos.

—Apo Mayta, mi gran amigo, mi gran general, si tan solo estuviera acá mi hijo Túpac Yupanqui, ya lo habría nombrado mi cogobernante —expresó, con anhelo, Pachacútec frente a su general de generales—. ¡Esperemos que regrese pronto de su exploración a la Mamacocha!

—¿Y si no regresa? —preguntó Apo Mayta.

—Espera un mes y si no regresa busca entre mis hijos mayores al más idóneo para el cargo —respondió Pachacútec a Apo Mayta y se fue enojado a su habitación.

* * *

Ollantay junto a su ejército triunfante se dirigió a la región norte del Antisuyo. Mientras estaban a punto de

llegar a un pueblo casi olvidado, Ollantay le preguntó a Orco Huaranca: «Orco Huaranca, ¿estamos en el camino correcto?»

—Sí, mi señor, justo allá están las personas que querían verlo junto a su ejército.

Cuando los líderes de ambos ejércitos se reunieron. Las sorpresas emergieron rápidamente.

—¿Cápac, estás vivo? —preguntó un sorprendido Ollantay.

—Así es, Ollantay. Te dije que Pachacútec te traicionaría. Ahora tenemos un enemigo común. Te propongo aliarnos en contra de él.

—¿Cómo se que no me estás engañando? ¿Tal vez quieras cobrar venganza por lo que te hice en el pasado?

—Si hubiera querido vengarme, no estarías vivo ni hablando conmigo en estos momentos. Mira, te lo pondré fácil. Te daré una muestra de mi amistad y de nuestra futura alianza para poder derrotar a Pachacútec.

En ese momento, Cápac Yupanqui le ordenó a uno de sus soldados ir por alguien, mientras Ollantay se preguntaba quién era esa persona a la que Cápac había mandado a traer.

La espera terminó y a Ollantay le salieron las lágrimas, al ver que la persona que habían traído era su amada Cusi-Coillur. Ambos se abrazaron, lloraron, se besaron y rieron. No se habían visto por varios años. Cápac al ver esa escena

de amor, se alegró por su sobrina y Ollantay.

Cusi-Coillur, ya más tranquila, le reveló a Ollantay que tuvo una hija con él, pero que le fue arrebatada por su padre, sin saber que destino tuvo. Yma Sumac, ese era el nombre de la hija de ambos. Ollantay le prometió que la encontrarían, así tuviera que destruir todo el Cusco.

Finalmente, el pacto entre Cápac Yupanqui y Ollantay se concretó en esa misma noche. El ejército rebelde unificado marchó al Cusco en los días siguientes. Una gran guerra era inevitable.

EL RETORNO DEL RESPLANDECIENTE

La flota estaba muy cerca de llegar a la costa central del imperio, cuando una corriente inesperada la desvió un poco hacia el norte de su trayecto, previamente planeado.

Verdaderamente, era urgente que desembarcaran en algún punto de la costa, debido a que la princesa Uho estaba con todos los dolores de parto, previos a dar a luz al hijo del Gran Túpac Yupanqui.

Túpac Yupanqui estaba muy preocupado por el hijo que le daría Uho, la mujer que más había amado en su vida. Túpac salía de la caseta y volvía a entrar muy preocupado. Él no quería que su hijo nazca en pleno altamar, podría ser peligroso. Pero, una de las parteras que siempre llevaba consigo en el ejército, le dijo: «Mi señor, no podemos esperar más, la princesa Uho tiene que dar a luz acá en altamar. Si esperamos mucho tiempo a que la flota

desembarque en la costa que aún no hemos visualizado, Uho podría morir dando a luz.»

—Está bien, procede con los trabajos del parto. Quiero a mi hijo o hija y a mi princesa, sanos y salvos.

—Así será, mi señor —contestó la partera.

Los dolores se acrecentaban y Uho gritaba que ya no podía más, que las fuerzas se le iban, pero la partera le imploraba que no se deje vencer, que tenía que continuar y traer al mundo a su hijo.

Mientras Uho luchaba en el parto de su hijo en pleno océano, en otra parte del mundo conocido, en Tomebamba, ex capital de los cañaris, la principal esposa de Túpac Yupanqui, Mama Oclo junto a su hijo Huayna Cápac, de apenas dos años de edad, y el sacerdote Antarqui, realizaban un ritual de ofrenda a la Mamacocha, con el único objetivo de implorar que su esposo regrese a salvo de su viaje.

Había amanecido en altamar y el vaivén brusco de las aguas se había calmado. Uho realizó un último esfuerzo y pudo dar a luz a un niño hermoso que tenía un aspecto muy sano y vigoroso. Túpac al contemplar al hijo que había tenido con la mujer que realmente amaba, se quebró a pesar de su rudeza y le salieron algunas lágrimas de felicidad.

Túpac pidió cargar a su hijo y cuando lo tuvo en sus brazos, salió de la caseta real y lo alzó para que el sol ilumine todo su cuerpo, como reafirmando su estirpe real.

Al poco tiempo del parto de Uho, uno de los tripulantes de la balsa donde iba Tilca Yupanqui avistó por fin la costa. Al avisar a Túpac de esa buena noticia, este ordenó desembarcar inmediatamente.

El lugar donde desembarcaron, Túpac y su ejército, ya lo habían visto antes. Las extensas dunas y la cercanía a un pequeño valle donde se divisaban a lo lejos inmensas pirámides de adobe, eran señal que se encontraban en el valle Moche, lugar cercano a la capital del Reino Chimú, la ciudad de Chan Chan.

—Creo que el Apu Qun Tiqsi Wiracocha te ha bendecido —le comentó Tilca Yupanqui a su hermano Túpac—, al hacer que desembarcaras justo en el corazón del reino que deseabas tanto conquistar hace mucho tiempo.

—Es cierto. Esta es mi oportunidad —le respondió Túpac a su hermano y general.

—Entonces, no hay vuelta atrás. Si lo ordenas, comenzaré con los preparativos para invadir este reino con nuestro gran ejército.

—¡Tranquilo! Esta ciudadela es gigante y está totalmente amurallada. Si entramos en ese laberinto, nosotros seremos los aniquilados. Tenemos que idear un plan muy bien elaborado para evitar la más mínima contingencia en nuestro ejército.

—¿Cuál es tu plan, hermano? —preguntó Tilca.

—En estos momentos se me vienen a la mente las leyendas que escuchamos de Wiracocha, en las islas que visitamos en nuestra exploración oceánica. La manera como actuaba frente a los demás, tan prudente y serena. Creo que imitaré ese actuar y lo plasmaré en la conquista del Reino Chimú —le comentó Túpac a Tilca.

Túpac estaba parado justo al frente del río Moche con todo su ejército atrás de él. El príncipe incaico miraba hacia todas las direcciones del valle, tratando de encontrar el punto débil de los chimúes. De pronto, Túpac miró el tramo del río Moche con dirección a la sierra y divisó varios canales que desviaban el agua del río. En ese momento, llamó a su presencia a uno de los tantos lugareños que había capturado en su arribo a estas costas. Túpac le preguntó al lugareño: «¿A dónde conducen esos canales que salen del río?»

—Señor, esos canales conducen directamente a la ciudadela de Chan Chan. Son los canales que abastecen de agua a la capital.

Al escuchar lo que le dijo el lugareño, Túpac esbozó una sonrisa de felicidad y llamó a su hermano Tilca Yupanqui.

—Hermano, ¿qué has decidido? —preguntó Tilca Yupanqui.

—Este lugareño me ha comentado que esos canales que hemos identificado conducen agua del río Moche hacia Chan

Chan. Entonces, mi idea es cortar el suministro de agua que abastece a la capital de los chimúes, desviando su curso otra vez al río. No tardarán en pedir su propia rendición o morirán de sed.

—Es una magnífica idea, hermano —expresó Tilca.

—Y lo mejor de todo, es que evitaremos un derramamiento de sangre innecesario. Pero antes de llevar acabo esta estrategia, es preciso honrar nuestras costumbres de llevarles primero una propuesta de reciprocidad y sumisión a nuestro Tahuantinsuyo —finalizó diciendo Túpac Yupanqui.

* * *

La tierra donde reinaba la Luna sobre el Sol estaba tranquila, sus habitantes llevaban una vida cálida y sin problemas y su ejército no había librado batalla alguna en años. En ese escenario de paz y serenidad, un emisario llegaba a la ciudad más grande de esa parte del mundo.

El emisario llegó a la entrada principal y pidió hablar en persona con el rey. Los soldados chimúes que recibieron al campesino se burlaron por su desfachatez de querer hablar con el Gran Minchancaman. Pero todas esas burlas dieron un giro inesperado cuando el campesino les reveló que venía a dejar un mensaje de Túpac Yupanqui, quien se encontraba con su numeroso ejército cerca al río Moche. Los soldados fueron a verificar a lo lejos si lo que decía el campesino era

cierto. Cuando estuvieron a cierta distancia, lograron corroborar la presencia del Gran Ejército Inca y retornaron a la ciudadela. Inmediatamente, el campesino fue conducido ante la presencia de Minchancaman.

—¿A qué debo sus visitas? —expresó el rey chimú ante la presencia del campesino y sus soldados que lo trajeron.

—Mi rey, hemos venido a darle una mala noticia —expresó uno de sus soldados—. El campesino acá presente nos ha traído un mensaje de Túpac Yupanqui y su ejército, que se encuentran acechándonos muy cerca de nuestra ciudadela en el margen norte del río Moche.

—No puede ser, pensé que Túpac había muerto en ese viaje que realizó hacia la Mamacocha, hace más de un año.

—Pues no ha muerto, ha regresado y todo hace indicar que desembarcó con su gran flota de balsas al sur de nuestro valle —le informó un oficial al rey.

—¡Campesino! ¡Dime! ¿Qué tipo de mensaje te dieron?

—Con todo respeto mi rey, el mensaje que me dieron los incaicos fue para que usted y su reino se sometan pacíficamente al soberano Pachacútec. Serán tratados como ciudadanos incaicos y gozarán de todos sus privilegios tanto usted, la nobleza y sus ciudadanos. A usted le entregarán tierras en el Cusco y seguirá siendo rey. En caso, que no acepte esta oferta, el ejército incaico procederá a aniquilar al pueblo chimú.

—¡Maldita sea! Así que eso te dijo Túpac Yupanqui ¿Quién se ha creído para venir a amenazarme? Escucha bien lo que te digo campesino. Irás, nuevamente, al campamento de los invasores y les dirás que el Reino Chimú no se someterá al soberano inca. Tenemos un gran ejército y la ciudad mejor protegida de todo el mundo. Si ellos quieren morir, que vengan, pero si quieren vivir que se larguen de mi reino.

—¡Mi rey, así les diré!

Siguiendo las órdenes del rey Minchancaman, el campesino fue hacia el campamento incaico y les trasladó la decisión de su rey, para después regresar otra vez a la ciudadela.

—Era evidente que Minchancaman no aceptaría la reciprocidad y el sometimiento a nuestro imperio —comentó Túpac—. Tilca ordena a nuestros soldados que desvíen los canales de suministro de agua hacia la ciudadela de Chan Chan.

—Está bien hermano, procederé a ejecutar tu orden —le contestó Tilca a Túpac.

El suministro de agua a la ciudadela fue desviado hacia su fuente, el río Moche. El Reino Chimú se quedaría desabastecido del líquido vital en pocas semanas, sin que se den cuenta hasta que sea muy tarde.

Habían pasado ya varias semanas y los incas seguían

acampando en el valle. Ante ello, Minchancaman se preguntaba por qué los incas aún no atacaban su ciudadela

Minchancaman llamó a su general más experimentado, Querrotumi, y le consultó: «Los incas deben estar planeando algo en contra de nosotros ¿Cuál es tu opinión ante esto?»

—Mi rey, antes que todo hay una mala noticia. La gente del pueblo ya no tiene agua y se está enfermando gravemente. Usted no ha sentido nada porque tiene un reservorio especial en su palacio. En esta época del año, los pozos internos se secan rápido y no está llegando agua de los canales del río Moche a nuestra ciudadela. Creo que el ejército inca tiene algo que ver con ello.

—Pensé que nadie descubriría nuestros canales, estaban muy bien camuflados ¿Cómo pasó esto? Ese maldito Túpac Yupanqui. Cada día lo odio más, más que a su padre, más que a su tío Capac Yupanqui.

—Señor, si no le damos agua a nuestra gente en un par de días, comenzarán a morir y nosotros también. La única salida es atacar o ceder a su propuesta de sumisión.

—¡Nunca cederé! Prepara el ataque de una vez —fue la orden de Minchancaman a Querrotumi.

Cuando el ejército chimú salió de la ciudadela en busca del ejército incaico, grande fue su sorpresa al ver al numeroso ejército de Túpac Yupanqui frente a ellos a una

distancia de tres mil codos.

Querrotumi no sabía qué hacer. Él pensaba que encontraría al ejército inca cerca al río Moche y los sorprendería, pero este movimiento inesperado que hizo Túpac Yupanqui lo dejó perplejo. Tenía dos opciones, o atacaba o esperaba el ataque. Querrotumi decidió esperar, pero su espera se tornó eterna, pues el ejército inca no se movía. Era evidente que el ejército inca estaba haciendo tiempo hasta que la gente de Chan Chan comience a morir por la falta de agua, y eso comenzó a ocurrir ya con algunos ciudadanos.

De un momento a otro, Tilca Yupanqui ordenó al ejército atacar a los chimúes. Túpac Yupanqui miraba desde la retaguardia, que estaba en la parte más alta del terreno, como su ejército iba todo aguerrido a embestir al ejército chimú.

El primer choque fue desolador para los chimúes, cayeron cientos de soldados. Querrotumi se pudo dar cuenta que el ejército incaico no era el mismo de siempre, era aún más eficaz que ellos. Mientras los chimúes luchaban individualmente, los incas luchaban en pareja y trataban de protegerse mutuamente, era una nueva táctica que había innovado el genio Túpac Yupanqui.

A Querrotumi, el general chimú que siempre fue victorioso, en esta ocasión, le tocaba ordenar, por primera vez, la retirada de su ejército hacia la ciudadela de Chan

Chan.

La Luna había sucumbido ante el Sol en esa tarde. Los hijos del Sol, los incas, los orejones, habían ganado la primera batalla e iban por la victoria total. Los chimúes se refugiaron en su ciudadela amurallada, planeando como elaborar el siguiente ataque, pero la sed, el hambre, los heridos, el cansancio y el asedio de los incas, hicieron que el Gran Minchancaman decida por fin capitular la rendición ante Túpac Yupanqui.

Minchancaman y su general Querrotumi no podían creer que habían perdido la guerra de la forma más simple, por falta de agua.

Luego que Minchancaman capitulara, Túpac Yupanqui le perdonó la vida, le ofreció en matrimonio a cualquier mujer de su panaca que él quisiera, y le dijo que su padre Pachacútec, previamente, le había dado su permiso.

Mientras Tilca Yupanqui tomaba el control total de la ciudadela de Chan Chan tras la capitulación de Minchancaman, Túpac Yupanqui se dirigió a Tomebamba con una parte de su ejército, en búsqueda de su esposa principal Mama Ocllo y de su hijo Huayna Cápac, para llevarlos juntos al Cusco.

En Tomebamba, los ciudadanos a pesar del odio escondido que sentían aún hacia sus colonizadores incaicos, no dudaron en rendir homenaje a Túpac Yupanqui y a su

extraordinario regreso de su exploración a la Mamacocha.

Túpac junto a Mama Ocllo, su primogénito Huayna Cápac, el sacerdote Antarqui y el resto de su ejército, retornaron por el Qhapaq Ñan hacia Chan Chan a recoger al resto de su ejército, al rey Minchancaman, a su segunda esposa Uho y al hijo que tuvo con ella. De esa forma, regresaron al Cusco.

* * *

Pachacútec se enteró por sus chasquis que el ejército de su hijo Túpac Yupanqui estaba muy cerca del Cusco. Túpac venía con objetos valiosísimos obtenidos en sus campañas realizadas en las lejanas islas de la Mamacocha y en el Reino Chimú.

El Cusco estaba adornado como nunca. Ni en los desfiles realizados en honor a las guerras ganadas por Cápac Yupanqui u Ollantay, se vio tanta opulencia como la que se vería en el recibimiento al gran Túpac Yupanqui.

El sonido de los pututos, quenas y tambores se acrecentaban más y más mientras el triunfante Túpac Yupanqui entraba al Ombligo del Mundo. Cuando llegó hasta la presencia de su padre Pachacútec, le entregó las ofrendas y obsequios que había traído de sus expediciones y conquistas. Había mucho oro, joyas chimúes impensadas, la quijada de un monstruo marino que había cazado y gente de piel oscura traída desde las islas misteriosas en los confines

de la Mamacocha. También estaba el rey Minchancaman que cuando vio al anciano emperador le expresó sumisión.

Acabada la primera parte del desfile, Pachacútec se puso de pie y acercó a su derecha a Túpac Yupanqui y a su izquierda a Amaru Yupanqui. Antes de pronunciar sus palabras, toda la plaza del Cusco guardó silencio.

—Me cuesta aceptarlo, pero de todas formas me siento orgulloso y feliz de saber que has superado a tu padre y a cualquier otro gran general que haya tenido nuestro imperio. Sé que me queda poco tiempo de vida, es por ello que, te nombraré cogobernante del Tahuantinsuyo.

—Pero, padre, ¿no era mi hermano mayor Amaru el cogobernante?

—Lo era, yo lo depuse de ese cargo desde que me enteré que estabas vivo y que venías al Cusco —Pachacútec fue cauto y trató de no mencionar la verdadera causa del apartamiento de Amaru, la derrota que le infligió Ollantay.

—No te preocupes, hermano. Yo cometí muchos errores, no soy tan buen estratega militar como tú, así que no tengo ningún tipo de reclamo a la decisión que ha tomado nuestro padre. Estoy feliz de que estés vivo y te serviré como lo he estado haciendo con nuestro padre —fueron las nobles palabras de Amaru hacia su hermano Túpac.

Con la tranquilidad que generó lo que le dijo su hermano mayor, Túpac Yupanqui recibió con gran alegría su

nombramiento de cogobernante por parte de su padre Pachacútec.

Después de los grandes actos solemnes que se dieron, Túpac Yupanqui se acercó a su padre y le presentó a su primogénito hijo Huayna Cápac, a su nueva esposa Uho oriunda de la legendaria Ninachumbi, y a su hijo con esta última, Tekarid Cápac.

—Así que este niño fornido es mi nieto Huayna Cápac, nuestro muy probable futuro sucesor, en caso cumpla con las competencias necesarias —fue lo que expresó Pachacútec en el momento que le fue presentado su nieto Huayna Cápac.

—Ven, Huayna Cápac, acércate a tu abuelo. Te daré un gran abrazo —Pachacútec le dijo a su nieto.

El niño Huayna Cápac, sin temor alguno, se acercó a su abuelo. Pachacútec al instante reconoció el ímpetu de su pequeño nieto, lo alzó y le dio un fuerte abrazo. Después, jugaron un rato hasta que su madre Mama Ocllo vino a llevárselo.

Posteriormente, Pachacútec saludó a Uho, la nueva esposa de Túpac Yupanqui, y al hijo de ambos, Tekarid Cápac. Uho le respondió en su idioma isleño, debido a que aún no había aprendido el runa simi ni mucho menos el puquina. Ante ello, Pachacútec miró a Túpac y le dijo: «Tienen que aprender rápido nuestro idioma.» A lo que

Túpac le respondió a su padre lo siguiente: «Cuando estén completamente instalados en Cusco, a Uho y a mi hijo, les nombraré un maestro manteño que conozca ambos idiomas.»

Como Tekarid Cápac tenía unos meses de nacido, fue Pachacútec quien se acercó a saludarlo. El viejo emperador acarició la frente de su otro nieto y le esbozó una sonrisa a Uho, como expresión de cariño.

Como ya lo había hecho Mama Ocllo, Uho se retiró con su hijo y dejó a Túpac Yupanqui con su padre a solas.

—Hijo mío, te veo muy enamorado de Uho y muy encantado de tu hijo Tekarid Cápac —Pachacútec le comentó a Túpac.

—No te lo voy a negar padre —contestó Túpac—. Encontré el verdadero amor en ella.

—Lo entiendo, hijo, pero debes tener en cuenta que ella nunca podrá ser Coya y Tekarid Cápac nunca podrá lucir la Mascaipacha —fue la fría respuesta de Pachacútec.

—Lo sé, padre, la ley lo prohíbe. Además, ellos no están ansiando el poder como sí lo hacen otros nobles.

—Cuídate de los nobles, hijo. Cuando yo ya no esté con ustedes, muchos querrán conspirar para obtener tu trono. Por ahora están tranquilos porque te respetan, pero si muestras un mínimo de debilidad, serás una presa fácil para

ellos. Por eso es importante que el amor no nuble tu raciocinio, el amor es algo bello, pero depender de ello, siempre, es una gran debilidad que tus enemigos podrán usar en tu contra.

—Gracias por el consejo, padre —Túpac le respondió a Pachacútec.

—No he acabado aún —interrumpió Pachacútec —. La gente siempre te verá como un ser divino, pero las panacas reales, saben que eres tan mortal como cualquier persona. No dudes en castigar cualquier intento de traición, aunque venga de tu propia sangre.

Por primera vez, Túpac escuchó de su propio padre hablar con tanta amargura sobre dar muerte a su propia sangre en caso de traición. Túpac sabía que ese castigo era legalmente válido, pero la forma como lo dijo su padre, le hizo pensar que había algo más de trasfondo en ese comentario.

Habiendo sido nombrado Túpac Yupanqui como cogobernante, su astuta esposa Mama Ocllo se puso en alerta por tal extraordinaria noticia. Los ojos penetrantes de Mama Ocllo no dejaban de mirar a Uho, mientras ambas eran trasladadas en andas hacia el interior del Palacio Coricancha, Uho sentía en su espalda la pesadez que generaba la fuerte mirada de la futura Coya.

Mama Ocllo no amaba a Túpac y Túpac no amaba a

Mama Ocllo. Su matrimonio fue solo un cálculo político ideado por Pachacútec para extender su línea de sucesión de sangre real pura. A pesar que no había amor hacia Túpac, Mama Ocllo no podía permitir que Uho ponga en peligro la legítima sucesión de su hijo Huayna Cápac y, mucho menos, sus privilegios como futura Coya.

La astucia y determinación de Mama Ocllo prevalecieron llegada la noche. En ese escenario de claridad tenue, la futura Coya se acercó a Túpac Yupanqui y le pidió tener una audiencia privada.

—¡Mi principal esposa! Tú nunca has necesitado ni necesitarás pedir audiencia para conversar cualquier tema conmigo ¿Por qué has solicitado esta formalidad innecesaria? —Expresó y preguntó Túpac a Mama Ocllo.

—Si lo hago es por una razón válida. Te explico. Desde que fuimos a recoger a tu nueva esposa e hijo en Chan Chan, no te he dicho nada respecto a ellos por consideración a tu investidura y por el hecho que venías de un viaje muy largo, así como por la guerra que habías librado en contra de los chimúes. Pero, cuando Pachacútec te nombró como su cogobernante, consideré que sería el momento y lugar adecuado para conversar del tema.

—Bueno. Soy todo oídos, esposa mía —expresó Túpac.

—No permitiré que despojes a Huayna Cápac de su legítimo derecho a sucederte como futuro emperador.

Tampoco permitiré que me hagas a un lado como futura coya. Tu padre siempre estará de nuestro lado.

—Yo nunca haría eso, esposa mía. Además, ya conversé de este tema con mi padre, así que no te preocupes.

—Me preocupa porque tus ojos expresan otra cosa. Cada vez que miras a Uho y al hijo que tuviste con ella, se llenan de un gran sentimiento.

—Es verdad, los amo, pero ellos no son de la panaca real inca. A Uho nunca la podría nombrar como coya y a mi hijo Tekarid Cápac tampoco lo podría nombrar como cogobernante. Así que te reitero que no te preocupes.

—Me dejas más tranquila. Espero que cumplas tu promesa.

—Lo haré. Además debes de saber que amo a mi hijo Huayna Cápac y siempre lo querré como mi principal sucesor. De todas formas, si no es Huayna Cápac, será otro de nuestros hijos los que puedan ocupar el trono del Inca.

Mama Ocllo después de escuchar a su esposo, se dirigió a sus aposentos. Mientras se preparaba para dormir, recordó al gran amor al tuvo que renunciar para casarse con su primo hermano Túpac Yupanqui. Sin duda, Mama Ocllo extrañaba aún a su amado, quien fue desterrado del Cusco. Así funcionaban las relaciones en la nobleza, casi nunca se casaban con quien amaban, sino con quien era más conveniente, dejando al verdadero amor abandonado.



Después de tanta celebración entre los nobles y el pueblo, la alegría que se sentía, inesperadamente, comenzó a esfumarse con noticias muy preocupantes. Muchos chasquis traían la misma noticia desde el Antisuyo y el Chinchaisuyo. Todas esas noticias fueron recibidas por Pachacútec y Túpac Yupanqui. El escenario era muy peligroso para la capital del imperio, el Cusco.

—Hijo mío, ahora como futuro inca, tienes el deber de ir y derrotar a Ollantay y a su ejército rebelde que están a punto de invadir nuestra capital —emplazó Pachacútec a Túpac.

—Padre, no te preocupes. Hoy, Ollantay será derrotado por mi ejército —contestó Túpac Yupanqui al anciano emperador.

Cuando Túpac Yupanqui estaba a punto de marcharse, llegó un último chasqui con un mensaje aterrador. El mensaje era que uno de los generales que estaba con Ollantay, era Cápac Yupanqui comandando huestes chancas, quien había sido dado por muerto hace ya varios años atrás.

El primero en reaccionar fue Túpac Yupanqui, quien al escuchar la noticia de que su tío estaba vivo, le dijo a Pachacútec: «Padre, tu hermano está vivo. Todos pensábamos que había sido asesinado por los chancas ¿Qué

es lo que realmente sucedió con él?»

De pronto, el rostro de Pachacútec empalideció, acudieron a su mente todas las atrocidades que había cometido en contra de sus hermanos Cápac y Huayna Yupanqui. No podía creer que Cápac Yupanqui estuviese vivo. Tanto fue su asombro que comenzó a darle un ataque. Todos los médicos que cuidaban al Sapa Inca lo atendieron de inmediato, pero Pachacútec se había desmayado antes de que pudiera contestarle la pregunta a su hijo Túpac Yupanqui.

En ese momento trágico, llegó al escenario Apo Mayta y le suplicó a Túpac Yupanqui que vaya a luchar en contra de Ollantay y los chancas, quienes ya se encontraban en el valle sagrado muy cerca de la ciudad capital. Apo Mayta también le dijo a Túpac que no se preocupara por su padre, quien ya estaba al cuidado de los médicos, que lo más importante ahora era el Cusco.

—Lo sé, Apo Mayta, pero tengo tantas preguntas respecto a la inesperada resurrección de mi tío que no sé si podré luchar en contra de él —le comentó Túpac al anciano general.

—Túpac, si tu tío se encuentra luchando a lado del ejército de Ollantay y de los chancas, es un traidor y no debes mostrar misericordia. Eso te diría tu padre si estuviera dándote un consejo en estos momentos.

Al escuchar el consejo del general de generales, Túpac Yupanqui marchó con su ejército a hacerle frente al ejército rebelde de Ollantay y de su tío.

* * *

Al poco rato de haberse marchado Túpac, Pachacútec recobró un poco el conocimiento y con una voz muy débil le pidió a Apo Mayta que llamara a Mama Ocllo.

Mama Ocllo llegó rápido a la presencia de su emperador, quien la miró con un rostro de arrepentimiento y congoja.

—Ven, acércate niña mía —le dijo Pachacútec a Mama Ocllo en el idioma puquina, idioma que era usado solo por ciertos nobles del imperio—, quiero decirte algo antes de partir.

—Trata de no esforzarte mucho mi emperador —mencionó Mama Ocllo, también en idioma puquina.

—¡Perdóname, Mama Ocllo! ¡Quiero tu perdón!

—Pero, ¿por qué tengo que perdonarte? Tío, tú no me has hecho nada malo.

—Sí te lo hice. Hice algo que me avergüenza mucho, pero no tenía salida. Yo mandé a matar a tu padre y a tu tío más querido Huayna Yupanqui.

—¿Por qué hiciste eso? —Mama Ocllo, sumamente sorprendida y alterada a la vez, le reclamó enérgicamente a

Pachacútec.

—Porque fueron débiles con los chancas, mis peores enemigos. No cumplieron mis órdenes de eliminarlos. No tenía otra salida —respondió el emperador.

—¡No lo entiendo! ¡Eras mi ídolo! ¡Eres ídolo de muchos! ¡Con lo que me has contado solo me embarga un sentimiento de desprecio hacia ti! —alzó la voz Mama Ocllo.

—Los chancas fueron derrotados hace mucho tiempo, ya no significaban ninguna amenaza para nuestro imperio. No tenías por qué haber dado esas órdenes —le recriminó Mama Ocllo.

—Dentro de tanta desgracia que generé, tu padre Cápac Yupanqui logró sobrevivir. Actualmente, se ha aliado con el traidor de Ollantay y con los chancas para derrotarnos. Justo ahora están afuera de nuestra capital, tratando de invadirnos. Túpac Yupanqui les hará frente.

—¡Mi padre está vivo! ¡Tengo que irme! ¡Tengo que verlo! Tengo que evitar que se maten por hechos que se originaron por tu culpa, tío.

—¡No te vayas aún! ¡Perdóname por favor! —insistió otra vez Pachacútec.

—Tío, te perdonó. De todas formas fuiste un gran emperador. Tu demencia senil no puede destruir todo lo bueno que hiciste para levantar este gran imperio ¡Que

tengas un buen viaje! —fueron las últimas palabras que le dijo Mama Ocllo a su emperador.

Al escuchar el perdón de Mama Ocllo, el rostro de Pachacútec se tornó sereno y le pidió que también le revelara este secreto a la hija de Huayna Yupanqui —quien se encontraba en el Acllahuasi del Cusco— para que de alguna forma también lo perdonará. Después de esas breves palabras, el emperador dio su último suspiro.

Apo Mayta pudo presenciar con tristeza la partida de su gran amigo y emperador. No era la forma que había esperado que sucediera, ni el escenario, pero así ocurrió.

A pesar de lo revelado por Pachacútec, Mama Ocllo no podía sentir odio hacia el cuerpo inerte de su emperador. Parada frente a lo que quedaba del soberano, Mama Ocllo soltó una lágrima y se marchó del palacio para tratar de evitar una sangrienta batalla entre su resucitado padre y su esposo.

* * *

Ambos ejércitos eran gigantes. Esta batalla sería legendaria. No habría ceremonia, festejo ni quipu, donde no se narrara lo acontecido en este día.

Cuando Túpac divisó el ejército unificado de Ollantay y su tío, avanzó hasta unos cien codos de distancia y solicitó hablar con ellos antes de iniciar la batalla.

—No quiero aniquilarlos ni profanar sus cuerpos, si se rinden en este momento tendrán una muerte digna o hasta podrían tener el perdón del gran Pachacútec. Pero antes que contesten mi propuesta quiero preguntarle a mi tío dónde estuvo todos estos años y por qué se ha aliado con los rebeldes.

—Sobrino mío, tu padre ordenó matarme —respondió Cápac—, yo sobreviví de milagro, pero perdí la memoria, los chancas me salvaron y cuando recuperé mi memoria decidí vengarme de Pachacútec, es por ese motivo que me uní al ejército rebelde y aquí me tienes.

—Eso no puede ser cierto —mencionó un sorprendido Túpac—. Mi padre y Apo Mayta me dijeron que fuiste asesinado por los chancas.

—Pues te mintieron porque fueron tu padre y Apo Mayta quienes me ordenaron que matara a Cápac Yupanqui —interrumpió Ollantay, revelando que él fue quien atentó contra Cápac hace años.

Cuando Túpac comenzó a dudar de su padre y del general de generales Apo Mayta, se le acercó su hermano Tilca Yupanqui para avisarle que el Sapa Inca Pachacútec acababa de fallecer. Ollantay y Cápac lograron escuchar la noticia de la muerte de Pachacútec.

Túpac sumamente afectado por la noticia de la muerte de su padre, miró furiosamente a Ollantay y a su tío y les dijo

que la batalla se libraría inmediatamente. En ese instante, de las filas del ejército rebelde vino corriendo Cusi-Coillur hacia los brazos de su hermano y le contó todas las penurias que había pasado por culpa de su padre.

Por si fuera poco, Mama Ocllo, también, llegó al campo de batalla, se acercó a Túpac y le contó lo que su padre Pachacútec le reveló antes de dar su último suspiro, confirmando lo dicho por Cusi-Coillur.

Después de la conversación que tuvo Túpac Yupanqui con su hermana y con su esposa, pudo comprender el error que estaba a punto de cometer. Entonces, todo cambió, ninguna batalla se realizó, los ejércitos en vez de pelear se unieron en un fraterno abrazo y Túpac, por fin, pudo conocer las mentiras y atrocidades que cometió su padre.

Ya habiendo regresado al Cusco, Túpac Yupanqui fue nombrado Sapa Inca en una ceremonia no muy vistosa como lo hubiese querido, debido a que todo estaba empañado a causa de la muerte de su padre. Uno de sus primeros actos como soberano fue indultar a su tío Cápac Yupanqui y al general Ollantay. También, dio permiso para que Ollantay y su hermana Cusi-Coillur se unan oficialmente en un nuevo matrimonio, y hasta pudo encontrar a su sobrina Yma Sumac que había estado recluida en el Acllahuasi del Cusco.

A pesar de los errores cometidos en su última etapa de vida, nadie dudaba que Pachacútec fue el gran artífice de la creación del Tahuantinsuyo, así como de haber dejado un

legado civilizador inmenso en toda esta parte del mundo. Es por ello que se realizaron los más grandes funerales en su honor. Posteriormente, su cuerpo fue embalsamado y convertido en una momia con el fin que sea venerada por las futuras generaciones.

* * *

Después de varios años de paz, el Sapa Inca Túpac Yupanqui que lucía la Mascaipacha con gran orgullo y nobleza, mandó a llamar a sus principales generales: su hermano menor Tilca Yupanqui, su tío Cápac Yupanqui y Ollantay. Tenía planeado extender sus dominios más al sur de la región del Collao, a una tierra inhóspita de la que solo había oído hablar a su general Sinchi Roca. Los tambores o tinyas de una nueva campaña de conquista resonaban fuertemente.

LA ÚLTIMA CAMPAÑA

Los años no pasaron en vano para la princesa Uho. Ella ya hablaba fluidamente el runa simi y el puquina, como si fueran sus idiomas de origen. Uho se había comprometido tanto con la cultura incaica que, era ya muy querida por el pueblo y la nobleza.

Esa inesperada fama que llegó a tener Uho, ocasionó que Mama Ocllo comenzara a sentir celos y envidia de ella. Esos sentimientos insanos que la Coya sintió alguna vez por Uho, y que habían estado dormidos por mucho tiempo, despertaron otra vez. Mama Ocllo se sentía otra vez amenazada por Uho y su hijo.

La Coya pensaba que ahora que Túpac Yupanqui era el dueño absoluto del imperio, podía cambiar de opinión y ya no nombraría a su hijo Huayna Cápac como su cogobernante y futuro sucesor, antecedentes ya habían. Después de la muerte de Pachacútec, Túpac comenzó una amplia reforma en las leyes y en muchas costumbres del

Tahuantinsuyo. Mama Ocllo tenía miedo que Túpac cambie, de un momento a otro, las reglas de la sucesión incaica y así pueda incluirse en esta a un hijo de madre extranjera, como era el caso de Tekarid Cápac. Así fue como Mama Ocllo comenzó, otra vez, a hostigar sutilmente a Uho y a su hijo Tekarid Cápac.

Las primeras medidas que tomó la Coya en contra de Uho y su hijo, fueron reducirles ayudantes y soldados de su guardia personal, no cursarles ninguna invitación a reuniones oficiales y festivas, y amenazar a ciertos líderes del pueblo para que no los reverencien.

Al poco tiempo, Mama Ocllo pudo lograr su cometido, tanto la nobleza como el pueblo comenzaron a ser esquivos con Uho y su hijo Tekarid Cápac. Uho no era tonta, al instante pudo darse cuenta que Mama Ocllo estaba detrás de toda esta intriga. A Uho solamente le quedaba acudir a Túpac Yupanqui para resolver este problema.

El momento que esperaba Uho llegó. Como nunca Túpac había planificado una reunión campestre con su panaca real, invitando, también, a sus principales generales. La reunión se llevó a cabo en la ciudadela de Moray.

La mayoría de los presentes se habían reunido alrededor de los andenes circulares que iban decreciendo hacia una pequeña plaza circular donde se encontraban Huayna Cápac y Tekarid Cápac, a punto de comenzar una pelea de exhibición.

Mientras ambos hermanos sujetaban sus macanas fuertemente y se miraban fijamente, un viento inusual bajó desde las montañas hacia la plaza, esta señal fue aprovechada por el joven Huayna Cápac para atacar a su hermano, quien lejos de ser vencido, pudo rechazar el ataque con su escudo.

—Te has defendido muy bien —le dijo Huayna Cápac a Tekarid Cápac.

—No solo eso, también me he vuelto más rápido —le contestó Tekarid—, te lo demostraré en este mismo momento.

Entonces, como si fuera un halcón, que cae en picada para atacar, Tekarid saltó y con el brazo alzado sujetando su macana, cayó con todo el peso de su cuerpo sobre Huayna Cápac.

A pesar de que Huayna Cápac se cubrió con su escudo, el fuerte ataque de Tekarid ocasionó que el primero fuera lanzado varios metros por los suelos, terminando con el escudo roto, su macana dañada y con algunos golpes en su cuerpo.

Todos los espectadores, que al principio habían estado distraídos en sus tertulias, de pronto, prestaron atención al desenlace de la pelea de exhibición entre los hijos de Túpac Yupanqui. Muchos lanzaron arengas y felicitaron a Tekarid quien había ganado por vez primera a su hermano.

Pero hubo una persona que no celebró nada, a quien el triunfo de Tekarid la enfureció mucho, esa persona era Mama Ocllo, que con este desenlace sentía peligrar aún más la sucesión al trono de su hijo Huayna Cápac.

Por un momento, Mama Ocllo dirigió su mirada enfurecida hacia Uho, y esta última al instante se dio cuenta y aprovechó para hablar con Túpac.

—Creo que es momento de dejar las cosas claras, esposo —le dijo Uho a Túpac.

—Uho, ¿por qué me hablas así? —preguntó Túpac.

—Nunca te encuentro desocupado, siempre estás planificando campaña tras campaña. Nuestro amor ya no es el mismo. Y, por si fuera poco, tu principal esposa, Mama Ocllo me hostiga y conspira contra mí y mi hijo. Ya no aguanto más esta situación. Llegué a mi límite —fueron las palabras llenas de amargura e impotencia que le dijo Uho a Túpac.

—Uho, mi amada —respondió Túpac—. No me digas eso, solo déjame realizar esta última campaña y todo cambiará.

—En cuanto a Mama Ocllo, ella no te volverá a molestar —replicó Túpac—. Entiende que es mi primera esposa, no la puedo castigar, pero sí haré que te respete.

—Túpac, no es solo eso. Cuando me vine contigo desde

mi isla, pensé que las cosas serían diferentes. He sufrido mucho para adaptarme y para ser querida aunque sea un poco por tu gente. He sacrificado mucho por ti. Dime, ¿qué has sacrificado tú por mí? —preguntó Uho.

Un silencio inmenso embargó a Túpac. No pudo decir nada a su favor. En realidad había tratado a Uho solo como un adorno por muchos años, desde que fue elegido Inca.

—Me regresaré a mi isla, está decidido —sentenció Uho.

—No puedo dejar que te vayas —contestó Túpac.

—¿Y matarás finalmente nuestro amor, convirtiéndome en tu prisionera? —Uho le respondió a Túpac con esta pregunta tajante.

—Discúlpame, amada mía, no quise decir eso. Es que me pones en un callejón sin salida.

—Hay una salida —Uho le dio una esperanza a Túpac—. Si quieres estar conmigo, dejarás todo e irás a mi encuentro, cuando yo ya esté en mi isla. Yo siempre te amaré.

—Con dolor respetaré tu decisión, mi amada Uho, porque no puedo alejarme de mi pueblo ni de mis obligaciones ni de mis dioses —le contestó Túpac.

—Entonces, no hay más que decir, comenzaré a alistarme en estos días para mi viaje de retorno —decidió finalmente

Uho.

—Espera, ¿te llevarás a Tekarid Cápac? —preguntó Túpac.

—Nuestro hijo ya es un hombre, él debe decidir si se va conmigo o se queda contigo —respondió Uho.

—Estoy de acuerdo contigo que él debe decidir con quién quedarse —mencionó Túpac.

—Mi amada Uho, mi corazón siempre estará contigo. Te pido por última vez que reconsideres tu decisión —Túpac le suplicó a Uho.

—No lo puedo hacer, Túpac. Lo he venido pensando por años y, como te dije, sabes donde podrás encontrarme si deseas volver a verme.

—Si es así, entonces solo déjame acompañarte hasta las costas manteñas para embarcarte en tu viaje a Ninachumbi.

—¡Y que postergues tu campaña al sur del Collao! no, no hay necesidad. Solo asígname una fuerte y numerosa escolta que me proteja hasta llegar a las costas manteñas.

—Está bien, lo haré, Uho —contestó Túpac.

En ese momento tan álgido de la conversación que tenían Túpac y Uho, se acerca Mama Ocllo y los interrumpe. Uho se retira y Túpac le dice que regresando al Cusco tendrían una conversación final.

Mama Ocllo, ofuscada, le preguntó a Túpac por qué le tenía que dar tanta pleitesía a Uho. Túpac, aún más ofuscado que Mama Ocllo, le dijo que ya debería estar contenta por haber ocasionado con sus intrigas que Uho decida marcharse para siempre del Tahuantinsuyo.

Mama Ocllo esbozó una sonrisa de plena felicidad como hace tiempo no lo había hecho y dijo: «Es una muy buena noticia».

—¡Eres un ser insensible! —le dijo Túpac a Mama Ocllo y se retiró de su presencia.

Después de haber terminado la reunión campestre en Moray, la panaca real junto a sus demás invitados regresaron al Cusco, casi al atardecer.

En la ciudad capital, en la mañana del día siguiente, Uho se despedía de todos y abandonaba el Cusco en una caravana que la llevaría hasta las costas manteñas de donde partiría hacia su isla.

Los que llegaron a querer a esta princesa extranjera, noble y benévola, la despidieron con mucha tristeza. El penúltimo en despedirse fue Túpac con un fuerte abrazo y un casi eterno beso, y el último, fue su hijo Tekarid Cápac.

—Madre, no sé si fue una buena decisión haber aceptado quedarme con mi padre. Te extrañaré demasiado.

—Hijo, si has decidido quedarte con tu padre para

convertirte en un mejor guerrero, hazlo —le respondió Uho a su hijo—. Ya cuando estés bien preparado, podrás ir a verme a nuestra Rapa Nui, si lo decides así.

—Gracias, madre, por entender —le contestó Tekarid a su madre.

Después, todos vieron como Uho se alejaba en su caravana por el Qhapaq Ñan.

Así fue como Uho se marchó de la capital del imperio del sol poniente. Demasiada nostalgia sentía, pero no era mayor a la que sintió cuando abandonó su tierra natal, Rapa Nui o Ninachumbi.

Mientras tanto, Mama Ocllo se regocijaba en el Coricancha por la partida de Uho, pero, también, porque creía que Tekarid Cápac se había ido con ella. De pronto, escuchó voces en los pasadizos, eran Túpac Yupanqui y Tilca Yupanqui que conversaban de algo muy importante por el tono de sus voces. La conversación se centró en la posibilidad que Tekarid Cápac sea nombrado cogobernante y futuro sucesor inca en reemplazo de Huayna Cápac. Mama Ocllo no podía creer lo que había escuchado. Se sentía totalmente decepcionada e impotente frente a esa posibilidad.

Mama Ocllo salió, cautelosamente, del Coricacha y pudo divisar la presencia de Tekarid Cápac en la plaza, quien no se había ido con su madre Uho como ella pensaba. Ahora,

todos los planes de Mama Ocllo tambaleaban como lo hacían las piedras ciclópeas que no fueron bien labradas y encajadas en los templos.

Al siguiente día, después de haber pensado mucho, Mama Ocllo decidió ir al Acllahuasi del Cusco a ver a su prima, la hija del fallecido Huayna Yupanqui.

En el camino al Acllahuasi, Mama Ocllo pensaba que había tomado la mejor decisión de poder utilizar a su prima para vengarse de Túpac Yupanqui y su hijo Tekarid Cápac.

Al medio día, la Coya ya se encontraba en el Acllahuasi donde había solicitado a la Mamacona ver a su prima Miski Ocllo.

—Mama Ocllo, ¿qué haces acá? Es una sorpresa, pues tú nunca me visitas —expresó Miski Ocllo.

—Prima, discúlpame por no haberte visitado antes, pero esta visita responde a una revelación importante que tenía que hacerte y que he venido postergando innecesariamente —mencionó Mama Ocllo.

—¿Y cuál es esa revelación? —preguntó Miski Ocllo.

—Nuestro tío, el inca Pachacútec, antes de morir, me reveló algo horrible. Pachacútec ordenó matar tanto a mi padre como a tu padre, sin ningún remordimiento, solo amparado en inseguridades absurdas que no tenían fundamento alguno, como, por ejemplo, que se habían aliado

a los chancas.

—¿Qué? ¡Lo de mi padre, entonces, no fue un accidente, sino un asesinato! —fueron las palabras que pronunció Miski Ocllo, para que después comenzara a llorar como si recién se hubiera enterado que su padre había muerto.

Era un llanto de impotencia. De tanta paz que había reflejado el hermoso rostro de Miski Ocllo, con la revelación de su prima, su rostro, ahora, solo reflejaba amargura, odio y sed de venganza.

—Miski, el motivo por el cual nuestro tío Pachacútec me reveló y me pidió revelarte las atrocidades que había cometido en contra de sus hermanos, fue solo porque quería pedir nuestro perdón —mencionó Mama Ocllo—. Yo sí le perdoné, pero fue porque al final me enteré que mi padre había logrado sobrevivir.

—¿Tú lo perdonarás? —le preguntó la coya a su prima— Podrías ir a visitar su momia y otorgarle el perdón.

—Tú crees que después de lo que me has contado, perdonaré a Pachacútec por haber mandado a asesinar a mi padre, eso nunca —Miski respondió acaloradamente.

—Solo quiero vengarme, pero ya está muerto —Miski agregó.

—Podrías quemar la momia de Pachacútec o vengarte de él a través de Túpac Yupanqui —fue el consejo de Mama

Ocillo—. Yo te aconsejo que elijas la segunda opción, porque la primera es casi imposible realizarla por los miembros de seguridad permanente que protegen a las momias de nuestros soberanos.

—¿Me estás aconsejando que mate a tu esposo? —preguntó Miski.

—Es lo que dije. Tú sabes que solo me une a él, nuestro hijo Huayna Cápac.

—Entonces, tendré en cuenta tu consejo —Miski le contestó a su prima.

—Bien, ahora mismo iré a gestionar con la Mamacona tu rápida salida del Acllahuasi —Mama Ocillo le prometió a Miski.

Miski Ocillo se quedó un rato pensativa, por un instante dudó, pero su ánimo de saciar, de alguna manera, su sed de venganza, le obligó a aceptar el consejo de Mama Ocillo. Antes que Mama Ocillo se marchara, Miski le preguntó sobre el paradero exacto de Túpac Yupanqui. Mama Ocillo le respondió que tenía que esperar al regreso de Túpac Yupanqui, quien se estaba alistando para marchar a una campaña militar al sur del Collasuyo.

Paralelamente a lo que acontecía en el Acllahuasi del Cusco, a las afueras de la referida capital, Túpac Yupanqui con un gran ejército liderado por Cápac Yupanqui, Ollantay y Tilca Yupanqui, estaban a instantes de iniciar su partida

hacia el sur del Collasuyo, donde se encontraba el general Sinchi Roca.

* * *

El frío era intenso, distinto al de la puna o al del altiplano. Mientras más se internaban en el sur, los soldados incas sentían más frío, pero tenían la ventaja de ser resistentes por ser hombres de cordillera, sino ya habrían muerto. Ese frío fue el motivo para que uno de los capitanes de origen costeño se acercara a Túpac y le dijera: «Mi señor, el frío se está volviendo más fuerte, ¿no sería conveniente bajar a la costa?»

Túpac lo miró y le dijo: «Cuatro días más tenemos que seguir marchando hacia la ciudad de Tucumán y desde allí recién, en ese momento, podremos bajar a la costa. Si lo hacemos ahora, según lo que informó mi general Sinchi Roca, nos encontraríamos con el desierto más seco y caluroso que hayamos visto, lo cual significaría nuestro fin. Así que te pido que hables con tus hombres costenos y les digas que resistan cuatro días más.»

Túpac se estaba convirtiendo en lo que su padre nunca pudo ser. Túpac se estaba transformando en el civilizador del mundo, y su imperio ya era tan grande como nunca lo podría haber imaginado Pachacútec.

Los cuatro días pasaron muy rápidamente, teniendo a la coca como una gran aliada para aplacar las dolencias

corporales por el arduo y largo trayecto. Túpac Yupanqui y su ejército, por fin habían llegado a la ciudad de Tucumán, conquistada muy recientemente a los Calchaquíes.

Tan pronto se instalaron, el Curaca de Tucumán les dio a Túpac y a sus generales las nuevas noticias sobre el estado de las últimas conquistas obtenidas por Sinchi Roca en el sur.

—¡Mi Gran Sapa Inca! como usted ya sabía, Sinchi Roca ha subyugado en su nombre a los kunzas, dakitas y a los copayacus. Con esos pueblos conquistados pudo incrementar su ejército y lanzarse a la conquista de los mapuches. Ahora, el resultado de esta última conquista fue la rendición de los mapuches del norte, también conocidos como picunches, nosotros los llamamos promaucaes. En ese lugar establecimos un curacazgo al mando de Vitacura.

—Es una buena noticia. Sinchi Roca no me ha decepcionado y se ha comportado a la altura de mis designios ¿Entonces, mi presencia en esta guerra no era tan necesaria? —preguntó y sonrió el Sapa Inca.

—Mi señor, sí es necesaria su presencia y la de su ejército. Hemos pronosticado que en una probable guerra con los mapuches del sur no sería fácil para Sinchi Roca vencerlos porque ellos atacan de sorpresa, mediante emboscadas, te pueden atacar mientras duermes o almuerzas, tienen muchos espías, utilizan la guerra de guerrillas y son muy sanguinarios.

—¿Cómo se enteraron de todo lo que me cuentas? — preguntó Túpac Yupanqui al curaca.

—Los promaucaes nos revelaron muy recientemente todos estos detalles de los mapuches del sur —contestó el Curaca de Tucumán.

—¿Y Sinchi Roca y su ejército ya están enterados de esta situación? —realizó otra interrogante Túpac al Curaca.

—Sí, mi señor, enviamos algunos chasquis hace unos días a advertirles, pero era necesario que ustedes estén aquí antes de lo previsto, es por ello que nos adelantamos a llamarlos.

—Entiendo la situación —expresó Túpac y luego consultó con sus generales—¿Qué opinan de esto, tío, Ollantay y Tilca?

—Sinchí Roca es un gran general, no por nada lleva el mismo nombre de uno de nuestros más nobles soberanos incas, pero también tiene dos grandes defectos, es arrogante y tiene un ego colosal, lo cual podría ocasionar que cometa muchos errores con este nuevo enemigo —opinó Ollantay.

—Esos errores se podrían traducir en precipitarse en atacar a los mapuches del sur, sin nuestro apoyo y perder estrepitosamente —complementó Cápac Yupanqui.

—Y esos errores ya los podría estar cometiendo en estos momentos, así que deberíamos apresurarnos en tomar algún tipo de medida —agregó Tilca Yupanqui.

—Gracias por sus consejos, mis generales. Por lo pronto, mientras nos alistemos para marchar al Valle Mapocho, ordeno que se envíe, en estos momentos, al chasqui más rápido a dicho valle con un mensaje a Sinchi Roca ordenándole que nos espere antes de dar batalla.

Y así, el chasqui más rápido se dirigió hasta su destino, el Valle Mapocho. Los músculos atléticos de sus piernas y brazos lo empujaban velozmente a través del viento, ya no corría, sino que, prácticamente, volaba. Cuando el ejército de Túpac había cruzado la cordillera de Tucumán hasta el Valle de Copiapo, el chasqui ya se encontraba a mitad de su recorrido, en el Valle Elki.

Mientras Túpac Yupanqui y su ejército se acercaban cada vez más a su destino, en el Valle Mapocho el curaca Vitacura tenía una seria e importante conversación con Sinchi Roca.

—Gran Sinchi Roca, he recibido noticias que nuestro Sapa Inca Túpac Yupanqui podría haber llegado a Túcuman o probablemente ya esté marchando hacia acá —le informó Vitacura a Sinchi Roca.

—Esa es una buena noticia. Con el ejército de nuestro soberano, sumado al mío, luchar contra los mapuches del sur, será muy fácil.

Vitacura, que odiaba a Sinchi Roca y sabía de sus debilidades, le dijo: «Me desconcierta tu falta de ímpetu y ambición. No puedo creer que Sinchi Roca el gran

conquistador de los kunzas, calchaquíes, dakitas, copayacus y promaucaes, evite luchar con esos pobres salvajes del sur porque prefiere esperar que su soberano lo ayude. Sinchi Roca, tienes todo el poderío para derrotar a los mapuches del sur con tu propio ejército y llevarte tú solo la gloria. Si eliges eso y ganas, porque ganarás, Túpac Yupanqui te elevará al rango de Ollantay, Cápac Yupanqui o Tilca Yupaqui. Ya no serás un general secundario, sino uno principal.»

Realmente Vitacura había afectado con sus palabras el gran ego de Sinchi Roca, quien aún pensativo luchaba por evitar incumplir con lo que ya se había comprometido consigo mismo: esperar a Túpac Yupanqui y a su ejército.

—Vitacura, me dejas en un callejón sin salida —expresó Sinchi Roca—, por un lado me comprometí y debería esperar a Túpac, pero, por otro lado, él no me ha dado ninguna orden de parar la conquista de los mapuches. Creo que lo mejor será esperar su llegada.

Vitacura no se amilanó ante esta primera negativa de Sinchi Roca e insistió de nuevo: «Sinchí Roca, estamos muy cerca del Río Maule, de poder cruzarlo y conquistar al resto de los mapuches. Tienes a espías promaucaes que te apoyan y conoces ya el terreno. Si no lo haces, la gloria no será tuya sino de algún otro general de Túpac.»

—Curaca, me has convencido—expresó Sinchi Roca—. En estos momentos, ordenaré alistar nuestro ejército para

marchar al Río Maule y cruzarlo para derrotar a los mapuches del sur.

Vitacura había logrado su cometido. Sinchi Roca había caído en su trampa. Sin nada más que hacer ahí, Vitacura se despidió y se marchó con una sonrisa maliciosa.

Vitacura sabía que la flama de las constantes victorias de Sinchi Roca en el sur del Tahuantinsuyo estaba a punto de extinguirse. Los reportes de sus espías promaucaes eran ciertos, los mapuches del sur habían convocado un inmenso ejército con el apoyo hasta de sus pueblos más australes. Esta vital información no la conocía Sinchi Roca, porque Vitacura se había encargado, por todos los medios más indignos, de mantenerla en secreto con la única intención de buscar una venganza en contra de Sinchi Roca, por haberle quitado todo el poder desde su llegada a esta región.

Todo lo planeado por Vitacura parecía perfecto, pero no contaba con la llegada de un chasqui con un mensaje enviado por Túpac Yupanqui, que ordenaba a Sinchi Roca no atacar a los mapuches hasta su llegada.

—Señor Vitacura, he corrido como nunca lo había hecho para dejar este mensaje de nuestro Sapa Inca al general Sinchi Roca —le dijo el chasqui.

—Mi servicial y abnegado chasqui, tú que unes a todo nuestro imperio y haces posible que se gobierne, déjame decirte que, lamentablemente, nuestro general Sinchi Roca,

ya, ha partido hacia el Río Maule a luchar contra los mapuches del sur —fueron las mentiras dadas por Vitacura al chasqui, pues Sinchi Roca aún se encontraba a las fueras de la ciudad, en el otro extremo de donde se encontraba el chasqui.

—Este mensaje es urgente. Tenía que entregárselo a Sinchi Roca —mencionó el chasqui.

—Pero me lo puedes entregar a mí —requirió Vitacura.

—Fue una orden de mi Sapa Inca Túpac Yupanqui que se lo entregue solo a él —respondió el chasqui.

—Chasqui, no olvides que, en el caso que no encuentres al receptor del mensaje, es tu obligación entregarlo al curaca o jefe de la comunidad —precisó Vitacura.

—Mi señor, lo había olvidado. Usted tiene la razón. Tome el quipu —se corrigió el chasqui y entregó el quipu con el mensaje.

En presencia del Chasqui, Vitacura leyó el quipu en voz alta, donde Túpac Yupanqui daba la orden a Sinchi Roca que no ataque a los mapuches del sur hasta su llegada. Ante esta revelación que Vitacura ya había previsto con anterioridad, le ordenó al chasqui que regrese al encuentro de Túpac Yupanqui y le diga que fue imposible entregar el mensaje a Sinchi Roca porque este ya había partido a luchar contra los mapuches del sur.

El Chasqui no perdió el tiempo y regresó con Túpac Yupanqui a darle el mensaje de Vitacura.

La Pachamama había temblado en plena noche y el cielo se había enrojecido mientras el ejército de Túpac marchaba entre el Valle Elki y el Valle Mapocho, afortunadamente estaban en campo abierto donde no podían ser alcanzados por ningún desprendimiento de rocas desde las montañas. En esa claridad momentánea, pudieron divisar a lo lejos a un chasqui que se acercaba rápidamente, tocando su pututo. Túpac pudo reconocer ese sonido peculiar y al instante se dio cuenta que era el mismo chasqui que había enviado a Sinchi Roca.

—¿Me traes buenas noticias? —Túpac le preguntó al chasqui.

—Lamentablemente, no tengo buenas noticias, mi gran Sapa Inca —contestó el chasqui—. El general Sinchi Roca ya había partido un día antes a luchar contra los mapuches del sur. Eso me dio a conocer el curaca Vitacura y me ordenó que regresará con usted a darle esa noticia.

—Realmente, esta noticia no es buena —mencionó Túpac.

—Túpac, confiemos en que Sinchi Roca hará bien su trabajo y los derrotará —comentó Ollantay.

—Solo nos queda marchar rápidamente hasta el Río Maule para unirnos con Sinchi Roca —expresó Túpac para

después dar la orden inmediata a su ejército de seguir marchando.

Mientras esto ocurría por el lado de los incas, al otro lado, al sur del Río Maule, el toqui Liandaro tenía una reunión urgente con el jefe Coblalonco.

—La corriente del río está agitada y estruendosa, parece que nos alerta de la cercana presencia de los invasores incas —señaló un preocupado Coblalonco a Liandaro.

—La naturaleza no miente gran jefe, nuestros espías mapuches del norte nos han informado que Sinchi Roca está marchando hasta nuestras tierras, nuestra Mapu —Liandaro alertó a Coblalonco.

—Es tu gran momento, Liandaro, para mostrar a todas las tribus unidas por qué fuiste nombrado como toqui de la nación mapuche —Coblalonco arengó a Liandaro.

—Hoy he reunido un gran ejército conformado hasta por nuestros compatriotas de las tierras más australes —mencionó un enérgico Liandaro—. Juntos venceremos a los invasores incaicos. Los incas no saben el tipo de guerra que les aplicaremos. No verán venir su desgracia.

Por su parte, Sinchi Roca y su ejército, después de un arduo trayecto, por fin habían cruzado una ligera quebrada, logrando avizorar el Río Maule. Los soldados de Sinchi Roca al contemplar el valle, realizaron varias arengas de guerra como si estuvieran seguros que obtendrían una gran

victoria.

Sinchi Roca parado sobre una pequeña colina en pleno atardecer, a viva voz, ordenó a sus soldados acampar para que de esa forma puedan descansar y recuperar energías antes de esgrimir sus macanas y lanzas en contra de los mapuches.

Un lugarteniente de Sinchi Roca se acercó a él y le dijo: «Señor, me parece peligroso descansar en estos momentos. Los mapuches pueden atacarnos de noche mientras dormimos. Sabemos que tienen esas prácticas.»

—No te preocupes, mi amigo. Tendrían que cruzar el río que está muy caudaloso en esta época del año, lo cual sería mortal para ellos. Además, he puesto a varios vigías cerca del río para mantenernos alertas —fue la respuesta de Sinchi Roca a su lugarteniente; sin embargo, este último aún podía percibir el peligro.

Los incas tenían por costumbre no pelear en las noches, lo cual no fue la excepción en esta ocasión porque se sentían seguros al estar al otro lado del río; sin embargo, nunca imaginaron que los mapuches podrían cruzar el caudaloso Río Maule hasta sus posiciones y los atacarían de sorpresa en plena noche.

Como arañas saltadoras se movían los mapuches entre los arbustos y las ramas de los árboles. El sonido que se escuchaba en el ambiente solo era el generado por el río. En

ese escenario, los mapuches comenzaron a cruzar sigilosamente el río uno por uno a través de tres oroyas instaladas en el lado este del valle.

El ejército mapuche, estando ya reagrupado después de cruzar el río, comenzó con el ataque sorpresa ordenado por Liandaro.

Primero, dieron muerte a los vigías e, inmediatamente, asaltaron las tiendas incaicas, matando a muchos soldados que se encontraban dormidos. De pronto, el caos y el desorden se instauraron en el campamento que comenzó a arder en llamas.

El ejército de Sinchi Roca se demoró en agruparse, pero, al final, pudo lograrlo a pesar de las decenas de bajas que le había generado el ataque sorpresa de los mapuches.

—¡Vamos! ¡Contraataquen! ¡Avancen a paso firme!— fueron las arengas de Sinchi Roca a su ejército.

La batalla cuerpo a cuerpo empezó en pleno alba. La tenue luz solar solo acentuaba el brillo metálico de las armas utilizadas, más no los rostros de los contrincantes. Mientras se abatían los ejércitos, el líder mapuche Liandaro se alegraba al ver que su ejército estaba en ventaja sobre los incas a pesar de su inferioridad bélica. Sin duda, el asalto sorpresa al campamento inca fue determinante.

Después de dar muerte a un soldado inca más, Liandaro alzó su vista hacia el campo de batalla y observó que el

ejército incaico se estaba recuperando y comenzando a infligirles muchas bajas, por lo que ordenó la retirada inmediatamente.

Sinchi Roca quiso perseguirlos, pero al ver a una parte importante de sus soldados heridos y abatidos en el suelo, prefirió detener cualquier intento de persecución para que puedan curar a los sobrevivientes.

Mientras tanto, en el lado opuesto del Río Maule, Liandaro era ovacionado por todo su ejército. Él solo tenía palabras de agradecimiento para su pueblo guerrero y un gran discurso que estaba a punto de dar.

—¡Muchos creían que no podíamos vencer a los incas, pero hoy lo hicimos! Unidos y bravos como somos, hemos defendido nuestro territorio de estos invasores, sin importar cuantas bajas tuvimos. Los invasores seguro pensarán que hemos utilizado malas artes para poder derrotarlos. ¡Y, sí! ¡Sí lo hemos hecho porque en la guerra todo vale, sobre todo si la guerra proviene de un invasor con armas y vestimenta mucho más sofisticadas que las nuestras!

Terminado el discurso de Liandaro, el Machi Admapu se acercó a él y le dijo: «Toqui Liandaro estuviste grandioso en la batalla que acabas de ganar, pero esto es solo el comienzo, si quieres consolidar tu triunfo, tendrás que unirte a tu hermano.»

—Sacerdote, mi hermano y sus hombres son los únicos

que faltan incorporarse a esta gesta heroica que estamos impulsando, pero, por obvias razones que todos conocen, él no vendrá —le contestó Liandaro al Machi Admapu.

—Sé que tu hermano Taiel se autodesterró con su ejército por no estar conforme con tu elección como Toqui, pero dadas las circunstancias, yo lo he mandado llamar y él ha aceptado apoyarnos en esta campaña que involucra a toda la nación mapuche, a pesar de nuestras diferencias y conflictos internos —le reveló el Machi a Liandaro.

—La noticia que me has dado, no pudo llegar en el mejor momento. Junto al ejército de mi hermano, podremos derrotar definitivamente a los incas. En este instante, ordenaré preparar todo para una segunda batalla contra las huestes de Sinchi Roca —decretó Liandaro.

Por su parte, Sinchi Roca, con su ejército recuperado, inició la construcción de un paso rústico sobre el río, lleno de piedras y madera, con la finalidad de cruzar su cauce bravo y caudaloso. Al terminar, el paso, el ejército de Sinchi Roca cruzó, rápidamente, el río e inició la búsqueda del enemigo mapuche.

El ejército de Sinchi Roca se adentró en un pequeño bosque que recorrió rápidamente, hasta llegar a una extensa pampa donde avizoraron, a los lejos, al ejército mapuche. Sinchi Roca se alegró porque sentía que por fin tendría su revancha. No más emboscadas, no más asaltos sorpresa, los incas se sentían cómodos ahora en ese campo

abierto.

Los mapuches no se atemorizaron al ver el poderoso ejército inca frente a sus huestes, pero lo que no imaginaban era la sorpresa que les daría Sinchi Roca en esta ocasión.

Por orden de Sinchi Roca, se lanzaron cientos de flechas por parte de los arqueros antis en contra de los mapuches. A pesar de ser grandes guerreros, los mapuches tenían la desventaja de contar con escudos poco resistentes, lo que ocasionó que sean presas fáciles de las flechas mortales incaicas.

Las bajas ya eran considerables para los mapuches, pero Liandaro no se amilanó y ordenó atacar a los incas. Con la velocidad de los pumas cuando cazan a sus presas, los mapuches corrían para embestir a sus enemigos. A la distancia de trescientos codos entre ambos ejércitos, Sinchi Roca ordenó a sus honderos huancas y cusqueños, lanzar cientos de piedras contra los mapuches. Las piedras cayeron como meteoritos sobre los cuerpos de los soldados de Liandaro.

Esta vez, Liandaro se sentía perdido ante el poderío inca. Su ejército con todas las bajas que había sufrido no soportaría otro contrataque de Sinchi Roca. Fue en ese instante que, desde la cordillera suroriental, descendió un imponente ejército mapuche al mando de Taiel, en ayuda de Liandaro.

Ambos ejércitos mapuches se unieron y marcharon al contraataque. El ejército de Sinchi Roca comenzó, poco a poco, a ser arrasado. En la lucha cuerpo a cuerpo, los mapuches comenzaron a ganar por su gran superioridad numérica.

En un momento de descuido de la escolta de Sinchi Roca, Liandaro aprovechó para arrojar a gran velocidad una lanza que hirió el brazo izquierdo de Sinchi Roca. El gran general Sinchi Roca cayó al suelo y de pronto se vio acorralado por los mapuches, entre ellos Liandaro y Taiel.

Repentinamente, los soldados incas quedaron desmoralizados al ver como habían capturado a su líder, por lo que muchos dejaron de luchar. En este escenario, la derrota de los incas era prácticamente inminente.

En este triunfo inminente, Taiel se acercó a Liandaro y, por fin, pudieron limar asperezas. El Machi Admapu al ver esta reconciliación entre hermanos, se alegró inmensamente. Ahora, el sacerdote estaba seguro que la nación mapuche por fin estaba unida.

Por su parte, Sinchi Roca aún continuaba en el suelo siendo objeto de mofas por parte de los soldados mapuches y de sus líderes.

—Sinchí Roca, has perdido. Hoy y mañana estarás en prisión, pero al día siguiente serás ejecutado en este valle. De ese modo, le daremos un escarmiento a tu pueblo para

que nunca ose meterse con los mapuches otra vez —fueron las frases hirientes que le dijo Liandaro a Sinchi Roca.

Todo estaba casi consumado, sin embargo, la Pachamama al final se impondría sobre la Mapu. Todo se originó con los sonidos de varios pututos y tambores de guerra que se escuchaban desde el norte del valle. Era Túpac Yupanqui que había llegado con su ejército al Valle del Maule.

Fue tal la impresión de los mapuches al ver a Túpac Yupanqui con sus huestes cruzar el Río Maule, que descuidaron a Sinchi Roca, quien aprovechó para escapar de su cautiverio con la ayuda de las pocas escoltas que le quedaban.

Los soldados de Sinchi Roca, de estar con los ánimos menguados y casi derrotados, cuando contemplaron a Túpac Yupanqui renacieron como un volcán que estuvo dormido por milenios, renacieron como las míticas espumas del Titicaca. Ese renacimiento lo trasladaron al campo de batalla con cada golpe letal que le daban al enemigo mapuche.

Cuando unieron fuerzas las huestes de Sinchi Roca y de Túpac Yupanqui, los mapuches no tuvieron más opción que replegarse porque con cada ataque de los incas, las bajas de los mapuches aumentaban exponencialmente. Era una batalla de cuerpo a cuerpo letal.

La sangre corría en el campo de batalla, los cuerpos

atravesados por flechas y lanzas, yacían en los pastos junto con los cráneos aplastados por porras y macanas. Era una escena de terror, una de las batallas más sangrientas y terribles que habían luchado los incas.

En un momento crucial de la batalla, el general Cápac Yupanqui ordenó la captura de Liandaro y Taiel, quienes seguían luchando con bravura a pesar de ver que sus soldados caían masivamente

Liandaro no podía creer que estaban perdiendo la batalla. Con un grito casi ensordecedor, arengó a su ejército a seguir atacando a los incas. Sería el último y definitivo contraataque.

Liandaro no dejaba de luchar, nadie lo podía atrapar ni matar. Túpac Yupanqui se percató de la bravura del toqui mapuche y le ordenó a Ollantay que lo dejaran con vida. Ollantay fue, personalmente, con su escolta a capturar a Liandaro, para ello utilizó unas boleadoras que fueron lanzadas sobre las piernas de Liandaro, lo cual provocó que cayera al suelo a merced de sus enemigos.

Ante la captura de Liandaro, su hermano Taiel se abalanzó contra los soldados incas, pero pereció en el intento. Liandaro gritó, desconsoladamente, al ver a su hermano ultimado frente a él. Todo este escenario de confusión fue aprovechado por Sinchi Roca para coger arco y flecha y disparar contra Liandaro un certero flechazo.

Sinchi Roca cegado por la vergüenza y humillación que le propinó Liandaro, decidió matarlo sin tomar en cuenta la orden de Túpac Yupanqui de dejar con vida al toqui mapuche. Pero Liandaro no murió porque hubo una segunda persona que salvó su vida, era el Machi Admapu, el sacerdote que lo vio crecer y quien recibió la flecha mortal.

—Machi Admapu, ¿por qué me salvaste? ¡No debiste haber hecho eso! —le expresó Liandaro a su sacerdote que yacía letalmente herido.

—Tú no puedes morir porque de tu descendencia nacerá un gran guerrero que protegerá nuestra nación en un futuro muy cercano —fue la respuesta vaticinadora del Machi Admapu, que hacia referencia al gran Lautaro, quien nacería años después y haría frente a los invasores españoles.

Vencidos los mapuches, Túpac Yupanqui y sus generales se acercaron a donde se encontraba capturado Liandaro. Sinchi Roca también estaba presente.

—Sinchi Roca, me desobedeciste cuando ordené que nadie matara a este toqui mapuche —Túpac Yupanqui recriminó a Sinchi Roca—. Pensaré aún qué castigo voy a darte.

Después, Túpac Yupanqui se paró frente a Liandaro, quien se encontraba tirado en el suelo y le dijo: «Has luchado heroicamente, toqui. En otras circunstancias te

hubiera mandado a ejecutar, pero vi tu bravura en el campo de batalla y he decidido perdonar tu vida.»

—Mejor mátame, prefiero eso a la derrota —contestó Liandaro.

De pronto, un moribundo Machi Admapu interrumpió la conversación entre Túpac y Liandaro, y lanzó un amargo vaticinio a Túpac: «Gran Túpac Yupanqui, cometiste un error al querer subyugar esta tierra, esta Mapu. Has vencido hoy, pero tu victoria tendrá consecuencias en el futuro. Lo he previsto. Tu raza nos ha desangrado en estos campos, pero, en unos siglos, nuestros descendientes subyugarán a los descendientes de tu pueblo. La sangre se pagará con sangre. Lucharemos en el mar, en el desierto, en los valles y en las montañas. Tu nación será invadida. Tus cultivos serán expropiados o quemados. Desmembraremos tu territorio y, así, nuestra venganza estará por fin saciada.»

—Mi señor, déjeme matar a este sacerdote insolente —le solicitó Ollantay a Túpac.

—No. No lo hagas. Ya no es necesario —decretó Túpac mientras veía al Machi Admapu dar su último aliento.

A todos los que escucharon las palabras premonitorias del Machi Admapu, les afectó en un efímero momento, pero después las olvidaron, sin saber que se cumplirían en un futuro muy lejano.

Terminada la batalla y rendidos los mapuches, Túpac

Yupanqui se reunió con el jefe Coblalonco y el toqui Liandaro, a quien había liberado recientemente. La reunión se llevó a cabo en una pequeña villa cerca del Valle del Maule.

—Yo no quiero invadir todo su territorio ni anexarlo a mi imperio —fueron las primeras palabras de Túpac a Coblalonco—. Lo podría hacer, pero no lo haré. La bravura de su pueblo me ha demostrado que merecen su libertad.

—Ustedes han ganado. Nadie gana para perder ¿Entonces, han luchado por nada? —preguntó Liandaro.

—Nuestra lucha no ha sido en vano. Es por ello que ustedes me darán dos cosas. Primero, fijaremos las fronteras del sur de mi imperio en el Río Maule. Segundo, marcharán con mi ejército hasta el fin del mundo, donde los Andes se hundan en el mar congelado del sur. Cuando hayamos llegado a esas tierras, regresaremos a este mismo sitio donde les devolverán sus armas y, con posterioridad, abandonaremos su tierra.

—Si es el precio que tenemos que pagar por nuestra derrota y nuestra libertad, lo aceptamos —decidió Coblalonco en nombre de su pueblo.

—¿Cómo sabemos que cumplirás tu promesa? —preguntó un desconfiado y amargo Liandaro.

—No tienen otra opción que confiar en mí —respondió Túpac.

Después de la reunión entre los mapuches y los incas, estos últimos iniciaron la preparación de su gran viaje a las tierras congeladas del sur, el cual duraría semanas.

Túpac había logrado llegar al fin del mundo, donde las cordilleras se perdían en ese mar helado del sur, donde los picos nevados emergían poco a poco desde la mamacocha como espinas de roca. En ese fragmento de espacio-tiempo, Túpac pudo comprender que había cumplido su gran sueño, extender su imperio hasta los confines de la tierra.



Túpac se sentía satisfecho al contemplar el fin del mundo, ni el gran Alejandro Magno pudo llegar a cruzar los Himalayas y ver el gran mar oriental del que tanto le había hablado Aristóteles, pero Túpac pudo lograr ver el mar helado del sur, el mar del fin del mundo.

Después de un rato en el que Túpac pasó compenetrado con la naturaleza, se le acercó su hijo Tekarid Cápac y le dijo: «Padre, lo has logrado. Hazañas como esta, han hecho que aprenda tanto de ti, que, por fin, me siento preparado para retornar a mi isla a enseñar lo aprendido, y a vivir el resto de mi vida con mi madre, con mi pueblo.»

—Pero, este, también, es tu pueblo y tu tierra, tú has vivido toda tu vida aquí —le contestó Túpac a su hijo.

—Lo sé, pero sin haber conocido Ninachumbi, mi madre se encargó de contarme cada detalle de ella, de sus habitantes, de la gran Mamacocha que la rodea que es la morada de Wiracocha, eso hizo que, de alguna forma, conozca esa tierra lejana sin haberla visitado nunca —explicó Tekarid a su padre.

—Hijo, me gustaría ir contigo y volver a ver a tu madre —comentó Túpac.

—Lo podrías hacer, pero tienes miedo que al dejar tu vasto imperio, este se desmorone, inmediatamente, después de tu partida.

—Me asombra tu capacidad para conocer profundamente a las personas, en mi caso, hasta mis miedos más profundos los has descubierto, como lo estoy corroborando en este mismo momento. Podrías ser un excelente Sapa Inca si lo quisieras.

—Ese es el cargo que debe ocupar Huayna Cápac. Él

tiene la capacidad para evitar que tu gran imperio se desmorone y para hacerlo aún más grande en el norte, en el Chinchaysuyo.

—Hijo, me has convencido. Regresaré al Cusco e iniciaré el proceso de cogobierno del Tahuantinsuyo con Huayna Cápac. Hasta que se consolide el referido proceso, que durará un año como máximo, recién en ese momento podré ir a Ninachumbi.

—Renunciar al título de Sapa Inca aún estando vivo, es algo que nunca se ha hecho —mencionó un preocupado Tekarid.

—Hay cosas que nunca se habían hecho antes de mi reinado y ahora se hacen, porque soy el gran Túpac Yupanqui, y yo decido lo que es mejor para mi imperio y para mí.

De pronto, la conversación entre Túpac Yupanqui y su hijo Tekarid fue interrumpida por la llegada de Ollantay, Cápac Yupanqui y su hijo Huayna Cápac.

—Hasta que mi gran sobrino lo logró —mencionó un alegre Cápac Yupanqui—. Aún recuerdo ese ímpetu tuyo en la primera campaña militar en el Chinchaysuyo, cuando conquistamos Cajamarca. Fue tu primera experiencia militar a gran escala. Sabía que tendrías un gran destino, lo cual puedo corroborar al ver, frente a nosotros, a estas moles que se hunden en este mar helado del fin del mundo.

Túpac Yupanqui fijó su mirada en su tío, en Ollantay y en Tilca Yupanqui. Era una mirada de satisfacción que concluyó con la siguiente frase: «Gracias por haberme acompañado y ayudado en esta gran travesía. Por ustedes, he podido lograr lo que quería en estas tierras tan australes. Ahora, es momento de regresar al Cusco, a nuestro hogar, a gozar de nuestros triunfos.»

Así fue como el ejército incaico comenzó con su viaje de retorno al Cusco, un viaje que no duraría mucho tiempo. Al llegar el gran ejercito al Cusco, se celebraron varios días de fiestas en honor al retorno triunfante de Túpac desde las tierras heladas del sur, pero el Inca no gozó tanto este momento como sí lo hizo hace años cuando regresó de la exploración a Auachumbi y Ninachumbi, así como de la conquista del Reino Chimú. Túpac se sentía incompleto en júbilo y satisfacción. Nunca había sentido ese vacío antes, en ninguna de sus grandes conquistas.

Pero la estocada final que acrecentaría la insatisfacción que sentía Túpac, fue la partida de su hijo Terkaid Cápac. Fue en el segundo día de las celebraciones, cuando Tekarid se acercó a su padre y le dijo que ya era hora que se marchara a Ninachumbi.

Túpac ya no trató otra vez de impedir el viaje de su hijo, solo lo abrazó, le entregó un pequeño sol de oro para Uho, le dijo que se cuidará mucho y que muy pronto iría con ellos. Así fue como Tekarid emprendería su partida a Manta, para luego navegar hasta Ninachumbi, siguiendo el mismo

trayecto que realizó su madre un año antes.

En el último día de las celebraciones por la victoria frente a los mapuches, Ollantay y Cápac Yupanqui se acercaron a Túpac y le hicieron recordar el plan de una nueva campaña hacía más al norte de los territorios conquistados a los cañaris y quitos, de dónde provenía el sagrado mullu. Túpac miró a sus generales y les dio el siguiente discurso: «He pasado casi toda mi vida explorando y conquistando. Le he dado todo a mi imperio. Mis fuerzas, mi corazón, mi aliento y mi mente han servido, únicamente, al Tahuantinsuyo. Creo que es momento de pensar en mí. Quiero solo vivir un ocaso tranquilo junto a la mujer que amo.»

—Esto quiere decir que usted, señor, irá con...—fue parte de la frase que pronunció Ollantay antes de ser interrumpido por Túpac.

—Así es, iré con Uho. Mi plan es viajar hasta Ninachumbi y dejar que mi ocaso llegue en esa parte del mundo —manifestó Túpac.

—Pero gran Sapa Inca, ningún Inca ha abandonado el trono en toda nuestra historia, ni en la era de la leyenda de Manco Cápac, usted no podría ser la excepción —trató de persuadir Cápac Yupanqui a su sobrino.

—Tampoco ningún inca en toda nuestra historia, ha extendido tanto el imperio como yo lo hecho, ni el propio Pachacútec lo hizo. Es por ello, que he decidido nombrar

como cogobernante del Tahuantinsuyo a mi hijo Huayna Cápac y, en unos meses, lo dejaré totalmente a cargo, antes de partir.

—¿Están todos de acuerdo con esta decisión que he tomado? —preguntó Túpac a sus generales.

Todos los generales de Túpac respondieron que sí estaban de acuerdo con su decisión. Además, quiénes eran ellos para cuestionar esta decisión política que había tomado su soberano, soberano que nunca se había equivocado en decisiones de alta importancia respecto al Tahuantinsuyo.

Pasados varios días de las celebraciones, en el Gran Palacio de Coricancha, Huayna Cápac era investido como cogobernante del Tahuantinsuyo, ante la algarabía de todo el Cusco.

Ya todo el Tahuantinsuyo sabía que Huayna Cápac había sido nombrado como cogobernante del imperio. Fue una noticia que alegró infinitamente a su madre, Mama Ocllo, y que hizo que desaparezca el odio que sentía por Túpac Yupanqui, su esposo y, a la vez, primo hermano.

Pero, había algo ahora que preocupaba mucho a Mama Ocllo. Lo que le preocupaba era su prima Miski Ocllo y su venganza contra Túpac, de la que ella fue instigadora. La coya la mandó a buscar por costa, sierra y selva; sin embargo, no la pudo encontrar. Su desaparición era un misterio y a la vez una transitoria tranquilidad para Mama

Ocillo.

En las alturas de Choquequirao, la ciudadela gemela de Machu Picchu, Miski Ocillo conversaba con Chuqui Ocillo quien era mujer secundaria de Túpac Yupanqui y, además, la madre de Cápac Huari, hijo mayor de Túpac Yupanqui.

—Estaba segura de que Túpac Yupanqui nombraría como cogobernante del Imperio a mi hijo, por ser el mayor de todos, y no a Huayna Cápac —Chuqui Ocillo, encolerizada, se quejaba por la decisión que había tomado Túpac.

—Pues creíste mal —Miski contestó a Chuqui—. Túpac es fiel hijo de Pachacútec, es por ello que debemos asesinarlo. Así, yo obtendré mi venganza contra Pachacútec, a través de él, y tú podrás estar segura que Huayna Cápac no será inca, sino tu hijo Cápac Huari.

—¿Estás de acuerdo, Chuqui? —preguntó Miski.

—Sí, estoy de acuerdo —respondió Chuqui.

Después de este acuerdo, Miski y Chuqui planearon que la primera seguiría haciéndose pasar como ayudante de la segunda, lo cual favorecería que a su regreso al Cusco, puedan consumir su venganza de manera sutil.

Ambas sabían que a la muerte de Túpac Yupanqui, una parte de la nobleza liderados por Apo Mayta, el viejo general de generales, trataría de imponer como inca a Cápac

Huari.

El día de la venganza había llegado, Miski y Chuqui habían planificado todo con un gran lujo de detalles. El verdugo sería un sirviente que se acercaría a Túpac Yupanqui y le ofrecería un vaso de chicha que contendría el veneno.

Era un atardecer sereno en la residencia real de Túpac en Chinchero. Mientras comía y pensaba sobre su pronta partida a Ninachumbi a ver por fin a su amada, se le acabó la chicha y pidió más a sus sirvientes para refrescarse de tan arduo día.

Inmediatamente, un sirviente se acercó a Túpac trayendo un urpu lleno de chicha. Parado frente a su emperador, el sirviente inclinó el urpu y vertió la chicha dentro del vaso, para luego entregárselo a Túpac.

Como era costumbre, el sirviente se quedaría parado frente a su emperador y no se iría hasta que Túpac saboree la chicha y le dé el visto bueno.

La espera del sirviente se volvió eterna porque Túpac aún no probaba la chicha. La verdad es que el emperador intuía algo, ese don que siempre lo caracterizó tanto en lo político como en lo bélico, despertó en ese momento con su sirviente.

—Yo no olvido los rostros de mis sirvientes. Recuerdo que te he visto en el Coricancha, pero nunca te he visto acá

en mi palacio de Chinchero.

El sirviente al escuchar a su emperador, trató de no incomodarse y le respondió, con mucho respeto, que él no decidía donde servir a la nobleza y a su majestad.

Túpac por un instante se sintió conforme con esa respuesta, pero cuando alzó su vista, detectó que una de las manos de su sirviente le temblaba sutilmente y que, desde la frente, le caía sudoración como cuando hay mucho temor por algo.

Ahora, el Inca estaba seguro que su intuición no le fallaba. Túpac con una voz fuerte y desafiante ordenó a su sirviente que se sentara frente a él y probara primero la chicha que hace un momento le había entregado.

El sirviente sumamente avergonzado le pidió perdón a su emperador y le reveló que el vaso de chicha contenía veneno. Ante tal revelación, Túpac le dijo que, de todas formas, moriría. Entonces, el sirviente tomó el veneno y esperó su muerte.

—Protegeré a tu descendencia, si me dices quién te mando a matarme —Túpac persuadió al muchacho.

—Fue Chuqui Ocllo, mi señor —contestó el sirviente.

—¿No hay nadie más que tengas que nombrar? —volvió a interrogar Túpac.

—No lo hay, señor —contestó el ayudante—, y si hubiera alguien más implicado, no tengo como saberlo, solo me contactó Chuqui Ocllo.

En unos instantes, el sirviente comenzó a gritar de dolor, se sintió mareado y empezó a ver borrosamente. Antes de sucumbir, Túpac le volvió a prometer que protegería a su descendencia, después de escuchar esas últimas palabras de su emperador, el joven ayudante quedó inerte en el suelo del salón.

Los ruidos extraños que vinieron del salón, llamaron la atención de los principales generales del Sapa Inca, quienes, presurosamente, llegaron para presenciar lo que pasaba con su emperador.

—¡Mi señor! ¿Qué ha ocurrido acá? —preguntó un anonadado Ollantay cuando vio el cuerpo inerte del sirviente de Túpac.

—Trató de envenenarme con chicha, pero lo descubrí a tiempo, y le impuse como castigo beber el mismo veneno que intentó darme —comentó el Sapa Inca.

—Debemos descuartizar su cuerpo y exhibirlo en las plazas públicas como escarmiento, además de vengarnos con su descendencia, porque este atentando contra ti, es un atentado contra nuestro imperio, contra nuestro Inti, contra el Apu Qun Tiqsi Wiracocha —fue el consejo de Tilca Yupanqui a su hermano.

—No podemos hacer eso —contestó Túpac.

—Pero mi Sapa Inca, ¿por qué pides eso? —preguntó Cápac Yupanqui.

—Primero, porque le prometí cuidar a su descendencia si me revelaba quien le había ordenado envenenarme. Segundo, porque he decidido fingir mi muerte y su cuerpo me servirá para tal propósito, de esa forma mi partida a Ninachumbi no creará desorden ni caos social en el Tahuantinsuyo.

Todos sus generales, no podían creer lo que les estaba confesando su soberano. En el fondo, sus generales sentían que no estaban de acuerdo con que su soberano finja su muerte, pero alguien con más experiencia saltó a la escena para persuadirlos a aceptar incondicionalmente la decisión de Túpac.

—Señores, nuestro soberano ya ha decidido. Nosotros somos solo sus consejeros. Si bien, al principio, no estuvimos tan felices con la idea de su partida a Ninachumbi, por otro lado, es más conveniente para nuestra posición y para la tranquilidad del imperio que todos crean que Túpac Yupanqui ha muerto, de esa forma asumirá Huayna Cápac como inca y nadie podrá cuestionar que el gran Túpac los ha abandonado por decisión propia.

—Lo que ha expresado Cápac, es lo que he tratado de explicarles, mis generales —expresó Túpac, que agregó,

también que la designación de su joven hijo Huayna Cápac como inca, implicaría la tutela de Amaru Yupanqui por dos años.

Entonces, todos sus generales juraron respetar las decisiones de Túpac. Antes de que comenzarán a ejecutar los designios del soberano, Túpac les confesó que fue Chuqui Ocllo quien ordenó que lo envenenen, dejándoles la decisión a sus generales de absolverla o condenarla. Como última orden, Túpac encomendó a sus generales que en tres meses le revelaran a su hijo Huayna Cápac y a su hermano Amaru Yupanqui, que no había muerto sino que había viajado a Ninachumbi al encuentro de su amada.

Al siguiente día, se avisó a todo el imperio que Túpac Yupanqui había muerto envenenado. Los chasquis, con rastros de lagrimas en sus mejillas, corrían sin cesar por toda la red del Qhapaq Ñan, difundiendo la triste noticia. El dolor, la nostalgia, la impotencia y la amargura se extendió por todo el Tahuantinsuyo. Miles de voces reclamaban venganza y muerte para los culpables.

El cuerpo falso de Túpac fue embalsamado y momificado para después ser venerado por las multitudes que durante varios días, vinieron de todos los rincones de los cuatro suyos a dejar sus ofrendas y plegarias. Quien se imaginaría que años después, durante la toma del Cusco por las huestes de Atahualpa, esa momia sería quemada por los generales quiteños Quisquis y Calcuchimac, sin saber que no pertenecía a Túpac Yupanqui.

En una de las noches de veneración de la falsa momia de Túpac en plena plaza del Cusco, Mama Ocllo no podía esconder el remordimiento que la embargaba saber que ella fue la principal instigadora del magnicidio del Inca Resplandeciente. Después, la invadió un miedo implacable cuando se enteró que estaban buscando a los cómplices e instigadores de tan indignante crimen. Sin embargo, sus preocupaciones cesaron un poco cuando, por detrás, se le acercó Miski Ocllo y le tocó el hombro para que voltee.

—Miski, no deberías estar acá, vete y no digas nada —le suplicó Mama Ocllo.

—Prima, no te preocupes, nadie podrá enterarse de nuestro secreto. Yo al igual que tú, solo fui una instigadora, pero quien planificó y ejecutó el envenenamiento fue un sirviente a la orden de Chuqui Ocllo. Y por lo que sé, Chuqui Ocllo ya fue apresada junto a su hijo Cápac Huari. Serán ejecutados en el alba.

—Pero, ¿cómo estás segura que no te delataron? —preguntó la coya viuda a Miski.

—Si hubiera sido delatada, estaría siendo ejecutada en estos momentos —le tranquilizó Miski a Mama Ocllo.

Al pasar los días, llegó la calma al imperio con la proclamación de Huayna Cápac como inca y la colocación sobre su cabeza de la Maskaypacha. Meses después, cuando Huayna Cápac ya se había enterado que su padre seguía con

vida en Ninachumbi, se lo reveló, únicamente, a su madre Mama Ocllo, quien, por fin, pudo dormir con tranquilidad en su corazón.

Mama Ocllo, con la conciencia más tranquila al saber que Túpac estaba vivo, enrumbo al Antisuyo, a esa comunidad que solo había escuchado por las noticias traídas por sus espías. Ella iría a ver a su amado, quien fue desterrado por las decisiones arbitrarias de Pachacútec para impedir que se pusiera en peligro el matrimonio por arreglo entre ella y Túpac Yupanqui.

El encuentro fue el ideal. El amado de Mama Ocllo se encontraba labrando la tierra, cuando ella se le acercó y él, sin dudarlo, la abrazó como si hubiera sabido de antemano que ese encuentro se daría de todas formas. Así, después de muchos años ellos pudieron concretar ese amor prohibido, pero legítimo en sus corazones.

* * *

Las aguas bravas del mar golpeaban sonoramente el risco, sobre el cual posaba una silueta humana. Las aves marinas trataban de posarse sobre esa silueta que parecía una estatua, pero cuando se percataron que poseía el soplo de vida, se alejaron volando arduamente.

La silueta humana no era otra que la de Túpac Yupanqui, quien había llegado a las costas de Moquegua a realizar su segundo gran viaje a la mamacocha.

—¿Está preparado mi señor? —preguntó Puma Tiqsi.

—Sí lo estoy —contestó Túpac—. Aún así, me sorprende saber que existía este trayecto para poder llegar a Ninachumbi tan rápidamente.

—Este trayecto o atajo ha sido utilizado por centurias por los chinchas y moqueguanos para comercializar tubérculos con los habitantes de Ninachumbi, pero solo puede ser utilizado en el mes del Inti Raymi — fue la revelación de Puma Tiqsi.

—Realmente, agradezco a mi tío Cápac Yupanqui el haberte enviado conmigo para que me ayudes con los preparativos finales de mi viaje.

—Espero que tenga un buen viaje, señor Túpac Yupanqui, el Resplandeciente —Puma Tiqsi se despidió.

Después, Túpac Yupanqui bajo del risco y se dirigió en un botecito hacia a la Gran Balsa que lo llevaría a Ninachumbi. Cuando abordó la extraordinaria embarcación, recordó, inmediatamente, todo lo vivido, hace años, en su primera exploración a los confines de la Mamacocha, eso ocasionó que una ligera sonrisa se le dibujara en el rostro, hasta que fue interrumpida por el saludo de sus tripulantes. Esos tripulantes no eran otros que los sirvientes y guardias que presenciaron el intento de envenenamiento que sufrió, llevarlos con él era la única forma piadosa de evitar que revelaran que estaba vivo.

Desde que Tekarid llegó a Ninachumbi, todas las tardes Uho se dirigía hacia el lado oeste de la isla y contemplaba el océano con dirección a la tierra de Túpac, mientras tejía.

—Madre, desde que te dije que mi padre prometió que vendría a Rapa Nui, no has dejado de contemplar el océano del lado oeste de la isla, pero si es que viene, arribaría desde el lado este porque los viajes no son directos.

—Hijo, lo sé, he calculado que si tu padre viene, lo haría por lo menos en medio año. Así que no lo estoy esperando, solo contemplo el océano desde este lado.

Inesperadamente, a lo lejos, en pleno atardecer, Tekarid y Uho pudieron contemplar una embarcación que se acercaba lentamente desde el horizonte. Uho se percató primero y le dijo a su hijo si era posible que fuera Túpac Yupanqui. Tekarid, aún en duda, le respondió que era imposible hacer un viaje directo de este a oeste, desde las costas del Tahuantinsuyo a Rapa Nui. Pero, mientras más se acercaba la embarcación pudieron contemplar que llevaba una vela muy grande con el Inti tejido en su centro. No hubo más duda, era una balsa real incaica.

Cuando la balsa llegó a la costa de la isla, Uho corrió al encuentro de las personas que bajaban de ella. Túpac estaba en la orilla de la playa parado de una forma imponente buscando con la mirada a su amada, hasta que la encontró. Uho cuando vio a su amado, se contagió de una felicidad inconmesurable. En un instante, ambas almas

gemelas se abrazaron, sonrieron, lloraron y dejaron que el sonido de sus respiraciones se apagara con un beso intenso y prolongado, mientras su hijo los miraba con afecto.

De esa manera, el gran Túpac Yupanqui vivió sus últimos años en Ninachumbi junto a su amada Uho y su hijo Tekarid Cápac, sin presagiar que en esos tiempos un invasor proveniente de un mundo muy distante ya exploraba y conquistaba tierras cercanas al Tahuantinsuyo. En algún momento, antes de su ocaso, Túpac volvió a recorrer muchas islas de Oceanía, dejando pequeños monumentos donde arribaba y enseñando a los lugareños las artes incaicas.

EL QUIPU PERDIDO

—Mi querido sobrino, esta ha sido la historia verdadera de victorias y tragedias que vivió el más grande inca que tuvo nuestra tierra milenaria, el Gran Túpac Yupanqui.

—Es muy parecida a la historia oficial contada por los cronistas e historiadores —mencionó el sobrino—, pero hay eventos y datos que no conocía, tal vez son solo leyendas o datos erróneos. Mira tío, hasta el mismo Inca Garcilaso de la Vega tuvo imprecisiones y errores en sus Comentarios Reales. Pudo haber sucedido lo mismo en este caso.

—Conozco muy bien todo lo que me argumentas para justificar tu incredulidad respecto de lo que te he narrado, es por ello que te contaré un secreto que aclarará todas tus dudas sobre este asunto.

—¿Cuál es ese secreto? —preguntó el sobrino a su tío.

—¿Por qué crees que te enseñé a leer los quipus de la

colección que poseemos en la familia, desde que tenías diez años? —respondió con otra pregunta el tío.

—Bueno, estoy seguro que me enseñaste ello para que conozca que los quipus no solo son un registro contable, sino una escritura tridimensional que brinda acceso a datos históricos de nuestro extinto imperio de los incas.

—Exacto, pero hay una finalidad muy superior. Ven, acompáñame.

—¿Pero, a dónde vamos? —preguntó el sobrino.

—Tú solo sígueme y confía en mí —respondió el tío.

Entonces, tío y sobrino comenzaron a dirigirse desde el comedor hasta la biblioteca de la casona de tipo colonial donde vivían.

En la biblioteca, el lugar preferido por ambos, el tío movió uno de los escritorios como si fuera la bisagra de una puerta, dejando ver una entrada en el piso y unas escaleras que bajaban a una especie de recinto subterráneo. Antes de bajar, el tío prendió un interruptor y todo se iluminó abajo. Era un cuarto muy grande, que combinaba las paredes de piedras perfectamente labradas con vitrinas modernas. Adentro de esas vitrinas, se alojaba la colección de quipus más grandiosa que jamás había visto el joven sobrino.

—¿Te sorprendí? —el tío le preguntó a su sobrino.

—¡Por supuesto! ¡Estoy impresionado!

—Antes que comencemos a examinar los quipus, quiero que mires a tu mano derecha. Hay una puerta que, si la abrimos, dejará al descubierto un corredor secreto que te llevará hasta el templo del Coricancha. Ahora, a tu mano izquierda hay otra puerta con otro corredor secreto que te llevará a la fortaleza de Sacsayhuamán.

—En otra oportunidad recorreremos esos pasajes secretos, te lo prometo. Ahora, solo es momento de examinar los quipus.

—Esta colección es grandiosa ¿Cuántos quipus hay acá?
—preguntó el sobrino.

—Aproximadamente, quinientos quipus —respondió el tío.

—Quiero que veas conmigo este quipu —el tío señaló con el dedo índice de su mano derecha a una de las vitrinas—. Como puedes ver las cuerdas son negras y los nudos son de diversos colores. Es un quipu muy grande y muy bien elaborado. Lo sacaré y lo pondré sobre esta mesa especial de lectura que diseñé.

El sobrino vio cómo su tío sacó de su bolsillo una llave muy decorada e inmediatamente abrió la vitrina donde se encontraba ese quipu, lo retiró con mucho cuidado y lo puso sobre la mesa especial. Después, llamó a su sobrino y le dijo:

«Es momento que comiences a leer y me vayas contando que revela este quipu.»

Cuando el joven comenzó a leer, no podía creerlo. Toda la historia que le había contado su tío sobre la vida de Túpac Yupanqui, ligeramente distinta a la contada por los cronistas, la recogía con gran detalle ese quipu. La conquista a los cañaris y a los huancavilcas, la expedición a Oceanía y su gran amorío con la princesa Uho, la conquista del Reino Chimú, las vidas trágicas de su tío Cápac Yupanqui, Ollantay y del propio Sapa Inca Pachacútec, hasta la guerra con los mapuches, su muerte falsa y sus últimos días junto a su amada Uho en Oceanía.

—Tío, no tengo palabras. Este quipu y, en general, todos los quipus que posees son extraordinarios. La historia de nuestra tierra es increíble.

—Tienes razón en decir que nuestra historia es increíble, por eso debes siempre sentirte orgulloso de tus raíces. Somos herederos de una cultura milenaria que no todos en el mundo la tienen.

—Por ahora, solo quiero mostrarte un último quipu antes de ir a cenar.

El tío procedió a abrir otra vitrina y sacó otro quipu, tan extraño y vistoso en sus colores como el primero. Entonces, miró a su sobrino y le dijo: «Este quipu que te estoy enseñando describe la ubicación exacta de la mítica ciudad

incaica de oro, Paititi, pero esta es otra historia que comenzarás a leer después de ir a cenar.»

El sobrino le sonrió a su tío y le dijo: «Ahora entiendo por qué cuidas tanto estos quipus, ya que nunca los has enseñado a alguien que no sea de nuestra familia.»

* * * F I N * * *

REFERENCIAS HISTÓRICAS

1. ANÓNIMO. Ollantay. Municipalidad de Lima, 2020.
2. BUSTO DUTHURBURU, José Antonio del. Túpac Yupanqui, Descubridor de Oceanía. Lima, 2019.
3. COBO, Bernabé. Historia del Nuevo Mundo. En Biblioteca de autores españoles. Madrid, 1956, t. XCI.
4. CIEZA DE LEÓN, Pedro. La Crónica del Perú. Lima, 2020.
5. GARCILASO DE LA VEGA, Inca. Historia General del Perú: Comentarios Reales de los Incas. Lima, 2018.
6. GUAMÁN POMA DE AYALA, Felipe. Primera Nueva Crónica y Buen Gobierno. Paris, 1936.
7. HEYERDAHL, Thor. La expedición de la Kon Tiki. Barcelona, 1955.
8. KLAUER, Alfonso. Tahuantinsuyo: El Cóndor Herido de Muerte. Lima, 2000.
9. ROSTWOROWSKI, María. Historia del Tahuantinsuyu. Lima, 2015.
10. ROSTWOROWSKI, María. Los Incas. Lima, 2015.
11. SARMIENTO DE GAMBOA, Pedro. Historia de los Incas. Buenos Aires, 1947.
12. STINGL, Miroslav. El Imperio de los Incas. Buenos Aires, 2015.

IMÁGENES

1. **Viaje astral de Antarqui.** Ilustración digital creada por el autor José Alexis Villanueva Rodríguez. Ubicada en la página 93 del presente libro.
2. **Coya.** Fotografía con la imagen de Carmen Cecilia Cruz Tapia, representando a una Coya Inca. Ubicada en la parte inferior derecha de la contracubierta del presente libro.
3. **Sacsayhuamán.** Fotografía de uso gratuito descargada del aplicativo Canva. Artista: Rbulthuis. Ubicada en el lomo del presente libro.
4. **Mapa de la ruta del viaje de Túpac Yupanqui a Oceanía.** Ilustración digital creada por el autor José Alexis Villanueva Rodríguez. Ubicada en la página 9 del presente libro.
5. **La Gran Serpiente de Oro.** Fotografía del río Marañón, de uso gratuito, descargada del aplicativo Pixabay. Artista: Carlos Vega. Ubicada en la página 115 del presente libro.
6. **Las Torres del Paine en Chile.** Fotografía de uso gratuito descargada del aplicativo Canva. Artista: Paige Falk. Ubicada en la página 188 del presente libro.
7. **Cubierta, contracubierta y lomo,** diseñados por el autor José Alexis Villanueva Rodríguez.

En nuestro mundo han caminado grandes conquistadores y civilizadores. Asia tuvo a Gengis Kan, Ciro el Grande y Atila. Europa tuvo a Alejandro Magno, Julio César y Napoleón Bonaparte. África tuvo a Ramses II y Aníbal el Grande. América tuvo al Gran Inca Túpac Yupanqui. Túpac Yupanqui, hijo de Pachacútec, extendió un gran imperio que llegó a abarcar gran parte de lo que ahora es Chile, Argentina, Bolivia, Perú, Ecuador y Colombia, el nombre de ese imperio fue el Tahuantinsuyo que contaba con una red de caminos impresionantes llamada el Qhapaq Ñan. Túpac Yupanqui, el Resplandeciente, el Inca Navegante, también llegó a explorar Oceanía, llegando a las islas lejanas de Nuku Hiva, Mangareva y Rapa Nui, para ello utilizó una gran flota de balsas manteñas. La historia de este gran conquistador y civilizador se ha convertido en una novela histórica contada de la manera más épica que disfrutarás a continuación.



José Alexis Villanueva Rodríguez
(Trujillo-Perú, 1985)

Es un abogado egresado de la Universidad Nacional de Trujillo. Magíster en Gestión Pública por ESAN. Ha trabajado en instituciones de prestigio del sector público y privado en la República del Perú (Osiptel, Oefa, Indecopi, Sunass, Sedapal, Estudio Muñiz y Banco Interbank).

Desde muy pequeño se interesó por la Historia y por la Literatura de Ficción. Ese interés no solo enriqueció su condición de lector, sino su plan de ser escritor, lo cual pudo concretar a través de varias novelas de su autoría, entre las cuales se encuentra esta fascinante novela histórica con ligeros matices de ucronía, llamada a ser un referente en las novelas históricas ambientadas en la América Precolombina.



Representación
de una Coya